CITY GENERAL: MEDIC 1 SERIES

RUBY SCOTT

Trauma de AMOR



LIBRO 3

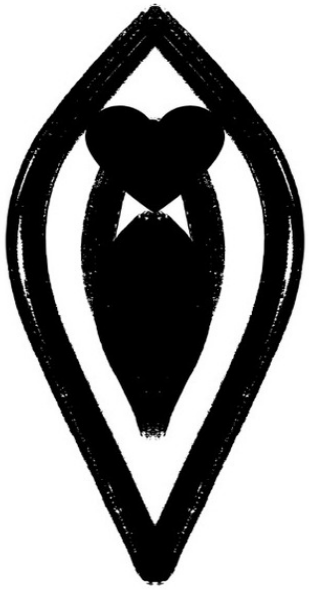
TRAUMA DE AMOR

CITY GENERAL SERIES

LIBRO 3

RUBY SCOTT





Ruby Scott

www.rubyscott.com

ÍNDICE

Unas palabras de Ruby
Por favor, déjame una reseña.
UNA REFLEXIÓN

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Epílogo

Por favor, déjame una reseña.
Otras Obras de Ruby Scott
Acerca del Autor
Ruby Scott

UNAS PALABRAS DE RUBY

Hola, soy Ruby y escribo romances sáficos sobre mujeres que se enamoran de mujeres.

Para esta serie bebí demasiado té, fui bastante testaruda y pasé incontables horas en los pasillos de un hospital imaginario, dejando que un grupo de médicas, enfermeras y sanitarias me contaran sus historias.

En City General: Medic 1, encontrarás romances slow burn llenos de emoción, mujeres fuertes, conexiones inolvidables y el tipo de amor que aparece cuando menos lo esperas.

Si has disfrutado de la historia, me encantaría que dejaras una reseña. Así ayudas a otras lectoras a descubrir romances sáficos auténticos y personajes que se atreven a amar con el corazón abierto.

Gracias por leer mis romances lésbicos.

Con cariño,

Ruby

rubyscott.shop | @rubyscottauthor

POR FAVOR, DÉJAME UNA RESEÑA.

Las autoras independientes como yo vivimos de vuestras reseñas. Así de simple: buenas valoraciones = Amazon/Apple recomienda mi libro = puedo seguir escribiendo.

Ni siquiera necesitas escribir texto: ¡una rápida valoración de ★★★★★ ya ayuda muchísimo!

Deja una reseña en Amazon
Deja una reseña en Goodreads
Deja una reseña en rubyscott.shop

Copyright © 2026, Ruby Scott

Esta es una obra de ficción. Los personajes y acontecimientos descritos en este libro son ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, empresas o acontecimientos es pura coincidencia.
Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, así como su almacenamiento en sistemas de recuperación o su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin permiso expreso por escrito. Para obtener permisos, ponte en contacto con ruby@rubyscott.com

Edición en inglés: Emily Kaye

Diseño de la portada: Angie Fleming

Traducción: Angie Fleming

Edición en español: Clara Mendoza

Publicado por D&V Editorial (Escocia)

UNA REFLEXIÓN

«Intenta ser el arcoíris en la nube de otra persona.»

— Maya Angelou

CAPÍTULO UNO

—Bueno, ¿qué pasa con esa médica nueva que nos llega?

El sonido de uno de sus médicos residentes apareciendo justo detrás de ellos sin previo aviso habría hecho que cualquier otro médico se llevara un susto de muerte. Para Tara Hunter, la afición del doctor Phelps a aparecer sin hacer ruido era algo cotidiano. A estas alturas, apenas pestañeaba al oír su voz.

Phelps era la tercera persona ese día en comentar algo sobre la reciente incorporación al personal de urgencias, reparó Tara mientras daba el alta a otro paciente. La primera vez que oyó hablar de un médico recién contratado fue en el pasillo, al empezar el turno, pero iba con prisa por llegar al servicio, así que no tuvo tiempo de pararse a charlar. La segunda vez fue cuando una de las enfermeras lo estaba comentando, pero les entró una parada cardíaca por la puerta antes de que pudiera preguntar nada más al respecto.

—Vale, pico. —Le pasó los papeles del alta a la enfermera del mostrador de recepción y se guardó de nuevo el boli en el bolsillo de la bata—. Solo iba por la mitad de lo que había resultado ser un turno agotador y, aunque el asunto del médico interino no era lo primero en su cabeza, era una preocupación persistente—. ¿Quién es el interino?

Phelps, que la había seguido hasta el mostrador hablando distraídamente de la incorporación más reciente al equipo, se paró

en seco.

—¿No te has enterado?

—Si me hubiera enterado, seguramente no habría preguntado —señaló, cruzándose de brazos. Había un filo gélido en su tono que no conseguía del todo mantener fuera de la voz, aunque sabía que no era justo. Al fin y al cabo, no era exactamente culpa de Phelps que no le hubieran dicho nada de la médica nueva.

—Lo único que sé es que nos llega una interina. Contratada de otro hospital.

Tara hizo una pausa, recelosa. Hacía una barbaridad de tiempo que no incorporaban a nadie nuevo; todas sus súplicas de otro médico para el equipo habían caído en saco roto, por muy desbordado que estuviera su personal. Cada petición que había hecho se había topado con la misma respuesta: sencillamente no había presupuesto para un médico nuevo en el servicio de urgencias. ¿Qué había cambiado?

—¿De qué hospital?

—Del St. Jude's, creo que dijeron las enfermeras.

—¿El St. Jude's? —repitió Tara, echando mano al móvil al notarlo vibrar en el bolsillo—. ¿Quién iba a trasladarse del St. Jude's aquí?

—Eso mismo pensé yo. —Phelps se encogió de hombros, metiéndose las manos bien hondo en los bolsillos—. Pensaba que la habías contratado tú.

—Pues no —masculló Tara con tono sombrío. Sabía exactamente quién le había pasado por encima y había contratado a una médica nueva para el servicio sin siquiera consultárselo antes; solo había una persona en el hospital capaz de hacer eso.

Phelps reconoció aquella mirada. Aunque solo llevaba un año trabajando en las urgencias del City General, había visto esa mirada suficientes veces como para saber exactamente lo que estaba a punto de pasar: alguien iba a llevarse una buena bronca.

—Ante todo, no hacer daño.

—¿Qué?

—Solo te recuerdo el juramento que hiciste al hacerte médica. —Le dedicó una sonrisa radiante—. Por si estabas pensando en matar a alguien hoy.

Tara le lanzó una mirada de desdén. Phelps tenía veintiocho años y, en el mundo real, eso lo convertiría en un adulto hecho y derecho que pagaba impuestos y probablemente iba camino de sentar la cabeza tras una valla blanca de madera, con una mujer guapa y 2,5 hijos. Quizá fuera cosa de Tara, o quizá pasara con todos los médicos de su edad, pero este veintiochoañero que tenía delante seguía siendo, básicamente, un crío a sus ojos. Y, en muchos sentidos, lo trataba exactamente igual que habría tratado a su propio hijo, de haber tenido uno.

—Phelps —empezó, con una nota de irritación maternal—. Vuelve al trabajo. Y no hagas bromas sobre que mato a alguien en mitad de urgencias.

—Marchando, jefa. —Le lanzó un minisaludo militar antes de darse la vuelta y volver al trabajo, dejando a Tara cociéndose a solas.

No tardó mucho en decidir qué quería hacer a continuación. Mientras salía del servicio de urgencias y se dirigía a las oficinas de administración, dos plantas más arriba, los médicos se apartaban físicamente para dejarla pasar. Era una mujer en pie de guerra, prácticamente con un cartel colgado al cuello que decía «NO me toques las narices».

El móvil le vibró de nuevo en el bolsillo y, al salir del ascensor en la cuarta planta, lo sacó para ver quién era, aunque una parte de ella ya sabía lo que iba a ver.

2 mensajes sin leer – ***Bob***

11:43 – Mi despacho. Tenemos que hablar.

11:49 – Ya.

Solo una puerta de cristal separaba los tres despachos principales de administración del resto del hospital, pero era como si estuvieran en otro edificio. Estuvieras donde estuvieras en el hospital, siempre había una sensación de urgencia, un recordatorio constante de que, mirases donde mirases, había gente con vidas humanas en las manos. Pero al entrar en las oficinas de administración, y cerrarse la puerta de cristal a tu espalda, toda la desesperación y la urgencia se desvanecían en ruido de fondo, ahogadas por el sonido del aire

acondicionado y el tecleo de unos dedos de manicura impecable contra el teclado.

CAPÍTULO DOS

—Buenos días, doctora Hunter. —El sonido familiar de Samantha, la secretaria que compartían los tres despachos, la recibió. Tenía esa voz sedosa y suave que pretendía relajarte en cuanto pisabas aquel espacio de oficina de diseño perfecto, pero a Tara, por alguna razón, solo la ponía en tensión.

—¿Está en su despacho? —preguntó, señalando con el pulgar hacia la puerta de su derecha. No se molestó en esperar respuesta antes de cruzar hacia ella y abrirla de un empujón sin molestarse en llamar. No tenía mucho sentido, cuando de todos modos la estaba esperando.

Estaba sentado tras su escritorio, repasando papeles y, cuando Tara entró, ni siquiera se molestó en alzar la vista hacia ella. Era lo mismo cada vez que acababa en su despacho en los últimos meses: la hacía esperar a propósito mientras terminaba lo que estuviera haciendo, con ella allí de pie en silencio. Era un juego de poder, como todo con él.

—Tengo que hablar contigo —dijo con retintín. Él asintió sin levantar la vista, señalando con la mano hacia la silla de enfrente.

—Qué casualidad. Yo también tengo que hablar contigo.

—Esas siguen siendo mis urgencias de ahí abajo, ¿verdad? —preguntó Tara con sarcasmo, señalando la puerta por la que acababa de entrar—. O sea, no cedí los derechos sin querer ni nada, ¿no?

Él suspiró, recostándose en la silla y mirándola con desdén.

—¿Esto es por la médica nueva que te di en urgencias?

—¿La médica que me diste?

Sabía que no debería dejar que la afectara. Sabía que era una forma de él de sacarla de quicio, y sabía que él sacaba una especie de placer enfermizo cada vez que a ella le subía la voz de indignación. Pero no podía evitarlo.

—Llevas meses pidiendo ayuda en urgencias, Tara. —Se encogió de hombros—. Te estoy echando un cable. Si no quieres el par de manos extra…

—Siguen siendo mis urgencias, ¿verdad? —repitió, cruzando la sala y deteniéndose delante de su escritorio, donde apoyó ambas manos planas contra la madera, justo al lado de su placa con el nombre: Robert Hunter, doctor en medicina—. Mi nombre sigue en el despacho, ¿verdad? Los médicos de urgencias siguen dependiendo de mí, ¿no?

Bob soltó un suspiro de sufrida paciencia, como si Tara fuera una residente petulante que se ponía hecha una furia por una simple instrucción, en lugar de una jefa de servicio a la que estaban socavando.

—¿Qué quieres de mí?

Levantó las manos de un modo apático y despreocupado, y aquel simple gesto bastó para que a Tara le entraran ganas de gritar. Le daba absolutamente igual. Le daba igual lo frustrante que era aquello para ella; le daba igual lo enfadada o dolida que estuviera.

—Quiero saber con qué médicos voy a trabajar ahí abajo —soltó, con una rabia al rojo vivo burbujeándole por el pecho hasta la garganta—. ¡No pensaba que eso fuera a ser algo difícil de seguir para ti, Bob!

—Tara, por favor. —Suspiró, a punto de ponerle los ojos en blanco—. Cálmate. Querías un médico, así que te conseguí un médico.

—¡Te pedí que me dejaras buscar un sustituto para O'Hara hace tres meses! —Tara alzó las manos al aire, conteniendo por los pelos el impulso de lanzar algo al otro lado de la sala—. ¡No me diste voz

ni voto en la decisión y ahora me la sueltas encima como a un perro callejero que hubieras recogido de la perrera!

La puerta del despacho de Bob se abrió antes de que él tuviera ocasión de defenderse, interrumpiendo la conversación.

—Toc, toc, ¿puedo…?

Tara se giró en redondo, con la tensión ya subiéndole al darse cuenta de a quién estaba a punto de tener cara a cara: la administradora jefa del hospital, engalanada de arriba abajo con un impecable traje de chaqueta azul cielo, el pelo perfectamente rizado y recogido en su sitio. A su lado, vestida con el pijama sanitario y su melena oscura y salvaje intentando desesperadamente escapar de la tosca imitación de coleta, Tara parecía de otro planeta.

—Ay, Tara —dijo con voz melosa, con los labios extendiéndose en una sonrisa demasiado amplia y radiante para ser real—. No sabía que eras tú la que estaba aquí arriba.

—Buenas tardes, Melanie.

—Entonces supongo que Bob ya te ha hablado del problema de financiación, ¿no? —En lugar de entrar del todo en el despacho, Melanie se quedó ahí colgada en el umbral, en equilibrio sobre un reluciente tacón de aguja de cuero mientras inclinaba el torso todo lo posible hacia dentro—. ¿De eso iban todos los gritos?

¿Y ahora qué?, pensó Tara con amargura, lanzándole a Bob una mirada mordaz por encima del hombro. Hubo un tiempo en que esa mirada lo hacía retroceder, pero ahora apenas pestañeaba.

—No. No me ha hablado del… ¿qué problema de financiación?

—Te lo habría contado todo al entrar, si no te hubieras puesto a gritarme por la médica nueva que te conseguí.

—Tú no me conseguiste… —Tara se contuvo, cerrando los ojos un momento para calmarse. No podía hacer esto, no allí delante de los dos. No soportaba oír el quejido condescendiente de desaprobación de Melanie; no quería que la administradora supiera que la estaba afectando. Aspiró hondo, soltó otra bocanada lenta por la nariz y empezó de nuevo—. Tú no me conseguiste una médica, Bob. Me la lanzaste encima. ¿Cómo se supone que voy a trabajar con gente que ni siquiera conozco?

—Bueno, pues supongo que tendrás que conocerla cuando llegue, ¿no? —sugirió Melanie, alzando la mano en un intento de saludo—. Te lo dejo en tus manos, Bob. Tengo una reunión con unos comerciales de una farmacéutica. Intentad bajar un poco el ruido, ¿queréis?

La puerta se cerró con un clic tras ella, y Tara se volvió de nuevo hacia Bob.

—¿Qué problema de financiación?

—Sabes perfectamente lo que voy a decir.

Y así, sin más, en un abrir y cerrar de ojos, Tara volvió a la rabia.

—Ah, no me jodas, Bob…

—Cuando acordamos poner en marcha este programa comunitario, te dimos una lista concreta de instrucciones para tener cuidado de no pasarte del presupuesto, Tara. —Sacó unos papeles de un cajón del escritorio y se los dejó más cerca para que pudiera verlos—. Tu pequeño programa benéfico es la mayor sangría de nuestros recursos, aparte del propio servicio de urgencias.

Era lo último que necesitaba hoy.

—No puedes cargarte el programa, Bob. Está ayudando a gente que jamás cruzaría nuestras puertas si no lo ofreciéramos…

—No voy a cargarme el programa —la interrumpió en voz alta—. No estoy pensando en nada de eso. Lo que sí me preocupa es recortar los costes hasta algo que podamos asumir de verdad. Es que estamos sangrando dinero.

Tara tenía un comentario mordaz en la punta de la lengua, pero no tuvo tiempo de soltarlo. El móvil le vibró de nuevo en el bolsillo, tres veces seguidas. Alguien quería su atención y, dado que no podía ser Bob, seguramente eran urgencias.

Tenía razón. Tenía tres mensajes de uno de sus médicos.

Te necesito.

Esto se llena.

Accidente de coche, 4 heridos.

—Me tengo que ir —dijo, enviando un rápido «vale» en respuesta —. Me necesitan en urgencias.

—¿En serio? —preguntó Bob—. ¿O le has dicho a uno de tus médicos que finja una emergencia para sacarte de esta

conversación?

—Soy la jefa del servicio de urgencias, Robert —soltó—. No necesito fingir una emergencia.

Él se lo pensó un segundo.

—Tienes razón. Anda, ve, ya hablaremos del programa comunitario más tarde.

—Estupendo, me muero de ganas —masculló, volviendo a guardarse el móvil en el bolsillo—. Al menos dame el expediente.

—¿Qué expediente?

—El expediente de la médica. La interina que contrataste sin mi permiso para trabajar en mi servicio. Dame su expediente para que pueda enterarme de algo sobre ella antes de dejar que empiece a rajar a mis pacientes.

Bob no pudo discutir eso. Después de todo aquello, al menos le debía esa cortesía elemental. El expediente de Gabriella Ellis seguía sobre su escritorio, de cuando se había pasado la mañana repasándolo otra vez, así que se lo lanzó a Tara en su dirección.

—Todo tuyo.

La puerta se cerró de un portazo tras Tara al salir, haciendo temblar la fotografía enmarcada del escritorio de Bob. Por un momento pareció que iba a caerse, pero luego se estabilizó y él se relajó.

La foto se había tomado hacía solo unos meses, en su reciente escapada de fin de semana a los Hamptons con Melanie. Estaban sentados juntos en un restaurante, abrazados mientras sonreían radiantes a la cámara. El camarero les había hecho la foto: un chaval mal pagado más que dispuesto a esforzarse al máximo en su servicio con la esperanza de sacar una mejor propina al final de la noche.

Bob suspiró con fuerza, con la mano derecha derivando hacia el dedo anular desnudo de la mano izquierda. Era un gesto inconsciente, uno del que apenas se daba cuenta, pero que ocurría cada vez que Tara estaba en su despacho. Los dedos buscaban la

alianza que ya no estaba, rozando la marca de bronceado, cada vez más tenue, que ocupaba su lugar. El anillo hacía mucho que había desaparecido; Melanie se había deshecho de él, y él nunca preguntó dónde.

Allí sentado, mirando la puerta por la que ella se había ido, Bob se preguntó qué habría hecho Tara con su anillo.

CAPÍTULO TRES

—¿Ese es el expediente de la médica nueva?

—Pensaba que estabas dormido. —Tara alzó la vista del expediente personal de la doctora Gabriella Ellis y miró hacia el sofá de su despacho. En ese momento lo ocupaba Phelps, hecho un ovillo sobre él en un intento de descansar unos minutos. Con su metro noventa y tres, no había forma de que su cuerpo larguirucho estuviera cómodo ahí, pero aun así se había embutido en el reducido espacio sin quejarse.

—No puedo dormir. —Se movió hasta apoyar la cabeza en el reposabrazos, con el cojín apretado con fuerza contra el pecho como una mantita de seguridad. Tara no pudo evitar sonreír un poco ante la imagen del joven médico acurrucado en su sofá, usando la bata blanca como manta improvisada. En momentos así parecía aún más un crío de lo normal.

—Entonces sal de mi despacho.

—Todavía me queda tiempo de descanso.

Ladeó la cabeza y entornó los ojos.

—¿Prefieres pasarte el descanso encerrado conmigo en mi despacho antes que en la sala de descanso con los demás?

—Aquí me gusta. Hay tranquilidad.

—Eres raro. —Tara volvió a leer el expediente de Ellis, con la mirada demorándose un momento en la foto de identificación. Su médica nueva era joven, pero impresionante para su edad. Ellis

había ido a una facultad de medicina excelente. Se había graduado en el cinco por ciento superior de su promoción, y tenía críticas impresionantes tanto de los responsables de curso como de los profesores.

—No puedes decirme eso, eres mi jefa. Eso es como acoso laboral o algo así.

—Phelps… —le advirtió, sin molestarse en alzar la vista—. Estoy leyendo.

—Perdón. —Hubo un instante de silencio, y luego el susurro de la tela cuando el joven médico se incorporó—. ¿Cómo es?

—Bueno, podría decírtelo si supiera algo de ella. Por desgracia, no consigo cinco minutos de paz para leer esto de una vez. —Tara le lanzó una mirada elocuente antes de recostarse en la silla—. Es raro.

Phelps apartó el cojín, se levantó y cruzó la sala para sentarse frente a ella al otro lado del escritorio.

—¿Qué es raro?

—Tiene recomendaciones brillantes de todas sus asignaturas. Su residencia fue fenomenal, pero… no hay nada de su último trabajo. Ni siquiera una carta de recomendación, nada.

—¿A lo mejor pensó que su solicitud era lo bastante buena sin una? —sugirió Phelps. Tara le lanzó una mirada fulminante, sin molestarse siquiera en responder.

—O es que está quemada y no quería una recomendación de mierda en su historial cuando solicitó el puesto aquí.

—O eso. En cualquier caso, supongo que lo averiguaremos mañana, ¿no?

—Eso —murmuró Tara, mirando de nuevo el expediente, a su médica nueva.

Era temprano; demasiado temprano para que cualquier persona normal estuviera despierta. Y, siendo justos con ella, normalmente Gabby no estaría despierta a las cuatro de la madrugada a menos que estuviera trabajando.

Su primer turno en el City General era en solo unas horas y, aunque lo negaría con vehemencia si alguien se lo preguntara, Gabby estaba nerviosa. Mientras estaba allí tumbada en su cuarto, mirando la oscuridad y tamborileando un ritmo ansioso contra el edredón, se dio cuenta de que nunca había empezado de verdad un trabajo nuevo.

Había hecho la residencia en el St. Jude's, así que, cuando empezó allí, entró junto con un montón de otros médicos jóvenes. No era el único pez pequeño en el estanque grande; todo lo que tenía que hacer cuando se ponía nerviosa era mirar a los demás, y se sentía un poco reconfortada al ver que todos estaban tan perdidos como ella.

Luego el St. Jude's le había ofrecido un puesto cuando terminó la residencia, y lo había aceptado sin pensárselo dos veces. No solo había llegado a conocer a sus compañeros médicos, sino que unos cuantos de los otros residentes que habían entrado con ella también se habían quedado, así que había un montón de caras conocidas. Pero ahora, a solo unas horas de entrar en las urgencias del City General, era un cantar completamente distinto.

Gabby se dio cuenta de golpe de que no se sentía así desde el instituto, cuando se cambió a un colegio nuevo a mitad de segundo curso. Para entonces ya todos habían forjado amistades y montado sus grupitos, y ella había entrado con su sudadera demasiado grande y su aparato de dientes, perdida y sola. Por supuesto, no tardó mucho en encontrar amigas propias, pero seguía habiendo esas primeras semanas angustiosas en las que no tenía ni idea de dónde sentarse a comer.

Se sentía igual otra vez. Era como si estuviera a punto de ser la nueva de la clase y fuera a tener que ponerse de pie y contarle a la clase tres cosas curiosas sobre sí misma. Todo aquello le daban ganas de vomitar.

Al final, decidió que no podía seguir tumbada en la cama sin hacer nada, así que apartó el edredón de un tirón y se fue a la cocina a por un café. Quizá mantenerse ocupada la ayudara a distraerse de lo nerviosa que estaba.

Se subió de un salto a la encimera de la cocina para disfrutar en paz de su primer café de la mañana y, al hacerlo, Gabby echó un vistazo a su pequeño apartamento. Vivía allí desde la residencia, aunque la mayoría de sus amigos se habían mudado ya a sitios mejores y más grandes, en barrios no tan chungos.

Sus padres llevaban años insistiéndole en que se mudara de su apartamento de cuarenta y cinco metros cuadrados. No era lugar para que viviera una médica de éxito, le habían dicho una y otra vez. Pero a Gabby le daba igual. Le daba igual que fuera tan pequeño que apenas cabían todas sus cosas. Le daba igual que el papel de la pared del salón estuviera un poco despegado, o que viviera en un barrio que representaba buena parte de los ingresos en las urgencias de la zona. Aquel era su hogar, y le gustaba.

El móvil le vibró en la encimera, a su lado, y abrió el mensaje para ver un texto de su padre.

¡Suerte hoy con tu nuevo trabajo! Lo vas a hacer genial. Con cariño, papá xxx.

No pudo evitar sonreír ante el dulce detalle. Eran apenas las cinco de la mañana, pero sabía que su padre estaba bien despierto en ese momento en su estudio, tan nervioso como ella.

El móvil le vibró de nuevo con otro mensaje y, esta vez, soltó un gruñido de buen humor. Quería a su padre más que a nada, pero tenía un verdadero problema con su apego al teclado de GIFs del móvil. El día que descubrió que podía mandar GIFs fue un día triste para la familia Ellis. Cada mensaje iba seguido de un GIF excesivamente cariñoso que la hacía poner los ojos en blanco. El GIF de hoy era de un cachorro de dibujos animados sosteniendo un cartel que decía «¡Suerte!».

Gracias, papá, yo también te quiero. Te llamo luego, un beso.

Envió el mensaje con una sonrisa, con la mirada derivando hacia la foto enmarcada de la encimera, a su lado. Era una foto tomada en el jardín de la casa de sus padres, la mañana en que terminó la residencia. Los tres parecían tan felices, con los brazos de sus padres alrededor de ella, mientras ella, en medio de los dos, se reía de algo. Aunque estaban solo al otro lado de la ciudad, instalados en

el precioso barrio residencial de Melrose, en un día como hoy, de algún modo conseguían parecer estar en la otra punta del país.

Gabby soltó un largo suspiro antes de decidir que era hora de empezar a arreglarse para el trabajo. No podía seguir posponiendo lo de ser la nueva de la clase, y si iba a estar sentada sola en la mesa del comedor, quería asegurarse de al menos tener buen aspecto.

CAPÍTULO CUATRO

Tara ya iba casi por la mitad del turno antes de conocer a su médica nueva por primera vez. Cuando entró en el hospital, la nueva interina era lo último en lo que pensaba; tenía demasiado de qué preocuparse aparte de la última incorporación a su equipo.

Cuando entró en el hospital, el programa comunitario era lo que ocupaba el primer plano de su mente, igual que había hecho desde que había hablado con Bob en su despacho. Sabía que ofrecer asistencia sanitaria a quienes no podían costeársela era un gasto enorme para el hospital, pero, cuando se propuso el plan hacía cinco años, había conseguido que Bob y Melanie se subieran al carro.

En su momento, Tara había sido tan felizmente ingenua que creyó que su apasionado discurso sobre que la sanidad era para cada miembro de la sociedad, no solo para los ricos, se había ganado a la administración. Creía entonces que de verdad había logrado convencerlos de que proteger el derecho a la sanidad de los pobres era una causa que merecía la pena.

En realidad, sin embargo, la verdad distaba mucho de eso. No había conseguido persuadir a ninguno de los dos; no había conseguido que ninguno de los dos creyera de verdad que el programa comunitario era una causa que valiera la pena. Para ellos, era una inversión para el hospital, y para sus reputaciones.

Seguramente habían supuesto que los demás verían el centro comunitario igual que lo veía Tara. Seguramente habían dado por

hecho que la gente vería aquel gran acto de caridad, y eso mejoraría la opinión pública del hospital, o de ellos. Habían hecho algo bueno, pero no había salido de un lugar ni remotamente bueno.

Al final, Melanie y Bob tenían algo en común que Tara sencillamente no lograba entender. Eran gente fría y calculadora que solo se preocupaba por los números, nada más. Sopesaron los pros y los contras de poner en marcha el plan del centro comunitario, y seguramente concluyeron que salía a cuenta. Pero luego, a medida que empezaron a atender a más miembros de la comunidad y los costes empezaron a subir, que los vieran como filántropos ya no era incentivo suficiente.

No ayudaba que urgencias fuera uno de los servicios más caros de mantener. A diferencia de oncología, no tenían pacientes de larga duración que volvieran una y otra vez a tratarse. No había forma real de sacar beneficio en urgencias, y eso era algo que todos los médicos habían acabado por aprender y aceptar hacía mucho. Por desgracia, sin embargo, Bob y Melanie no lo veían como un factor en el mundo de la gestión de un hospital. Para ellos, lo único que importaba era el hecho de que el hospital sangraba por una herida abierta, desangrándose de dinero desde un punto concreto.

Dios, estaban hechos el uno para el otro, ¿verdad? Aquellos dos autoritarios gélidos ahí arriba, en sus despachos silenciosos y con aire acondicionado, lejos de todo el drama y el estrés. Ahí arriba, tan alejados de todo el caos, podían permitirse de verdad soltarse y centrarse en las cifras juntos.

Juntos.

Juntos.

Tara se sacudió mentalmente cuando una sensación de náusea familiar se le acumuló en el vientre. Era una sensación que había notado tantísimas veces en los últimos meses, pero nunca se hacía más fácil de sobrellevar.

En cuanto entró en urgencias, a Tara la golpeó una avalancha de casos. Aún era temprano, así que no había nada demasiado grave, pero los casos no dejaban de llegar en un flujo interminable. Aun así, casi una hora después de empezar el turno, ni siquiera se había planteado el asunto del primer turno de la médica nueva.

—Buenas, jefa. —Oyó a Phelps aparecer a hurtadillas a su espalda mientras tiraba los guantes a la basura y ordenaba que dieran el alta a su último paciente. A un idiota más que se había acercado demasiado a los fogones mientras cocinaban lo declaró lo bastante sano como para salir de las urgencias del City General con un gesto de la mano. Se giró para mirar a Phelps con un suspiro de hartazgo.

—Buenos días, Phelps —murmuró, dirigiéndose al mostrador de recepción para entregar los informes completados a las enfermeras.

—Bueno, ¿ya has visto a la médica nueva?

—Ay, joder. —Gimió, acordándose de repente de Ellis. Otra cosa nueva que añadir a la lista de gilipolleces con las que tenía que lidiar hoy.

—Lo tomaré como un no.

Suspiró, girándose para mirar a Phelps de frente.

—No, no la he visto. Joder, ni siquiera había pensado en eso.

—¿No? —Las cejas de Phelps se le dispararon hasta el nacimiento del pelo—. No he pensado en otra cosa desde que llegué.

—Ya, bueno, tenía otras cosas en la cabeza —masculló Tara con tono sombrío, escudriñando urgencias en busca de cualquier señal de una cara desconocida con bata blanca. No había nadie a quien no reconociera, lo que significaba que Ellis aún no había bajado a presentarse ante ella.

—Me pregunto cómo será. —Phelps pensó en voz alta, apoyándose contra el mostrador de enfermería como si no hubiera una sala llena de pacientes esperando a ser atendidos justo pasadas las puertas.

—Ya somos dos.

Tara seguía resentida por el hecho de que Bob hubiera ido y le hubiera encasquetado a alguna médica que ella no conocía de nada sin siquiera consultárselo antes. No era necesariamente la cualificación de Ellis lo que le preocupaba; a juzgar por lo que se veía en su expediente, y por lo que Tara había podido leer, la joven médica estaba muy cualificada.

No era eso lo que la inquietaba. De hecho, le preocupaba menos qué clase de médica se suponía que iba a conocer hoy, y mucho más qué clase de persona se suponía que iba a conocer. ¿Qué clase de ser humano iba a unirse a su equipo? ¿Sería como Tara y Phelps? ¿Estaría ahí por la medicina? ¿Querría ayudar a la gente? ¿Salvar vidas?

¿O sería más como Bob y Melanie? ¿Sería por eso por lo que la habían contratado, para vigilar a Tara y al resto del económicamente despilfarrador servicio de urgencias? ¿Sería otra médica de papeleo que estaba ahí por el sueldo y la superioridad moral que venía con jugar a ser dios cada día?

Había pasado de olvidar que la interina siquiera existía a estar tan absorta pensando en ella que se perdió por completo la llamada de emergencia que sonó, reclamando médicos en las puertas de la zona de ambulancias.

CAPÍTULO CINCO

—¡Jefa! —El sonido de la voz de Phelps devolvió a Tara a la sala que tenía delante. Se alejaba de ella, señalando las puertas dobles del fondo de la sala—. ¡Nos llega un infarto!

Mierda. Tara siguió al joven médico fuera de urgencias y por el pasillo que llevaba a la zona de ambulancias. Había estado tan absorta preocupándose por la maldita recién llegada que había conseguido olvidarse de su propio trabajo.

Para cuando se acercaron a la zona de ambulancias, ya habían bajado al paciente y lo llevaban a toda prisa hacia urgencias en una camilla. Lo que ni Tara ni Phelps esperaban ver, sin embargo, era a alguien con bata blanca a horcajadas sobre el paciente, haciéndole la reanimación mientras los sanitarios empujaban la camilla por el pasillo.

El paciente pasó rodando junto a ellos deprisa, y a los dos médicos les costó un segundo o dos salir de su asombro y seguir al grupo hacia urgencias.

—¿Qué tenemos? —preguntó Tara, transformándose sin costura en la doctora Tara Hunter. Era la versión de sí misma que se mantenía serena y controlada bajo presión, la versión que enterraba cualquier emoción o miedo tan hondo dentro que nadie podía verlo. Su voz era tranquila, firme como una roca. Era una profesional de los pies a la cabeza.

—Varón de cuarenta y cinco años en parada cardíaca —explicó Chrissie, la más veterana de los sanitarios—. Lo estabilizamos, pero básicamente en cuanto llegamos aquí, volvió a pasar.

El grupo irrumpió por las puertas dobles y entró en urgencias, donde las enfermeras les dejaron un espacio libre.

—¡Palas! —gritó la desconocida que iba encima del paciente.

Por un momento, las enfermeras de Tara vacilaron. No estaban acostumbradas a seguir instrucciones de completos desconocidos que entraban rodando al servicio encima de sus pacientes, pero, ante el asentimiento de Tara, se pusieron a preparar el desfibrilador.

La enfermera Jeffries, una jovencita tímida que Tara había estado convencida de que no aguantaría más de una semana en urgencias, fue la que trajo las palas. Phelps se las cogió.

—Fuera —avisó a modo de advertencia. La desconocida que iba encima del paciente lo tomó como su señal para detenerse y saltó con facilidad de la camilla, aterrizando al lado de Tara con un leve gruñido.

Una vez en el suelo, Tara la reconoció de inmediato. La descuidada melena de un rubio apagado que antes le había ocultado la cara ahora estaba echada hacia atrás con una mano, y Tara pudo ver que era su médica nueva. Aquella mujer que había entrado montada sobre un paciente era la doctora Gabriella Ellis.

Phelps dio el visto bueno mientras las constantes del paciente empezaban a estabilizarse de nuevo, y Tara lo tomó como su señal para cederle el control a él, indicándole a Ellis que se apartara unos metros con ella. Para su mérito, la joven médica la siguió sin rechistar.

—¿Doctora Gabriella Ellis?

—Soy yo. Bueno, Gabby. Todo el mundo me llama Gabby. —Sonrió de oreja a oreja, tendiéndole la mano a Tara. Una parte de ella estuvo tentada de no aceptarla por pura inquina, pero Tara razonó que era mejor no empezar la nueva relación laboral con demasiado mal pie. Cogió la mano de Gabby y se la estrechó una vez.

—¿No te parece que esa ha sido una entrada un poco teatral? —preguntó con frialdad, señalando al nuevo paciente de Phelps. A su

alrededor, un par de los otros médicos y enfermeras aflojaban el paso, poniendo fin a sus conversaciones para escuchar disimuladamente.

—Bueno, quería causar impresión. Tenía un trato con el paciente, en realidad no le pasa nada —bromeó Ellis, encogiéndose de hombros.

Quizá en cualquier otra circunstancia, Tara se habría reído. A decir verdad, había una parte de ella que estaba seriamente impresionada por la entrada que había hecho aquella joven médica. La mayoría de los médicos nuevos aún andarían deambulando por el servicio, tomando nota mental de cómo funcionaba todo y quitándose educadamente de en medio de los demás mientras se acostumbraban a las cosas. Tenía que admitir que le gustaba el hecho de que la mujer que tenía delante no pareciera necesitar nada de eso, y estuviera más que dispuesta a lanzarse directamente al fregado.

Pero, dicho eso, estaba lo bastante molesta por toda aquella situación, y la actuación de Gabby no ayudaba. Primero, no había tenido voz ni voto en la médica que se contrataba para su servicio, y ahora tenía que esperar de brazos cruzados para conocerla. ¿Dónde demonios había estado media guardia?

—Es tu primer día, ¿verdad, doctora Ellis?

—Así es.

Tara notó un músculo tensársele en la mandíbula ante el comentario despreocupado. No pedía mucho a su equipo, pero sí pedía que al menos la trataran con una pizca de respeto formal cuando estaban de turno.

—¿A qué hora has empezado?

—Hace unas horas. ¿Por qué?

Tara se cruzó de brazos, fulminando con la mirada a la joven médica. Llevaba horas en el hospital y ¿ni siquiera se había molestado en dar la cara en el servicio?

—Eres consciente de que se supone que tienes que presentarte ante tu jefa de servicio cuando llegas tu primer día, ¿verdad?

Gabby hizo una pausa, y Tara observó cómo los ojos de la joven se movían de ella hacia los otros médicos que miraban. Las miradas

entre ellos eran un poco nerviosas, mirándose los unos a los otros y luego de nuevo a ella, y entonces vio encenderse la bombilla sobre la cabeza de Gabby.

—Entiendo que tú eres la jefa de servicio, entonces.

—Muy perspicaz, doctora —dijo Tara con frialdad.

—Bueno, iba precisamente de camino para venir a verte y presentarme, pero entonces… —La rubia dejó la frase en el aire, señalando con el pulgar en dirección al paciente, que ahora parecía bastante estable—. Me pareció que eso era prioritario.

—Eso no explica dónde has estado todo el día.

—La orientación —dijo con una sonrisa radiante, aparentemente ajena por completo al ambiente de la sala—. Estaba con, eh… el tío calvo. ¿Bob? Y la tía del traje de chaqueta.

Bob y Melanie. Cómo no, ellos serían la razón por la que Tara no había conocido a su nueva empleada en todo este rato. Seguramente estaban adiestrando a Ellis para que fuera la abejita obrera perfecta para ellos, asegurándose de moldearla exactamente como querían que fueran los médicos: más pendientes del dinero y menos de la medicina.

—¿Robert y Melanie?

—¡Sí! Eso me suena.

Había una parte racional del cerebro de Tara que le decía que aquello no era motivo para disgustarse ni molestarse. Vale, era frustrante que fuera por la mitad del turno y que Bob y Melanie acabaran de decidir que merecía conocer a la persona con la que se suponía que iba a trabajar. Pero no era culpa de Gabby Ellis. No era con ella con quien Tara debería estar pagando su enfado.

El único problema era que se estaba volviendo difícil escuchar esa vocecita de la razón. Se iba desvaneciendo un poco al fondo, tapada por la abrumadora frustración de toda aquella situación. Y aunque no estaba bien, y sabía que no estaba bien, Tara no pudo evitar meterse con Ellis.

—Doctora Ellis —empezó con frialdad, dando un paso hacia la joven—. Por si no te lo dejaron claro en tu último hospital, tu jefa de servicio es tu superiora directa. Dependes directamente de mí, no de Bob y Melanie. ¿Me explico con claridad?

Era extraño; las urgencias nunca habían conseguido parecer tan silenciosas. Daba la impresión de que casi todo el mundo se había detenido a presenciarlo: una médica nueva ganándose la antipatía de Tara en su primer día. Tara vio un destello de rabia cruzar el rostro de Ellis, pero consiguió tragárselo.

—Por supuesto, doctora Hunter.

—Bien —dijo Tara con frialdad, mirando alrededor del servicio. En un instante, pareció volver a la vida. De repente los médicos estaban ocupados, las enfermeras iban de acá para allá con expedientes y medicación—. Ahora bien, en circunstancias normales te dejaría dedicar el día de hoy a irte adaptando al trabajo, pero teniendo en cuenta que ya has hecho la orientación, y que has demostrado ser más que capaz de encargarte de la atención al paciente, creo que debería dejar que te pongas a ello.

Gabby abrió la boca y, por un segundo, pareció que había algo más que quería decir. Era como si quisiera replicar, pero se lo pensó mejor y se limitó a asentir.

—Me parece bien, doctora.

CAPÍTULO SEIS

Gabby sobrevivió a su primera semana en el City General pero, si alguien le preguntaba cómo lo había conseguido, no sabría dar una respuesta sincera. Sentía un cansancio que le calaba hasta lo más hondo, y cada músculo le dolía sin parar. A pesar de eso, había convocado a sus amigas para tomar algo en el bar de la zona, y todas habían accedido a presentarse en señal de solidaridad. La mayoría eran amigas de la facultad de medicina o de su trabajo en el hospital St. Jude's, pero algunas eran huérfanas que había ido recogiendo por el camino.

Amber era una de sus amigas más antiguas. Se habían conocido durante la residencia antes de acabar juntas en el St. Jude's, y su duradera amistad se había forjado, al menos en parte, al descubrir que las dos habían salido con la misma mujer en la facultad de medicina (y que las dos las había engañado). Además, era la que vivía más cerca de Gabby, así que, en las salidas nocturnas, siempre iban andando juntas y, cada vez, sin falta, se paraban antes de llegar al bar, se metían por una bocacalle, y Gabby se fumaba un cigarro rápido.

Esta noche, Amber la saludó con una palmada en el hombro, una docena de preguntas sobre su nuevo trabajo y un adelanto de lo que pensaba beber en cuanto llegaran al bar. Todo en unos treinta segundos. Dicho de otro modo, era una conversación normal con la amiga más intensamente sociable de Gabby.

—¿Sabes qué? Pensaba que este trabajo sería un cambio agradable, después de toda la mierda que pasé en el St. Jude —empezó Gabby, con la voz amortiguada por el cigarro que llevaba encajado entre los dientes. Accionó el Zippo que tenía en la mano varias veces en vano pero, por mucho que lo intentara, no conseguía más que una chispa—. Mierda.

—Es una señal. —Amber señaló con el pulgar en dirección al edificio grande e imponente que había al otro lado de la calle. Era una iglesia católica y, entre la oscuridad y los carteles que anunciaban la salvación eterna, parecía el plano inicial de una película de terror—. El de arriba te está diciendo que lo dejes.

Gabby miró al otro lado de la calle, hacia la iglesia, y levantó el dedo corazón en respuesta.

—El de arriba debería guardarse sus opiniones. ¿Tienes fuego?

—¿A cuántos oncólogos conoces que fumen? —preguntó Amber, arqueando una ceja.

—Te sorprenderías —masculló Gabby con el cigarro en la boca—. Ayuda con el estrés.

—Deberías probar el yoga.

—Que le den al yoga. —Por fin, Gabby prendió una llama y consiguió encender el cigarro. Se quedó callada unos segundos mientras daba la primera calada, observando cómo la punta del cigarro brillaba en la oscuridad. El sabor amargo del tabaco le llenó la boca unos segundos y, por muy asqueroso que supiera que era, no tardó mucho en relajarse de nuevo contra los ladrillos que tenía detrás, por fin a gusto.

—Vamos a llegar tarde —le recordó Amber, sonriendo con suavidad mientras Gabby daba otra calada perezosa al cigarro, soltando una nube de humo hacia el cielo nocturno.

—Ya, pero si Alex me pilla con un cigarro, estoy bastante segura de que me mata. —Sonrió de oreja a oreja, alzando la vista para seguir el rastro de humo mientras se disipaba—. Le dije hace un par de meses que lo estaba dejando.

Amber resopló ante aquello, mirando hacia el callejón. Las farolas solo iluminaban el primer par de metros del callejón, así que estaban en penumbra. Ocultas en las sombras, justo fuera de la vista de las

calles de Boston, aún concurridas un sábado por la noche, poco tenían de médicas. De hecho, parecían más bien universitarias medio borrachas.

—¿Por eso nos escondemos aquí? ¿Para que te metas tu dosis?

—Es un cigarro; no estoy fumando crack.

—¿Sabes a cuántos pacientes con cáncer de pulmón veo cada semana?

Gabby se tragó el gruñido que le retumbó en algún punto del fondo de la garganta. Quizá debería haber fumado sin más antes de salir; intentar fumar en paz mientras miraba a los ojos a una oncóloga era más difícil de lo que pensaba.

—Sí, lo sé.

—¿Tan mala fue tu primera semana?

Gabby ladeó la cabeza, pensándoselo. El hospital no estaba tan mal; las enfermeras eran mejores que en su último trabajo, lo cual era un gran punto a favor. No era un hospital universitario, así que no andaba tropezándose con tantos residentes correteando de un lado a otro intentando encontrar sus fonendos. Eso no lo echaba de menos.

Pero, por otro lado, cuando dejó su puesto anterior, esperaba trabajar en unas urgencias donde no le controlaran hasta el último detalle. Había una parte de ella que había esperado sinceramente trabajar con alguien a quien le importara más la medicina que todas las gilipolleces que venían con ser médica. ¿Era Tara todo lo que había esperado?

Hasta el momento, no. Hasta el momento, lo único que había visto era a otra médica que parecía preocuparse más por una reputación manchada que por curar a la gente de verdad. Gabby empezaba a preguntarse si habría un equipo de relaciones públicas del hospital del que no estuviera al tanto, con lo perfecta e impoluta que Tara Hunter quería que fuera todo. Incluso después de aquella primera interacción bastante espinosa, había algo raro en Tara. Cada conversación entre las dos había parecido fría y distante, como si Tara se negara a entrar en confianza con ella.

—El mismo perro con distinto collar —concluyó finalmente, dando otra calada al cigarro.

—Bueno, si le arrancas la identificación del hospital y se la tiras a la cara a otra jefa, al menos esta vez consigue que alguien lo grabe. —Amber le sonrió a su amiga.

Gabby se rio, negando despacio con la cabeza. El recuerdo de la cara horrorizada del doctor Merton cuando por fin le tiró la tarjeta de identificación a la cara y abandonó el fonendo en mitad de las urgencias del St. Jude's iba a quedar grabado para siempre en el ojo de su mente.

—Joder, qué gusto dio.

—Sigue siendo un capullo, por si te lo preguntabas.

—Qué pena. —Gabby dio una última calada al cigarro antes de aplastar la colilla contra la pared. Unas cuantas motas de ceniza aún encendida se desmenuzaron hasta el suelo, donde se apagaron despacio—. Tenía la esperanza de haberle enseñado un poco de humildad.

—Tiene plaza fija, la humildad no está en su vocabulario —señaló Amber, frotándose las manos—. ¿Podemos irnos ya? No pienso morir de hipotermia solo para que te metas un chute de nicotina.

—Podemos irnos.

CAPÍTULO SIETE

Fueron las últimas del grupo en llegar al bar y, cuando por fin entraron, sus amigas habían conseguido pillar una mesa cerca del fondo del local, apiñadas y riéndose de una cosa u otra.

—¡Ay, por fin! —Gabby oyó gritar a alguien—. ¡Pensábamos que no llegaríais nunca!

Gabby y Amber cogieron unas copas de la barra, más una ronda para compensar el hecho de llegar tarde, antes de instalarse en la mesa. Gabby quedó entre Jodie y Alex, ambas médicas que había llegado a conocer durante su etapa trabajando en el St. Jude. Jodie trabajaba en pediatría, y Alex había trabajado con Gabby en urgencias. Igual que su amistad con Amber, el vínculo de Gabby con estas mujeres se había forjado sobre un amor compartido por las mujeres. Más concretamente: una noche se habían topado todas en un bar de ambiente, y así se forjó el vínculo del grupo.

—Bueno, antes de arrancar la noche como es debido —dijo Jodie, alzando su botellín de cerveza al aire en un brindis—, brindemos por nuestra querida y adorada doctora Gabby Ellis. ¡No solo consiguió escapar de las garras del doctor Merton y de las urgencias del St. Jude, sino que ahora ha sobrevivido oficialmente a su primera semana en el City General!

Hubo una ronda de vítores de celebración por toda la mesa, y a Gabby la zarandeó un abrazo de grupo que estuvo a punto de hacerle derramar la copa por todo el posavasos que tenía delante.

—Bueno, ¿qué tal es? —preguntó Alex—. ¿Deberíamos plantearnos todas dejarlo y unirnos a ti allí?

Gabby soltó un largo y pesado suspiro. Todo lo bueno del trabajo (y había bastante) le pasó por delante en un torbellino sin llegar a calar de verdad. Solo había una cosa en la que pudiera pensar realmente, solo una cosa que le sobresalía en la mente, solo una cosa de la que de verdad quería hablar.

Tara Hunter.

—Me imaginaba que tendría un poco más de libertad en el City General —admitió, ladeando el vaso de un lado a otro mientras se lo pensaba. El hielo del vaso tintineaba contra los lados con ritmo mientras reflexionaba un momento sobre su nueva jefa.

Los demás médicos parecían adorarla. Todo el que le había hablado de Tara no tenía más que elogios, sobre todo los que trabajaban en urgencias. El consenso estaba claro: Tara era dura de pelar, pero también una médica a la que de verdad le importaban sus pacientes y que quería ayudarlos.

Dicho eso, prácticamente todo lo que Gabby había visto de ella hasta el momento era prueba de lo contrario. Vale, Tara era una gran médica; se desenvolvía con soltura en urgencias y no parecía inmutarse ante ningún caso que se le pusiera delante. Pero aun así, había algo en Tara con lo que le costaba congeniar.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Jodie, incorporándose sobre un brazo para escuchar—. ¿Otra jefa de mierda?

—De mierda… no… —dijo Gabby con cautela—. Solo una estirada. Es un poco tiquismiquis con las normas, por lo que se ve.

—Ay, Dios, ¿ya te has peleado con ella?

—No lo llamaría pelea. —Vaciló un momento, por alguna razón un poco reacia a lanzarse a una diatriba sobre todos los defectos personales de Tara, pero la última semana desde luego la reconcomía. Además, no tenía a nadie en el hospital con quien desahogarse, aunque hubiera hecho algunas buenas amigas en el servicio. Todo el mundo parecía tener tan sorbido el seso por Tara Hunter que no habría servido de nada.

—Es que… se cree que lo sabe todo. —Gabby gimió con dramatismo, poniendo los ojos en blanco—. Es adjunta y, por lo

visto, es como una superdoctora o algo así, porque todo el mundo está coladísimo por ella.

Hubo un coro de risas alrededor de la mesa. Esto se parecía más a lo que esperaban de Gabby: había encontrado una figura de autoridad, y esta se había ganado su lista negra en menos de una semana. Por qué había decidido hacerse médica, con tanta gente ante la que tenía que responder y una cadena de mando tan estricta, era algo que nadie acababa de entender.

Por desgracia, ninguna de ellas sabía muy bien lo que habían empezado al conseguir sacarle aquel primer comentarito sobre Tara. Ninguna había esperado del todo que Tara hubiera acumulado tantísimos motivos para que Gabby la odiara, pero, por lo visto, lo había logrado.

Se sirvieron chupitos, se lanzaron dardos, e incluso se jugó una partida de billar (aunque bastante mal). Aun así, Gabby seguía sacando cosas nuevas de las que quejarse de su nueva jefa, apoyándose con todo su peso en el taco de billar para contárselo a quien quisiera escuchar. Ahora, sin embargo, parecía que se agarraba a un clavo ardiendo en busca de cosas de las que quejarse: sus problemas con Tara Hunter habían pasado de preocupaciones legítimas sobre su estilo de trabajo a quejas sobre su pelo.

—O sea, ¿quién se cree que es con ese corte de pelo, eh? —Gabby agitó las manos, como haciéndole gestos a un público imaginario para que le lanzara respuestas—. ¿Sandra Bullock? ¡Ni de coña!

—¡Ellis! —ladró Alex desde el otro lado de la mesa de billar, poniendo los ojos en blanco. Se había quitado la cazadora de cuero (para gran alegría de casi todas las mujeres del bar) y estaba apoyada en la mesa, fulminando con la mirada a su amiga—. O te decides o dejas paso, que estamos jugando.

—Yo tiro por ella. —Amber se bajó de un salto del taburete en el que estaba encaramada y le arrebató el taco a Gabby—. ¿Por qué no te vas a despejar un poco, eh?

Aquello pareció buena idea. Gabby no estaba borracha, pero desde luego iba lo bastante achispada como para que la boca y el

cerebro no se comunicaran demasiado bien. En la universidad se había ganado la fama de ser la borracha más simpática del campus, y esa fama la había seguido a lo largo de toda su carrera médica.

Después de unas tres cervezas, perdía por completo y por entero la capacidad de callarse. Sus amigas sabían cómo iba a desarrollarse esto. Alguna desconocida desprevenida intentaría ligar con ella, y pasaría una de tres cosas: Gabby se agotaría, la desconocida se agotaría, o las dos se irían juntas a otro tipo de conversación.

Esta noche, se acercó a la barra a pedir otra cerveza y se dejó caer en el taburete que había al lado de una mujer en la que no había reparado hasta ese momento. Era más o menos de la edad de Gabby (quizá un poco mayor, pero no mucho) y estaba buenísima. No había otra forma de describirla. Iba un poco más arreglada que la mayoría de la gente del bar, casi todos los cuales habían aparecido sin más con vaqueros y camiseta. Llevaba un vestido azul que le llegaba por la mitad del muslo, y desde ahí las piernas parecían no acabarse nunca.

—Hola —dijo Gabby, un poco más alto de lo necesario, para que la voz le llegara por encima de la música. La mujer se giró en el taburete y le dedicó una sonrisa de mil vatios.

—Hola.

—No te había visto antes por aquí —comentó Gabby, levantando una mano para que le trajeran otra cerveza.

La mujer se rio, ladeando la cabeza.

—¿Eso es una frase para ligar? —preguntó.

Gabby sonrió de oreja a oreja, encogiéndose de hombros.

—A ver, vengo por aquí al menos una vez por semana y nunca me había fijado en ti, así que ha sido una… observación bastante inocente. —La sonrisa se le ensanchó, y guiñó un ojo—. Pero también sí, ha sido totalmente una frase para ligar.

Su sinceridad dio sus frutos, porque le valió un nombre.

—Soy Jax. Y me temo que no eres tan observadora como te crees. Vengo por aquí bastante a menudo.

—Ah, bueno, en ese caso, supongo que voy a tener que estar atenta por si te veo en el futuro.

—¿Ah, sí?

—Ah, sí, y la buena noticia es que se me dan muy bien las caras. —Gabby se inclinó un poco más cerca—. Y dudo que se me olvide la tuya, Jax.

Jax soltó una risita, echándose los rizos oscuros por encima de los hombros mientras se inclinaba hacia Gabby.

—Bueno, ojalá pudiera decir lo mismo, pero yo normalmente soy mejor con los nombres. Es una pena que no sepa el tuyo…

CAPÍTULO OCHO

Las amigas de Gabby miraban boquiabiertas mientras ella flirteaba con quienquiera que fuese aquella desconocida con pinta de mujer fatal. Habían suspendido la partida de billar, porque no querían perderse detalle.

—Lleva en la barra como… dos minutos. —Amber negó despacio con la cabeza—. Dos minutos y ya ha encontrado a alguien con quien tontear. ¿Cómo lo hace, eh? Yo estuve hablando con aquella enfermera de la clínica tres meses antes de reunir el valor para pedirle salir a tomar algo.

—Yo diría que no habrías tardado tanto si te hubieras metido tres cervezas y un tequila —señaló Jodie—. ¿Apostamos sobre si se viene a casa con nosotras o se va a casa con ella?

Alex observó cómo Gabby y la mujer de la barra se inclinaban la una hacia la otra, riéndose por lo bajo de algún chiste secreto. Incluso desde el otro lado del bar, la tensión sexual era tan densa que básicamente flotaba en el aire como una nube.

—Yo apuesto por ella, lo cual es un fastidio. Tenía ganas de ganarle algo de dinero en otra partida de dardos.

—Me encantaría saber cómo lo hace. En serio. —Amber se apoyó en el taco de billar, observándolas—. Si fuera yo, de repente habría aparecido una novia de tres metros, o habría acabado con una copa encima, pero Gabby… —Amber se limitó a negar con la cabeza—. Bueno, ¿cuál fue la mejor frase que te soltó a ti, Alex?

Alex y Gabby eran las dos únicas del grupo que habían llegado a liarse, y todas se metían sin piedad con Alex por ser una más de las conquistas de Gabby. Ella siempre se lo tomaba con humor y les aseguraba que no tenían ni idea de lo que se estaban perdiendo.

—Me preguntó si quería gritar su nombre. En serio, ¿quién puede rechazar a una mujer con tanta clase? —Alex arrancó una oleada de risas del grupo antes de hacer su tirada.

—¡Tenemos movimiento, chicas! ¡Todas las que hayan sido lo bastante sabias como para apostar a que nuestra pandilla acabará esta noche con una menos están a punto de cobrar gracias al poder de seducción de Gabby!

No tardó mucho una de ellas en proponer salir del bar abarrotado e irse a algún sitio más privado. Las amigas de Gabby no sabían decir cuál de las dos lo había iniciado, pero de repente estaban pagando sus copas y dirigiéndose a la puerta, con los brazos rodeándose mutuamente la cintura.

Unos momentos después, les llegaron los mensajes de Gabby, explicando su repentina desaparición.

Os he visto mirando. Se llama Jax, y antes hacía gimnasia.

Le he preguntado si todavía sabe hacer el spagat, y se ha ofrecido a enseñármelo.

Así que… eso.

Gracias por las copas. Nos vemos luego, chicas.

¡Deseadme suerte!

Amber se limitó a negar con la cabeza mientras leía el mensaje.

—¿No había dicho que mañana entraba temprano? —Hubo unos cuantos asentimientos y algunas sonrisas irónicas entre las amigas —. Más le vale guardarse algo de ese encanto por si mañana no llega a tiempo, ¡o la doctora Hunter va a tener motivos de sobra para caerle encima!

El puro volumen al que Gabby oyó gritar su nombre la pilló por sorpresa. Vale, la mujer había sido bastante generosa con los

gemidos y más que un poco alentadora mientras Gabby daba con todos los puntos correctos, pero oír tu nombre gritado en letras enormes de neón parpadeante era tan aterrador como estimulante. Los vítores de júbilo vinieron acompañados de una enorme descarga de satisfacción que hizo que a Gabby se le dispararan las cejas hacia arriba mientras se le abrían mucho los ojos.

Antes de que Gabby pudiera recuperar el aliento, Jax la había levantado en volandas y la había echado de espaldas, abriéndole del todo las piernas en el proceso. Todo aquello no habría resultado menos surrealista si Jax hubiera llevado un antifaz de lycra y alguien hubiera gritado «¡Primer asalto!».

—¡A ver si nos acordamos de que la gimnasta no soy yo! —Pero sus palabras se cortaron en seco cuando notó que le alzaban el trasero en el aire y una lengua desaparecía bien adentro de ella. Todas las protestas siguientes quedaron rápidamente olvidadas, y las únicas palabras que le escaparon de los labios fueron—: Fóllame.

Con las piernas izadas sin esfuerzo por encima de los hombros de Jax, Gabby notó a la mujer hundirse más hondo de lo que creía posible. No se quejaba; de hecho, mientras notaba la lengua de Jax entrar y salir de ella con una facilidad húmeda y repetitiva, su cuerpo respondía empujando más fuerte y más rápido contra la cara de la mujer. Cada vez que notaba los músculos empezar a tensarse, y se preparaba para la entrega absoluta de la consciencia al orgasmo, Jax, para su frustración, soltaba la lengua, deslizándola hacia arriba y alrededor del clítoris. Provocando, succionando, dando toques, antes de trazar una serie de círculos bruscos por todo alrededor.

De nuevo llevaron a Gabby al borde mismo del orgasmo y, justo cuando los primeros hormigueos empezaban a recorrerle el cuerpo, el calor de la boca de Jax fue reemplazado por el frescor de la habitación, y Gabby se quedó temblando al filo.

—Pero qué coño… —La frustración de Gabby se vio rápidamente reemplazada por la curiosidad al oír el clic. Esforzándose por ver con el cuello en un ángulo forzado, no fue hasta que notó el frío hormigueo del lubricante aplicándose sobre sus pliegues cuando empezó a entender lo que venía a continuación.

A medida que le abrían las piernas un poco más, notó el meñique de Jax empezar a explorar mientras la lengua se hundía de nuevo bien adentro. Gabby acogió el cambio de ritmo y dejó que el placer la inundara. El meñique de Jax trabajaba tan duro como su lengua, dejando a Gabby con una sensación de decepción y vacío cuando Jax lo retiró. La decepción quedó rápidamente reemplazada cuando notó lo que solo podía ser un plug anal insertándose con suavidad. Un tembloroso «Ooh» llenó el aire circundante, y le costó unos segundos darse cuenta de que el sonido había salido de su propia boca.

El siguiente sonido en llenar el aire fue un zumbido sónico. Gabby tragó saliva con fuerza cuando de nuevo le alzaron las caderas un poco más. El frescor de la punta se frotó con fuerza contra su humedad, y cerró los ojos, dejando que su necesidad dictara todo lo que estaba a punto de pasar a continuación. Mientras continuaba la provocación con el vibrador, Gabby notó la sacudida involuntaria de sus caderas hacia delante mientras su centro suplicaba ser satisfecho.

—¿Por favor? —Gabby sabía que su voz temblorosa iba cargada de desesperación, pero su necesidad de que la follaran se había apoderado de todos sus sentidos, y suplicaría si eso era lo que hacía falta. Solo había un desenlace que traería satisfacción.

Jax no la hizo esperar más y, esta vez, cuando las caderas de Gabby se movieron hacia delante, ansiosas por ser llenadas, se vio recompensada cuando la punta se le empujó con suavidad dentro. Con cada pequeño movimiento adentro y afuera, y afuera y adentro, se hundía un poco más hondo hasta que el falo entero embestía bien adentro. Mientras el peso de Jax inmovilizaba a Gabby, sus piernas la abrían más. Lo único que había entre ellas era el movimiento constante e implacable del brazo de Jax, hundiendo el vibrador bien adentro mientras la dureza de su muñeca golpeaba contra el clítoris. Y esta vez, no se detuvo.

El orgasmo llegó con tal explosión que el grito de la propia voz de Gabby llenó la habitación. Su cuerpo se tensó y se sacudió y tembló en una rotación constante, pero Jax no se detuvo y, cuando

parecía que su cuerpo no podía soportar más, notó una segunda oleada de orgasmo arrollarla. Jax sostuvo su cuerpo tembloroso.

—Madre mía. —Gabby soltó una risita—. ¡No ha estado nada mal!

—Si tuviera tarjetas de puntuación, te las estaría pasando ahora mismo. —La sonrisa de Jax era amplia de satisfacción—. ¿Qué me dices? ¿Un diez limpio?

—No te vengas arriba. Yo eso lo pondría en un ocho sólido. Todavía hay margen de mejora. —Gabby arqueó la ceja con severidad, pero su sonrisa estaba llena de sinceridad.

Sacando la almohada de debajo de la cabeza de Gabby, Jax le dio con ella.

—¡Por eso, la parte húmeda es toda tuya!

CAPÍTULO NUEVE

Cuando Gabby se despertó a la mañana siguiente, no se sentía tan mal como solía sentirse después de una noche de fiesta con sus amigas. No le daba vueltas la cabeza como de costumbre, el estómago parecía estar donde debía, y salvo por tener la boca un poco seca, se sentía bastante normal.

Eso debía de significar que no se había quedado en el bar toda la noche, cayó en la cuenta. De haberse quedado con sus amigas, jugando al billar y a los dardos, y bebiendo ronda tras ronda de chupitos, ahora mismo se sentiría considerablemente peor.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que no estaba en su propia cama. Las sábanas no le daban buena sensación; eran sedosas y suaves de un modo que su ropa de cama, sencilla y sosa, sencillamente no era. Cuando abrió los ojos y miró alrededor de la habitación, iluminada solo por la escasa luz que se filtraba por la rendija de las cortinas, tuvo la certeza de que no estaba en su casa.

Sus paredes no eran de aquel color morado chillón. Ella no tenía hileras de cristales alineados en una estantería delante de una estatua de Venus. Y desde luego no tenía lo que parecía un pequeño altar en el alféizar de la ventana.

Esto debía de ser el cuarto de Janice… no, de Jax. Gabby rodó en la cama para asegurarse y, tal como sospechaba, su cita de la noche anterior estaba profundamente dormida, acurrucada entre las mantas a su lado.

Eso explicaba por qué le dolían partes del cuerpo cuya existencia normalmente ni recordaba. Cómo no, Jax era la gimnasta.

Gabby se estiró despacio en la cama, bostezando lo más silenciosamente posible antes de echar mano al móvil, que había ido a parar a la mesilla. Tenía un par de mensajes perdidos de sus amigas, en su mayoría preguntando sin más qué tal había ido la noche. Tenía el pulgar suspendido sobre el mensaje de Amber, sobre si Jax todavía sabía hacer el spagat, cuando se percató de la hora.

—¡Mierda! —maldijo en voz alta, saliendo de la cama volando. Era más tarde de lo que había creído, y iba a llegar tarde al trabajo si no tenía cuidado.

Sus gritos despertaron a Jax, que abrió los ojos sobresaltada, gruñendo contra las almohadas.

—¿Gabby?

—Sí, perdona. —Empezó a corretear por la habitación lo más rápido posible, recogiendo su ropa interior de donde la habían lanzado la noche anterior—. Voy a llegar tarde al trabajo. Me tengo que ir.

—Es sábado —masculló Jax, con la voz amortiguada contra las almohadas—. No hay trabajo, vuelve a la cama.

—Ya —suspiró Gabby, poniéndose la camiseta. ¿Por qué no encontraba los calcetines? ¿Dónde demonios habían ido a parar?—. Bueno, los hospitales siguen abiertos un sábado, así que…

—¿Trabajas en un hospital? —Aquello captó la atención de Jax. Se incorporó, frotándose el sueño de los ojos mientras intentaba enfocar a Gabby—. ¿Eres, o sea, médica?

—Sip. —A la mierda. Los calcetines tampoco eran tan importantes, decidió Gabby, volviendo a coger el móvil de donde lo había dejado caer en la cama—. Y voy tarde, así que nos vemos.

—¡Espera! —llamó Jax, haciéndole señas para que se acercara a la cama. Gabby se detuvo con la mano en la puerta, apretando los dientes mientras resistía el impulso de soltar un simple «no» y marcharse. En lugar de eso, se giró para mirar a Jax, que le ponía morritos. Seguramente pensaba que quedaba mono, pero Gabby iba tarde, y solo resultaba molesto.

—¿Qué?

Jax sonrió de oreja a oreja, dándose dos toquecitos en los labios con el índice.

—¿Un beso?

¿Qué eres, adolescente?, pensó Gabby con amargura. En lugar de acercarse, se limitó a darse un toque en la muñeca, como imitando que llevaba reloj.

—Tarde —fue lo único que dijo antes de desaparecer del dormitorio, estando en un tris de chocarse con la mujer que debía de ser la compañera de piso de Jax al salir.

—Perdona —masculló, mirando alrededor del apartamento desconocido en busca de los zapatos que había llevado la noche anterior. ¿Dónde demonios habían ido a parar?

—Ah, tú debes de ser la cita que tenía Jax. ¿Cómo has dicho que te llamas? ¿Gabby o Fofi? Tengo que pedirle a Jax que trabaje la dicción cuando se corre, para saber con quién me voy a topar a la mañana siguiente.

El tono glacial de la compañera de piso pilló a Gabby con la guardia baja, y se detuvo justo cuando divisó sus botas asomando por debajo del sofá.

—Eh, sí. Supongo que sí.

—Bueno. —La compañera de piso sin nombre se cruzó de brazos con determinación, mirando a Gabby con el ceño fruncido—. La próxima vez que entres en casa de alguien sin que te inviten, quizá no lo tengas despierto hasta las dos de la madrugada con tus gritos. Solo un pequeño consejo.

—Eh, sí. —Gabby la esquivó para coger las botas y se las puso a toda prisa—. Perdona por eso. No volverá a pasar. O sea, seguramente no vuelva a pasar, pero eh… O sea, nunca se sabe, ¿no?

—Bueno, no te des prisa en volver, ¿eh? —El sarcasmo que le goteaba de la lengua a la mujer era cáustico, pero tan exagerado que a Gabby le hizo gracia. No consiguió del todo reprimir la risita que le subía por el pecho—. No me parece gracioso. Algunas tenemos que trabajar y me voy a pasar el día sacando las comandas equivocadas.

—Vale, lo siento. De verdad. —Percibiendo el escepticismo de la mujer, intentó tranquilizarla—. En serio. —Probó con una sonrisa completa, esperando que algo de su encanto lograra abrirse paso a través del pánico creciente de ir tarde—. ¿Hay alguna posibilidad de que me digas dónde estamos? —Al ver una mirada en blanco como respuesta a su pregunta, Gabby lo intentó de nuevo—. ¿En qué parte de la ciudad estamos?

Cuando la mujer se dio cuenta de que llevaba la sartén por el mango, una sonrisa engreída le apareció en la cara, y fue más de lo que Gabby podía soportar. Negando con la cabeza y abriendo de un tirón la puerta principal del apartamento, fue pasando por sus aplicaciones, dándole gracias a Uber por existir.

CAPÍTULO DIEZ

Tara estaba con Phelps en el control de enfermería, observando el reloj de encima de ellos mientras pasaban los minutos. Gabby Ellis seguía sin aparecer por ninguna parte.

—Llega tarde —afirmó Tara, dando un sorbo al café de la máquina del pasillo. Era amargo y sabía más a barro que a café de verdad, pero estaba caliente y llevaba cafeína, y con eso le bastaba.

—¿No estarás buscando cualquier excusa para gritarle? —preguntó Phelps. Tara le lanzó una mirada fulminante por encima del café que él sabía que significaba «cállate», entornando los ojos hacia el médico residente—. La verdad es que es bastante buena, ¿sabes?

—Es un incordio.

—Yo también —señaló Phelps—. Y aun así te caigo bien.

—¿Ah, sí? —Tara tiró el vaso vacío de café a la basura. Y, aunque le daba la espalda, Phelps oyó la sonrisa en su voz. Solo se estaba metiendo con él; la verdad era que lo había tomado bajo su ala como a un hijo adoptivo de urgencias el día que llegó al hospital, y era uno de sus miembros del personal favoritos. Todo el mundo lo sabía, pero nadie lo comentaba.

—A mí me cae bien. —Phelps miró alrededor del servicio de urgencias con una pequeña sonrisa—. Es maja.

Tara se cruzó de brazos, observando al joven médico con recelo. A Phelps le caía bien todo el mundo, era otra de las normas tácitas

del servicio de urgencias. Tenía que haber algo más que le hubiera llamado la atención de Ellis.

—Es guapa —concluyó.

Ah, ahí estaba. Por un momento, Tara se planteó decirle a su residente que era poco probable que tuviera éxito con Ellis. Ya se había fijado en el parche de Stonewall de la mochila de la taquilla de Ellis, así como en la chapa del orgullo gay de su cazadora, y sospechaba que el doctor Marcus Phelps no era exactamente su tipo. Aunque era un chaval listo; supuso que se daría cuenta de eso tarde o temprano.

En cualquier caso, nada de eso era lo que importaba en ese momento. Lo importante en ese preciso instante era el hecho de que Ellis llegaba media hora tarde a su turno, con apenas una semana en el trabajo. No era un buen comienzo, y no iba a quedar bien en la reunión que Tara tenía prevista sobre su desempeño la semana siguiente.

Pasaron otros minutos y entonces una melena conocida de rubio apagado y alborotado se coló en el servicio de urgencias, esquivando a toda prisa a unos pacientes a los que estaban dando el alta.

Tara abrió la boca para decirle algo a la joven médica —algo sobre la ética de trabajo o la vagancia le vino a la mente— pero, antes de que pudiera soltar palabra, Gabby ya había cogido el expediente y salía corriendo hacia el otro extremo del servicio para atender a su primer paciente. Era casi como si la joven hubiera estado decidida a cortarle el paso.

De todos modos, había otros asuntos que requerían la atención de Tara. El más apremiante era el problema del programa comunitario, que al parecer seguía siendo la mayor espina financiera clavada en el costado del hospital.

Tara dejó instrucciones a las enfermeras de que la llamaran si había algún problema antes de dirigirse a su despacho. Estaba metido hacia el fondo de urgencias, justo a un lado del pasillo. Incluso para los estándares de una jefa de servicio, era un despacho bastante pobre.

Pero no le importaba, y nunca le había importado. Cuando las cosas iban mejor con Bob, le habían ofrecido un despacho más grande e imponente con vistas al parque. Habría sido luminoso y espacioso, imposiblemente elegante, moderno, y mucho más bonito que el de la mayoría de los compañeros de Tara.

Había rechazado la oferta porque habría supuesto alejarse más de urgencias, y Bob nunca volvió a hacerle una oferta así. De todos modos, el despacho había sido una rama de olivo. Una oferta que le tendió por lo culpable que se sentía de lo que pasaba a sus espaldas. Con la perspectiva del tiempo, Tara se alegraba de haber rechazado el despacho nuevo; no habría podido entrar cada día a trabajar allí sabiendo la verdadera razón por la que se lo habían dado.

No, estaba a gusto donde estaba. Vale, la única ventana solo le daba vistas a los cubos de basura de fuera en lugar de al parque, pero eso daba igual. Le gustaba su pequeño despacho, por muy estrecho que fuera.

Era un refugio para ella en muchos sentidos. Cuando las cosas entre ella y Bob habían empezado a agriarse, había empezado a pasar cada vez más tiempo allí, enfrascada en revistas médicas y expedientes de pacientes para distraer la mente de su vida personal. Incluso se había acurrucado a dormir en el sofá algunas noches, antes de ducharse en el hospital, cambiarse de ropa y empezar un nuevo día como si se hubiera ido a casa como todo el mundo. En aquellos días, escondida aquí abajo, lejos de Bob y Melanie, Tara se había sentido protegida, como si nadie pudiera tocarla.

Incluso ahora, era su espacio seguro. Tara no se imaginaba a Bob ni a Melanie aventurándose a bajar de su torre de marfil de la última planta para venir aquí. No abandonarían sus despachos luminosos y lujosos para venir a su estrecho rinconcito del hospital, así que estaba a salvo de ellos. Una vez que aquella puerta se cerraba tras ella, era como si el resto del mundo quedara aislado, y estuviera en una burbuja propia.

Su sofá estaba vacío hoy pero, a juzgar por la manta que habían hecho a toda prisa una bola, alguien había estado echándose una siesta ahí no hacía mucho. Con una pequeña sonrisa, Tara cogió la

manta y la dobló con esmero, alisando la tela mientras la dejaba de nuevo en su sitio de costumbre. Había una lata de refresco sin abrir en el suelo junto al sofá que no estaba ahí cuando había llegado al trabajo, así que supuso que quienquiera que hubiese estado durmiendo allí volvería pronto.

Se sentó tras su escritorio con un suspiro pesado, mirando el desorden de papeleo que le cubría la mesa. En algún punto entre todo aquello estaba la carpeta de cartón que Melanie le había plantado en las manos unos días antes, detallando exactamente cuánto le estaba costando el programa comunitario al hospital.

Tara ni siquiera estaba segura de querer mirarla. No quería ver todo el trabajo que había invertido en los últimos años y todo el bien que había hecho convertidos en cifras frías y crudas. No quería ver a la niña asmática que habían tratado a través del programa convertida en una estadística más, ni a aquella anciana que había venido con dulce de coco para los médicos después de que la trataran. Había explicado en voz baja que no podía darles dinero por el tratamiento que había recibido, pero todos los médicos habían coincidido en que era el mejor pago que ninguno de ellos había recibido jamás.

Estaba la joven madre de tres hijos que había venido con una infección respiratoria un noviembre que Tara nunca iba a olvidar. Había estado posponiendo ir al médico porque no podía permitirse ni una revisión, y mucho menos la medicación que necesitaba. Tara seguía convencida a día de hoy de que, si no la hubieran ingresado cuando lo hicieron, sus hijos habrían quedado huérfanos. ¿Cuántos casos más había en la ciudad de mujeres como ella? ¿Cuántos padres tenían que elegir entre ir al médico y poner comida en la mesa?

Bob y Melanie no cerrarían el programa, eso lo sabía. El único otro hospital con ánimo de lucro de la zona, el St. Jude's, no tenía un programa como este, así que distinguía al City General. El programa comunitario era lo único que hacía parecer que la administración que dirigía el hospital no estaba solo por el dinero; daba una apariencia de compasión, aunque no hubiera mucha de eso para repartir.

El programa no era tan grande ni de tan largo alcance como Tara quería. Cuando había concebido este proyecto, quería que fuera un esfuerzo organizativo en red entre el St. Michael's y los demás grandes hospitales de la zona, pero esa idea se había descartado de inmediato. Bob y Melanie veían el programa comunitario como una oportunidad para reforzar su imagen, y querían el monopolio de la imagen de ser un hospital solidario. Eso significaba que el programa no podía conseguir la financiación ni el alcance que Tara y muchos de los otros médicos querían, y no podía atender a tanta gente como ella había soñado en su momento.

Pero eso ya daba igual, cayó en la cuenta. Tara no necesitaba molestarse en preocuparse por cómo desarrollar el programa y ampliar su alcance, porque ahora sabía que nunca podría. Bob y Melanie lo querían reducido a una fracción de lo que era actualmente. Querían equilibrar la imagen de la medicina compasiva con su cuenta de resultados, asegurándose de seguir sacando beneficios y cobrando sus primas anuales. A quién le importaba si eso significaba que muriera algún pobre más, ¿verdad?

De algún modo, se suponía que Tara tenía que reducir los costes operativos del programa en un veinticinco por ciento para empezar y, luego, con el tiempo, el objetivo al parecer era reducir los costes al cincuenta por ciento de lo que eran actualmente. Cuando le había plantado la carpeta de cartón contra el pecho, Melanie le había dicho con retintín que le daba igual cómo se hiciera, solo que se hiciera.

Tara abrió la carpeta y miró el desglose que tenía delante. ¿Cómo se suponía que iba a recortar el gasto aquí? Melanie le había dicho que empezara por cualquier cosa no esencial, pero, para Tara, todo lo que hacían en el programa comunitario era esencial. Ni siquiera algo tan aparentemente insignificante como los guantes que usaban en el servicio se podía recortar. ¿Qué se suponía que iban a hacer si se les acababan? ¿Rechazar a la gente? ¿Pedir prestado a otros servicios y agotar sus existencias? Ninguna de las dos era una buena opción.

No pudo quedarse ahí sentada mirando las cifras y los gráficos demasiado rato. Esto y la política eran las razones por las que había rechazado el puesto de directora clínica en el St. Jude's cuando se lo

habían ofrecido cinco años antes. El sueldo era mejor, las ventajas eran estupendas, pero tenías que sacrificar la medicina en aras de la burocracia.

Recortar los costes médicos en aras de la cuenta de resultados del hospital a expensas de la atención al paciente —sobre todo cuando afectaba a los miembros más vulnerables de la sociedad, como ahora— no era algo que le saliera de forma natural a Tara. No se había pasado todos aquellos años haciéndose médica porque quisiera reducir la medicina a márgenes de beneficio. Lo había hecho para poder ayudar a la gente. Pero en ese momento, mirando aquella carpeta de cifras frías y crudas, Tara no podía evitar sentir que empezaba a derivar en esa dirección, quisiera o no.

Las hojas de papel volvieron a la carpeta, que luego quedó embutida en el cajón de abajo del escritorio de Tara, donde podría (con suerte) olvidarse de ella unas horas. Sabía que solo estaba posponiendo lo inevitable y que, en algún momento, iba a tener que gestionar este problema como es debido, pero en ese momento sencillamente no podía enfrentarse a ello. En lugar de eso, cogió la bata de donde la había tirado en el sofá y volvió a salir a urgencias.

CAPÍTULO ONCE

Había mucho ajetreo en el servicio, lo cual era bueno. El torbellino de gente a su alrededor ayudaba a ahogar la vocecita del fondo de su cabeza que la reconcomía con lo de la carpeta del cajón del escritorio. Con todos los gritos y el alboroto, apenas se oía pensar y, en ese momento, era todo lo que quería.

Ellis atendía a un paciente cerca de la puerta y, por lo que parecía, estaba intubando, con las manos moviéndose deprisa mientras la saturación de oxígeno del monitor que había junto a la cama bajaba sin pausa. A pesar de la familia sollozante a su lado, la joven médica apenas parecía inmutarse; su expresión era extrañamente serena, y la única emoción que se permitió fue el suspiro de alivio cuando el paciente se estabilizó.

Tara tenía que admitir que, en la última semana, la nueva incorporación la había impresionado. Vale, tenía un problema de actitud que Tara había sido capaz de detectar a un kilómetro, y no había ayudado que su entrada el primer día fuera como sacada de una película. La gente todavía cotilleaba sobre la médica que había hecho su debut en el hospital entrando montada sobre un paciente, lo que convertía a Ellis en una especie de celebridad menor.

Pero Tara tenía que admitir (por muy a regañadientes que fuera) que era una buena médica. Era muy resolutiva, y no de las que rehúyen meterse de lleno en su trabajo; lo había demostrado lanzándose de cabeza al puesto su primer día, y lo había seguido

haciendo cada día desde entonces. Era la definición de una médica que había arrancado a toda máquina desde el principio pero, por alguna razón, eso frustraba más a Tara, por motivos que no sabía muy bien precisar.

Ellis se percató de que la observaba mientras rellenaba el expediente del paciente, ordenando que lo ingresaran y lo enviaran a otra planta.

—¿Pasa algo, jefa?

—Has llegado tarde esta mañana.

Gabby hizo una pausa, guardándose el boli en el bolsillo de la bata.

—Sí, es verdad.

—¿Quieres decirme por qué? —La joven rubia parecía más cansada y demacrada de lo normal, y Tara no pudo evitar fijarse en cómo había hecho una mueca ante las luces brillantes del techo al entrar a toda prisa. Se jugaba lo que fuera a que era una resaca bastante considerable.

—Tráfico —respondió Gabby con un encogimiento de hombros despreocupado, pasando junto a Tara para dejar el expediente del paciente—. Nada más.

—¿No tendrá nada que ver con la noche de juerga que supongo que tuviste, entonces?

Gabby estaba apoyada en el control de enfermería para firmar el traslado del paciente y, aunque Tara no le veía la cara, sí que percibió cómo se le tensaban los hombros a la joven. Sabía que la habían pillado en una mentira.

—Puede.

La joven médica se enderezó despacio y le sostuvo la mirada a Tara, intentando (sin lograrlo) no parecer culpable. Tara no podía reprochárselo exactamente, lo de querer desmelenarse y divertirse tras su primera semana en un hospital nuevo; al fin y al cabo, cuando ella tenía la edad de Gabby, hacía lo mismo continuamente. Sin embargo, era la jefa de la joven médica, y eso significaba que sí podía reprocharle que llegara tarde.

La apartó a un lado con un silencioso gesto de la cabeza hacia las puertas dobles, y las dos salieron unos momentos del bullicio de

urgencias. La rubia llevaba las manos hundidas bien hondo en los bolsillos de la bata y evitaba la mirada de Tara, pareciendo más una cría a la que habían pillado con la mano en el bote de las galletas que una profesional de la medicina.

Una parte de Tara quería soltarle un exabrupto y, quizá, si hubiera sido cualquier otra médica, lo habría hecho. Pero había algo en Gabby que era distinto. Era más capaz que la mayoría de los médicos jóvenes que pasaban por la puerta de Tara, y se comportaba como alguien que llevara décadas trabajando en el campo, en lugar de unos pocos años. En general, era una buena médica.

Soltarle un exabrupto y cabrearla no haría que mejorara ese día. No haría que trabajara más ni mejor, y Tara lo sabía, así que probó con el enfoque más suave.

—Tu vida personal es tuya, y no tengo derecho a interferir en ella, Ellis —empezó, asegurándose de mantener con cuidado la voz calmada y suave, casi como si se acercara a un gato callejero especialmente arisco—. Pero tu vida personal se acaba en el instante en que cruzas esas puertas.

—Eso ya lo sé.

Gabby ya estaba a la defensiva, como preparada para pelear, y Tara no podía reprochárselo exactamente.

—Eres una buena médica y sé que, cuando vuelvas a entrar ahí, vas a tratar a los pacientes como si no tuvieras una resaca de espanto. Pero eso no significa que quiera que esto se convierta en la tónica habitual. Mantén el alcohol al mínimo cuando trabajes al día siguiente y preséntate a tus turnos a tiempo. Solo lo pido por las buenas una vez; si esto vuelve a pasar, no seré tan educada.

Hubo un instante de silencio que pendió entre las dos mujeres unos momentos. A Gabby la sorprendió este giro extrañamente maternal de Tara que no había visto venir; medio esperaba que la mujer le echara una bronca y le gritara en mitad del servicio. En lugar de eso,

la ira que había esperado quedó reemplazada por una suave nota de decepción maternal. Y la decepción siempre era peor que la ira. Todo el mundo lo sabía.

—¿Lo entiendes? —insistió Tara—. ¿O debería dejarlo un poco más claro?

—No, lo he pillado —dijo Gabby rápidamente—. Gracias, jefa.

—Bien. Ve a la farmacia y coge paracetamol. Y bebe agua, estás deshidratada.

Con eso, Tara giró sobre sus talones y desapareció por el pasillo hacia su despacho. Gabby observó marcharse a la mujer, todavía un poco perpleja de que no fuera a afrontar ninguna consecuencia real por entrar tarde dando tumbos a su turno, antes de hacer lo que le habían dicho e ir a por unos analgésicos. El resto del personal de enfermería y los demás médicos que revoloteaban por urgencias apenas parecieron reparar en su llegada tardía, ni en la conversación que había tenido fuera en el pasillo, y a Gabby eso le venía de perlas. Una botella de agua y dos analgésicos después, ya estaba lista para meterse de lleno en su trabajo, como si fuera un día cualquiera.

CAPÍTULO DOCE

Durante la semana siguiente, las cosas parecían ir bien entre Gabby y Tara. Vale, de vez en cuando una de las dos decía algo que hacía que la otra apretara los dientes o pusiera los ojos en blanco, pero, aparte de eso, conseguían bastante bien no sacarse de quicio la una a la otra.

Sin embargo, no duró, porque en realidad no podía durar. Los médicos se enzarzaban en pequeñas discusiones continuamente en la sala de descanso o en los pasillos traseros, bien lejos de la vista de los pacientes, y por lo general se consideraba lo normal. Trabajar en un hospital era estresante por naturaleza, y era casi seguro que, cualquier día, el estrés rebosaría y saldría de formas feas o desagradables. Muy pocas de aquellas pequeñas discusiones eran personales y, en general, todo el mundo conseguía respetar eso. Era simplemente parte del trabajo.

Era viernes por la mañana, y Tara estaba estresada. Acababa de sacar las manos de la cavidad torácica de un chico de veintiséis años al que su padre había disparado tras una discusión violenta cuando le llegó la noticia de que Bob bajaba a urgencias. No era exactamente lo que necesitaba para calmar sus nervios, ya de por sí crispados.

—¿Cómo que baja hasta aquí? —preguntó Tara, deteniendo en seco a una joven médica que pasaba—. ¿Por qué?

—No lo sé. —Se encogió de hombros—. Pero parecía cabreado por algo. ¿Qué has hecho?

—Nada —masculló Tara entre dientes. No era exactamente mentira, pero tampoco era toda la verdad. No había hecho nada; nada sobre la carpeta que seguía metida sin ceremonias en las profundidades del cajón de su escritorio. Se apostaba lo que fuera a que Bob bajaba a urgencias por primera vez que ella recordara desde que se hizo administrador, y era por culpa de aquella maldita carpeta. Quería resultados. Quería que ella le asegurara que iba a recortar el presupuesto del programa comunitario.

—Algo habrás hecho —señaló la joven médica al pasar junto a Tara hacia la puerta—. No suele honrarnos a los humildes médicos con su presencia, ¿verdad?

Tara resistió el impulso de gemir cuando vio a Bob entrar en urgencias. Al mirarlo ahora, jamás habría adivinado que en su día fue médico como ella. De servicios distintos, claro; él era cirujano cardiotorácico, y el sitio de ella siempre había sido urgencias. Pero en algún momento había llevado el pijama azul, igual que el resto de ellos.

Aquellos tiempos, sin embargo, habían quedado muy atrás. El Robert Hunter que entró pavoneándose en urgencias era un hombre completamente distinto del que ella se había casado todos aquellos años antes. Iba vestido de forma impecable con un traje hecho a medida, los tacones de sus zapatos de cuero italiano repiqueteando por el suelo de baldosas mientras se dirigía hacia Tara. El pelo, cada vez más escaso, lo llevaba con una raya marcada al lado y peinado hacia atrás a la perfección y, como siempre, no tenía ni un detalle fuera de sitio. Parecía una presencia alienígena en urgencias, avanzando entre las multitudes de médicos sudorosos y pacientes temblorosos para llegar hasta Tara.

—Buenos días, Bob —dijo con frialdad, quitándose los guantes empapados de sangre uno tras otro, antes de dejarlos caer en el contenedor de higiene sanitaria que tenía al lado—. ¿Vienes a echar una mano?

—¿Por qué? —Miró despacio alrededor de urgencias, con la mirada demorándose en un paciente concreto que atendía Gabby.

Era un hombre sin hogar que había venido con dificultades respiratorias, y que solo iba a peor cuanto más tiempo pasaba en el edificio. Bob entornó un poco los ojos. Tara casi podía oír los engranajes girándole en la cabeza mientras asimilaba cada detalle del hombre y llegaba a la conclusión correcta de que estaba sin techo, no tenía dinero, y no podría pagarle al hospital si lo ingresaban—. ¿Estás ocupada?

—¿Cuándo no lo estoy? —preguntó Tara, quitándose la bata al darse cuenta de que la sangre de su joven paciente de bala le salpicaba las mangas. Se la pasó a una enfermera que pasaba antes de volverse de nuevo hacia Bob, que torció un poco el labio ante el estado en que la veía—. Veo a muchos pacientes.

—Mmm. —Bob ofreció un murmullo de asentimiento evasivo mientras volvía a mirar al paciente sin hogar—. De eso justamente quería hablarte.

—¿Del hecho de que estoy ocupada?

—Del número de pacientes que ves. —Bob señaló hacia el paciente—. ¿Es ella la nueva? ¿La médica nueva?

—Gabby Ellis. La que contrataste tú —le recordó Tara con retintín, cruzándose de brazos. No le gustaba el rumbo que estaba tomando esta conversación. Algo en la forma en que Bob se había fijado en aquel paciente concreto la estaba incomodando muchísimo.

Pronunció el nombre de Ellis, y la joven médica alzó la vista, tan sorprendida como todos los demás de ver a Bob de pie en mitad de urgencias, con pinta de acabar de salir de una reunión de la junta. Le cedió el paciente a Phelps antes de acercarse, mirando alternativamente a los dos.

—¿Pasa algo?

—Para nada, no has hecho nada malo en absoluto —le aseguró Bob, dedicándole la misma sonrisa que Tara estaba segura de haber visto en un vendedor de coches usados cuando iba a la universidad —. Solo quería hablarte de ese paciente que estás tratando ahí.

Gabby siguió su mirada, recelosa de inmediato.

—¿Qué pasa con él?

—¿Su seguro cubre los costes de su tratamiento?

Gabby no respondió de inmediato. Tara vio los ojos de la joven médica entornarse mientras evaluaba la situación. Estaba claro que se fiaba tan poco de las intenciones de Bob como Tara. Abrió la boca para responder pero, antes de que pudiera, Tara habló.

—Lo cubrirá el programa del hospital, Bob. Sabes que no puede pagar, conoces el procedimiento.

Bob se giró de nuevo para mirarla con aquella misma sonrisa agradable. Era una que había llegado a odiar con los años y, cada vez que la veía, se le hacía un nudo en el estómago. Era una sonrisa que nunca conseguía del todo llegarle a los ojos, pero que le daba pinta de estar intentando engatusar para conseguir lo que fuera que quería.

—Bueno, ese es exactamente el problema, doctora Hunter.

Ay, mierda, ahora sí que estaba en apuros. «Doctora Hunter» solo lo reservaba para cuando de verdad había hecho algo que lo cabreara, como aquella vez que se había negado a hacerle el favor de colar a un amigo suyo por delante de otros pacientes en urgencias. El amigo se había hecho daño en la pierna en algún estúpido accidente de borrachera, y ella tenía pacientes que atender que estaban de verdad en estado crítico. Se había negado al trato preferente, y hubo una discusión.

Ahora percibía una discusión similar en el horizonte.

—¿Tienes algún problema con que mantengamos a la gente con vida? —lo desafió con frialdad.

—Ya hemos pasado por esto —replicó Bob de golpe—. Tu servicio es la mayor sangría de dinero y recursos del hospital. Tu programa benéfico es la segunda mayor sangría de nuestros recursos. ¿No crees que eso podría tener algo que ver con el hecho de que le das limosnas a todo el que cruza tus puertas?

Durante unos segundos, Tara lo vio todo rojo. Todo lo demás se le borró de la mente, incluido el hecho de que estaba en mitad de urgencias, rodeada de sus médicos residentes y de pacientes que necesitaban atención. Lo único que importaba era cuánto deseaba borrarle aquella expresión engreída y satisfecha de la cara.

—¿Limosna? —siseó—. No estoy ofreciendo limosna. ¡Estoy ofreciendo asistencia sanitaria, Bob! Estoy haciendo mi trabajo.

Bajas aquí a mi servicio, apartas a mis médicos de sus pacientes…

—¡Tus pacientes que no necesitan que se les atienda aquí! —la interrumpió Bob en voz alta, casi gritando. Su voz era tan alta que atrajo la atención de unos cuantos médicos y enfermeras. Sin embargo, nadie se atrevió a intervenir; por muy intimidados que estuvieran por Tara, a Bob le tenían auténtico pavor.

Tenía la cara enrojecida de rabia, con manchas moteadas, y ella podía ver una vena sobresaliéndole del cuello justo por encima del cuello de la camisa, señal de que estaba a punto de perder los papeles del todo. Debería haber dado marcha atrás, debería haber dicho o hecho algo que le calmara el ego. Pero, en lugar de eso, se mantuvo firme. Tara se irguió cuan alta era, mirándolo con el ceño fruncido.

—¿Qué crees que te da derecho a entrar aquí e intentar decirme a qué pacientes puedo y no puedo atender? —preguntó, con la voz peligrosamente baja. Mientras que la ira de Bob salía en arrebatos violentos y al rojo vivo, gritándole a cualquiera que osara contrariarlo, todo el mundo sabía que Tara era más peligrosa cuando se quedaba callada—. ¿Cómo te atreves a intentar decirme cómo llevar mis urgencias?

—¡Tus urgencias están malgastando el dinero de mi hospital! —gritó—. ¿A cuántos pacientes se podría mandar a casa ahora mismo sin tratamiento? ¿Cuántos de tus pacientes están de verdad en un estado tan crítico que necesitan que los atiendas tú, aquí y ahora, eh? ¿O es que has olvidado que no tenemos el lujo de atender cada rodilla raspada de la ciudad?

—Tengo un deber de asistencia que cumplir. Nadie entra en estas urgencias que no necesite atención médica, eso lo sabes.

No era eso lo que Tara quería decir. Quería mandarlo a la mierda, y decirle que, si tan poco le importaba la medicina y tanto el dinero, entonces debería demoler el hospital y construir un banco en su lugar. Pero sabía que decir cualquiera de esas cosas sería un billete de ida a que la echaran del hospital, así que no lo hizo.

En lugar de eso, Tara miró a sus médicos residentes. Miró las caras de las personas junto a las que trabajaba tratando infartos, huesos rotos y heridas de bala. Todos la miraban, no como médica,

sino como su jefa. Sabía que todos sentían lo mismo que ella; querían seguir con su trabajo sin tener que preocuparse por los problemas de dinero que venían con él.

—Si tienes algún problema con lo que te está costando mi servicio, Bob, siéntete libre de cerrarlo —dijo con calma, cruzándose de brazos sobre el pecho—. Y toda esta gente, con seguro y sin él, puede irse al St. Jude's.

La vena prácticamente le palpitaba ya. Las urgencias eran caras de mantener, pero todo el mundo sabía que eran una parte necesaria de tener un buen hospital en la ciudad. Sin el servicio, el City General perdería pacientes. Sin embargo, él no podía admitir eso, no podía decir nada en absoluto. En lugar de eso, se limitó a mirarla con el ceño fruncido, como intentando decidir si podría salirse con la suya despidiéndola en el acto.

—Si no tienes nada más que decir, Bob, entonces sal de mis urgencias —dijo Tara finalmente, señalando alrededor de la sala—. Estás distrayendo a mi personal.

Seguramente había un millón de cosas que quería decirle a Tara —todas las cuales le habrían caído encima en forma de una bonita demanda por acoso— pero, en lugar de eso, Bob se limitó a resoplar, girar sobre sus talones y marcharse.

Nadie dijo nada durante unos segundos después de que las puertas se cerraran tras Bob. No habían presenciado una discusión así desde que Bob y Tara pasaron por el divorcio; por aquel entonces, los dos aprovechaban cualquier ocasión disponible para gritarse por la menor tontería, y a ninguno le importaba que hubiera público. Había sido una época incómoda para todos, y los médicos habían coincidido en privado en que el City General era un lugar mucho más fácil donde trabajar ahora que el polvo se había asentado oficialmente sobre su matrimonio.

Uno a uno, los médicos y las enfermeras empezaron a dispersarse hacia sus respectivos trabajos. Todos intercambiaron miradas cómplices que significaban «ya hablaremos de esto luego» y evitaron cruzar la mirada con Tara al pasar junto a ella. Estaba prácticamente temblando de rabia en el sitio, con las manos

apretadas en puños a los costados. Nadie quería ponerse a su alcance, así que le dieron un amplio margen.

Todos menos una. Gabby. La joven se quedó allí de pie, observando, y luego simplemente la miró y le dedicó a Tara un asentimiento de aprobación casi imperceptible.

CAPÍTULO TRECE

Mientras todos los demás se escabullían, manteniéndose ocupados y sin llamar la atención, Tara reparó en que Gabby seguía de pie a su lado, la única del personal que aún no se había movido de su sitio. No se dio cuenta de cómo Gabby le sonreía, seguramente por primera vez desde que se había unido al equipo. No se percató de que Gabby abría la boca para felicitarla por cómo se había plantado. No vio nada de eso, porque en lo único en lo que podía centrarse era en Bob, intentando poco a poco arrebatarle el control de urgencias de las manos y tomar el control él mismo, convirtiéndolas en otra máquina de hacer dinero.

En lugar de eso, cuando reparó en Gabby a su lado, lo único que vio fue un blanco sobre el que descargar sus frustraciones. Se volvió hacia la joven médica de golpe.

—¿Qué? —soltó Tara—. ¿Qué quieres, Ellis?

Su rabia repentina pareció sorprender a Gabby. Tara vio la aprensión asomarle a la cara mientras Gabby apretaba los labios en una fina línea. Si había estado a punto de decir algo, era evidente que había cambiado de opinión.

—¿No tienes bastante trabajo? ¿Tenía razón Bob? ¿Tu paciente ya está lo bastante bien como para que le den el alta? —exigió Tara. Gabby se trabó con las palabras un segundo antes de negar con la cabeza—. ¿No? Entonces ¿por qué estás aquí de brazos cruzados dejando que otro médico lo trate, eh? Vuelve al trabajo.

El arrebato de Tara atrajo la atención de otras cuantas enfermeras que estaban lo bastante cerca como para oírlo pero, cuando las palabras salieron, le dio igual. Tenía demasiada adrenalina corriéndole por el cuerpo como para pensar en nada de forma racional o lógica, y reaccionaba por instinto.

No fue hasta que salió de urgencias y recorrió el pasillo hasta su despacho cuando la adrenalina empezó a disiparse, y comenzó a volver a ser ella misma. Su acelerado ritmo cardíaco se ralentizó, y su rabia se desvaneció una vez que estuvo de vuelta en el refugio oscuro y cargado de su despacho.

Mientras se dejaba caer temblorosa en la silla del escritorio, escuchando los tornillos crujir en protesta contra su peso, la culpa empezó a colarse, ocupando el espacio vacío de su cabeza donde había estado la rabia. No debería haber descargado su enfado en Ellis, y lo sabía. Sabía que no era justo gritarle a la joven médica solo porque estaba cabreada con Bob y no podía gritarle a él. Sabía que era poco profesional, y sabía que lo correcto era volver ahí y disculparse.

Sin embargo, no era capaz de hacerlo. La idea de volver a entrar en urgencias después de todo lo que acababa de pasar le revolvía el estómago. Aunque Ellis merecía una disculpa, no lograba armarse de voluntad para hacerlo.

Gabby no había dicho nada mientras Tara se giraba y se dirigía a las puertas, saliendo hecha una furia de urgencias por donde se había ido Bob. Las puertas se cerraron tras ella, dejando un silencio incómodo a su paso. Al cabo de unos segundos, el murmullo empezó a repuntar de nuevo, comenzando con pequeñas conversaciones dispersas como solía ocurrir tras algún espectáculo público. El sonido de las conversaciones creció alrededor de Gabby y, al final, urgencias volvió a ser su bullicioso yo de siempre.

Estaba clavada en el sitio, en parte por la conmoción, y luego sobre todo por la rabia mientras procesaba lo que había pasado. En

una fracción de segundo, Tara había pasado de ser una médica a la que de verdad admiraba a ser una mujer que le gritaba a Gabby en mitad de urgencias.

Gabby volvió con su paciente, al que aún trataba Phelps, pero no podía dejar de pensar en lo que había pasado. Cuanto más lo pensaba, más frustrada se sentía por cómo había reaccionado Tara, por cómo había arremetido contra ella.

Aquella frustración no hizo más que enconarse durante el resto del turno de Gabby y, para cuando salió del hospital, estaba de un humor de perros. Por suerte, tenía una salida con las chicas más tarde. Al menos ellas lo entenderán, pensó.

—¿Sabéis? Estaba empezando a pensar que no era tan mala… —empezó Gabby, agitando el botellín de cerveza para recalcar lo que decía—. Pero entonces, zas, vuelve a ponerse en plan bruja total.

Era viernes por la noche, y estaban de vuelta en su mesa de siempre del rincón del bar, ventilándose cervezas como si fueran agua entre pésimas rondas de dardos. Ninguna tenía que estar en sus respectivos puestos del hospital al día siguiente, así que todas habían coincidido en general en que esta noche era la noche en que iban a beber muchísimo de más, meterse en taxis en tropel y entrar dando tumbos en sus apartamentos antes de caer redondas.

Gabby estaba rumiando, sin embargo, y todas lo sabían. Desde el momento en que había entrado y se había ido derecha a por una copa antes incluso de saludar a sus amigas, todas habían coincidido colectivamente en que algo pasaba.

Hubo una risa cómplice alrededor de la mesa ante el ya familiar arrebato. Las amigas de Gabby se habían acostumbrado a estas largas y divagantes peroratas sobre Tara, y no solo pasaba en el bar. Las llamaba a propósito para quejarse de su jefa después del trabajo o, a veces, se despertaban con una ristra de mensajes sobre algo que Tara había hecho durante un turno de noche. Se estaba convirtiendo en un chiste recurrente dentro del grupo.

—Tía, sí que se te ha metido entre ceja y ceja, ¿eh? —comentó Alex con una sonrisa cómplice, mirando a las demás, que a duras penas consiguieron contener la risa. Todas sabían que, si Gabby las pillaba haciendo bromas a su costa, se iba a armar la de Dios, pero, al mismo tiempo, se estaba volviendo difícil no bromear al respecto.

—¡Ya te digo que sí! —soltó Gabby—. ¿Quién coño se cree que es? Descargando su mierda en mí de esa manera, justo cuando estaba a punto de irme.

Dejó la frase en el aire, apurando los últimos restos de la cerveza antes de estamparla contra la mesa que tenía delante, como si el botellín marrón tuviera de algún modo la culpa del día de mierda que había tenido. Al principio, Gabby no reparó en las sonrisitas engreídas de sus amigas a su alrededor pero, cuando alzó la vista y las pilló, sospechó.

—¿Qué?

—Nada. —Cara se encogió de hombros, sonriendo—. Es solo que hablas mucho de esta Tara.

—¡Claro que sí! —soltó Gabby—. Es un incordio, y me tiene manía.

Hubo un coro de risitas alrededor de la mesa, y Cara negó con la cabeza.

—¿Que te tiene manía? ¿Qué pasa, estamos en el instituto o qué?

—Que te den —masculló Gabby, cruzándose de brazos y hundiéndose en la silla. De no ser por la colección de botellines que tenía delante, habría parecido una cría enfurruñada porque no la dejaban tomarse un helado del McDonald's.

—Solo digo que hablas mucho de ella.

—Me quejo mucho de ella. Y eso es solo porque hay mucho de lo que quejarse, nada más —protestó Gabby sin fuerza. Sin embargo, su defensa cayó en saco roto, porque ninguna de sus amigas pareció tragárselo lo más mínimo.

Una cosa que todas habían aprendido bastante pronto sobre Gabby Ellis era que era testaruda. De hecho, en algún momento u otro, todas habían coincidido individualmente en que era la persona

más testaruda con la que ninguna se había cruzado jamás, aunque nunca se lo dirían a la cara.

Por alguna razón, Gabby nunca había conseguido del todo salir de la fase adolescente de encapricharse de alguien. Nunca había conseguido del todo tragarse el orgullo y admitir sin más que una persona le gustaba y, en lugar de eso, se resignaba a métodos que solo podían describirse como pueriles.

Este era un método comprobado y de eficacia probada de la técnica de seducción Ellis. Todas lo habían visto antes: conocía a alguien, se quejaba de esa persona sin parar, como si intentara asegurarse de que ninguna sospechara jamás sus verdaderos sentimientos, y luego, en algún momento más adelante, cedía. Era un patrón que seguía casi con devoción y, aunque ninguna pensaba de verdad que fuera del todo sano, parecía funcionarle.

—¿Es guapa Tara, Gabby? —la picó Alex.

A la rubia se le abrió la boca un segundo, y no consiguió reunir las palabras adecuadas para responder.

—Yo… ¿qué?

—He dicho que si es guapa Tara, Gabby —repitió Alex, un poco más alto esta vez. La boca de Gabby se cerró de golpe, y fulminó con la mirada a su amiga al otro lado de la mesa.

Su reacción visceral e instantánea fue un no rotundo y tajante, pero algo la detuvo antes de que pudiera decirlo. Por supuesto, Gabby rara vez la veía sin el pijama sanitario y la bata cubriéndole cualquier figura que pudiera tener, así que no podía opinar exactamente sobre eso, pero le había visto la cara lo suficiente como para tener una opinión.

Tenía los ojos de un marrón oscuro, tan oscuro que, de lejos, no sabías dónde terminaba el iris y empezaba la pupila. Pero, cuando te acercabas un poco, se veía apenas un atisbo de un marrón más claro bailando ahí en algún punto; no es que Gabby hubiera pasado nunca el tiempo suficiente mirándola como para verlo bien, claro.

Tenía finas arrugas alrededor de los ojos que se le marcaban más cuando sonreía, como si mil sonrisas anteriores le hubieran quedado estampadas en la cara. Tenía hoyuelos que aparecían las pocas veces que Gabby la había visto de verdad esbozar una sonrisa, como

la tarde en que le había dado unos puntos a una niña pequeña. Tenía el pelo oscuro, que siempre llevaba recogido con esmero al principio de un turno pero que, al cabo de unas horas, tenía mechones sueltos y revueltos por todas partes, como si la hubieran arrastrado de espaldas por un seto.

Una tos seca de Amber sacó a Gabby de sus pensamientos y, cuando miró alrededor de la mesa, se encontró a todas sus amigas mirándola fijamente, esperando una respuesta.

—Yo… supongo que está bien —dijo Gabby finalmente, encogiéndose de hombros—. ¿Y qué?

—¿Cómo que y qué? —Alex se rio—. No has parado de hablar de ella desde que empezaste a trabajar en el City General, eso es qué.

Un torrente de excusas a medias le salió a Gabby de la boca de golpe, atropellándose como un flujo de conciencia que no podía controlar. Nada de eso importaba, sin embargo; sabía que sus amigas no iban a tragárselo.

—Sois lo peor —declaró finalmente, poniéndose de pie—. Voy a por una copa.

CAPÍTULO CATORCE

Sus amigas intentaron llamarla para que volviera con un surtido de risas y bromas, pero Gabby las ignoró y se dirigió a la barra, pidiéndose otra cerveza mientras se dejaba caer en el taburete más cercano.

La cerveza llegó y, en lugar de volver a la mesa con ella, Gabby decidió quedarse por ahí y bebérsela a sorbitos un rato. No le apetecía mucho volver allí para que sus amigas volvieran a burlarse de ella.

Pues claro que hablaba de Tara sin parar. Hablaba de ella porque había muchísimas cosas de las que podía quejarse. Su jefa no era más que una dura de pelar que le tenía manía por cositas que ni siquiera eran culpa suya, y solo lo hacía por culpa de ese estúpido Bob y…

Gabby se sacudió con firmeza, poniendo fin a su divagante hilo de pensamiento. Sabía exactamente lo que sus amigas habían estado insinuando allá en la mesa. Al fin y al cabo, ninguna era precisamente sutil.

Pero se equivocaban. Tara no le interesaba. ¿Qué había que pudiera interesarle, de todos modos? Era su jefa, nada más. Solo su jefa dura de pelar, que le soltaba exabruptos por la menor tontería, que descargaba su enfado en sus médicos. Eso era todo lo que Tara significaba para ella.

Sin embargo, mientras estaba allí sentada, bebiendo la cerveza a sorbos e intentando despegar la etiqueta, la vocecita del fondo de la cabeza de Gabby —la que se empeñaba tanto en que no quedaba ningún sentimiento por Tara— empezó a desvanecerse al fondo. Vale, Tara era un incordio, pero Gabby no conseguía centrarse en eso, por mucho que lo intentara. En lugar de eso, no dejaba de volver a lo que había pasado en urgencias más temprano.

No podía dejar de pensar en cómo Tara se había plantado ante Bob, en cómo se le había interpuesto y había defendido su postura. Había habido un fuego en su mirada que había sorprendido a Gabby, algo que nunca había esperado ver antes.

Había más en Tara de lo que había considerado en un principio, cayó en la cuenta Gabby. Tara no era solo la estricta matriarca de urgencias que consideraba insatisfactorio cualquier cosa que no fuera la perfección. Era una médica a la que de verdad le importaban su trabajo y sus pacientes, y eso le gustaba a Gabby de ella.

No pudo evitar sonreír al recordar a Tara defendiendo urgencias. La pasión que sentía por su trabajo era prácticamente palpable en cómo le temblaba la voz, en cómo miraba al frente con fiera determinación.

Pero nada de eso importaba, de todos modos, cayó en la cuenta Gabby con un suspiro pesado. Sus sentimientos puramente hipotéticos por Tara no importaban en absoluto, porque nada podría salir —ni saldría— nunca de ellos. Por todo lo que había podido deducir, Tara era hetero. Había oído los cotilleos susurrados sobre su matrimonio fracasado con Bob Hunter, y había oído todo sobre la aventura que había puesto fin a su relación. Explicaba muchas cosas, tenía que admitirlo.

Gabby percibió movimiento por el rabillo del ojo y reparó en que alguien ocupaba el taburete a su lado. Normalmente, quizá habría puesto una pizca de esfuerzo en echarle un vistazo a su nueva compañera de copas, pero esta noche no le interesaba.

La mujer del asiento de al lado no opinaba lo mismo. Bastaron unos momentos de silencio antes de que hablara.

—Hola.

Gabby alzó la vista del botellín de cerveza hacia el espacio ahora ocupado a su lado. La joven era guapa en todos los sentidos que ella solía apreciar: bajita, con curvas, y con una larga melena oscura que le caía en cascada y sin orden por los hombros. Cualquier otra noche, con cualquier otra cosa en la cabeza, Gabby no habría tenido problema en aceptar la oferta que sabía que se avecinaba.

Pero esta noche era diferente. No sentía esa pequeña descarga de adrenalina que sentía normalmente cuando alguien se sentaba en el taburete de al lado; no sentía el pulso acelerársele de anticipación. Esta noche no había nada. Era como cada cita a la que había ido con un chico en el instituto.

¿Qué demonios le pasaba? Aquella mujer era preciosa, y no ocultaba precisamente ninguno de sus encantos. Normalmente, Gabby ya iría a medio camino de la puerta con ella. Esta noche, lo único que consiguió reunir fue una sonrisa educada de labios apretados y un «Hola».

Apenas registró los siguientes minutos de conversación, pero sabía que la mujer, Allie, estaba flirteando con ella. Eso sí que lo notaba por el lenguaje corporal, por cómo se apoyaba en la barra, enroscándose un rizo oscuro alrededor del dedo una y otra vez. Pero, a pesar de eso, Gabby sencillamente no lograba animarse a hacer nada. No tenía más respuestas que unos cuantos gruñidos y asentimientos evasivos.

Sin embargo, a Allie no se le daba muy bien captar las señales sociales, porque Gabby volvió a sintonizar con la conversación justo cuando le preguntaban si quería marcharse.

—¿Qué tal si tú y yo nos vamos de aquí, eh? —preguntó, mordiéndose el labio con toda la insinuación de una modelo en el banner de una web porno. Gabby se sorprendió a sí misma con su respuesta desganada de «Vale», y a Allie le bastó con eso, porque se bajó del taburete de un salto, ansiosa, sonriéndole de oreja a oreja a Gabby. Nadie podía reprocharle el entusiasmo, eso seguro.

Gabby estaba a punto de dirigirse a la puerta cuando el móvil le vibró en el bolsillo trasero. Era un mensaje de un número desconocido.

¿Estás ocupada?

Unos segundos después, llegó otro mensaje del mismo número.

Soy Tara, perdona.

Gabby se notó sonreír con suavidad ante aquello. Por alguna razón, la imagen de su siempre impecable jefa dándose cuenta de su error y apresurándose a enviar otro mensaje la hizo sonreír.

¿Qué pasa?, respondió Gabby en apenas unos segundos.

Necesito hablar contigo de una cosa. Si estás ocupada, no pasa nada.

—¿Seguimos en pie para irnos? —preguntó Allie, apartando la atención de Gabby del móvil. Por un momento, había olvidado que la otra mujer estaba allí de pie, y Gabby notó una pequeña punzada de culpa tirarle del estómago. Decía mucho de su entusiasmo el hecho de estar más ilusionada por aquel mensaje de su jefa que por la mujer que tenía delante.

—Yo, eh… —Gabby señaló el móvil que tenía en la mano—. Lo siento, me acaba de surgir algo. Cosas del trabajo.

Apenas esperó la respuesta de Allie antes de salir del bar a la calle, pulsando el botón de llamada encima del número de Tara.

—Buenas, jefa. —Se atrapó el móvil entre la oreja y el hombro, sacando el paquete de tabaco del bolsillo de la cazadora. Tras asegurarse un cigarro entre los labios, empezó a tantear en busca de su fiel mechero.

Al otro lado de la línea, hubo un suspiro pesado. Tara sonaba cansada.

—Hola. No estás ocupada, ¿verdad? Sé que es fin de semana.

Allie ya estaba borrada de su mente, y Gabby no vaciló antes de responder.

—No, tranquila. ¿Qué pasa?

Encendió el cigarro y se guardó el Zippo en el bolsillo trasero de los vaqueros, donde siempre vivía y, al otro lado de la llamada, oyó una risita tenue.

—¿Eso ha sido un mechero?

—Tienes buen oído. Ahora me dirás qué cigarros estoy fumando.

—Sabes que esas cosas te van a matar, ¿verdad? —preguntó Tara.

Gabby sonrió con suavidad.

—Eso me dice todo el mundo. ¿Qué puedo hacer por ti?

—¿Cuánto sabes del programa comunitario que lleva el hospital?

El programa era una de las principales razones por las que Gabby había solicitado un puesto en el City General. El hecho de que el hospital tuviera en marcha un programa que de verdad beneficiaba a la gente de la comunidad, mientras que el St. Jude's los rechazaba en masa, había sido el gran atractivo.

—Bastante. ¿Por qué?

—Van a recortar la financiación. Más concretamente, me están pidiendo a mí que encuentre formas de recortársela.

Gabby dejó de caminar un momento mientras procesaba esa información. De repente, el comportamiento de Tara de antes cobraba sentido. De pronto estaba claro por qué parecía llevar el peso del mundo sobre los hombros; seguramente lo llevaba. Un poco de aquel enfado que Gabby había estado arrastrando desde que Tara le había soltado el exabrupto en urgencias se disipó.

—¿Quién va a recortar la financiación?

—Bob y Melanie. Es la mayor sangría económica del hospital y, al parecer, los costes pesan más que los beneficios, así que tengo que encontrar la manera de recortar el gasto del programa.

—¿Por qué tú?

—Porque soy la imbécil que consiguió que pusieran el programa en marcha hace tres años, y ahora supongo que esta es su forma de castigarme por ello. —Tara suspiró. Sonaba cansada, y Gabby sintió una oleada de compasión por su jefa.

Había oído a Tara hablar del programa alguna vez mientras estaban de turno juntas, pero Gabby no tenía ni idea de que Tara fuera en realidad la razón de que el programa existiera siquiera, el programa que la había atraído al hospital. Por un momento, Gabby se planteó decírselo, pero luego lo pensó mejor.

—Entonces ¿para qué me necesitas?

—Yo… —Tara vaciló—. Necesito ayuda —admitió.

Gabby estuvo a punto de detenerse en mitad del paso de peatones al oír eso. Nunca había esperado oír a su jefa pedirle ayuda a nadie, y menos a ella. Aun así, se aclaró la garganta.

—¿Con qué?

Tara suspiró de nuevo, y Gabby sintió otra punzada de compasión por ella.

—No quiero recortar el presupuesto del programa.

Aquello no era una pregunta, era una afirmación. Mientras Gabby doblaba hacia su calle, tiró el cigarro a la cuneta, con el gesto tan despreocupado como sus palabras.

—Pues no lo hagas.

—¿Así de fácil? —preguntó con voz débil.

—Madre mía, los médicos del City General no sabéis montar un pollo, ¿eh? ¿Cómo os salís con la vuestra normalmente?

—¿Estás diciendo que deberíamos ir a la huelga por esto?

—¿Por recortar la financiación del único programa que da asistencia sanitaria a los miembros más desfavorecidos de nuestra grande y hermosa ciudad? —Gabby optó por ignorar al borracho que meaba en el callejón por el que pasó—. Pues claro que sí. Creo que deberíamos ir a la huelga. O sea, te importa este programa, ¿no?

—Pues claro que sí.

—¿Y quieres que se le mantenga la financiación? ¿Quieres que siga funcionando?

—Sí…

—Entonces tienes que pelear, jefa —dijo Gabby, como si fuera lo más obvio del mundo—. Planta los pies, mírale a esa bruja a los ojos y dile que se vaya a la mierda.

Tara se rio ante aquello, aunque fue una risa un poco forzada.

—No creo que pueda salirme con la mía diciéndole eso a la administradora del hospital, Ellis.

—Bueno, invéntate algo más formal. —Gabby gesticuló con las manos, como si intentara conjurar las palabras adecuadas—. En cualquier caso, diles que no vas a recortar la financiación y luego, si intentan obligarte, pon a los demás médicos de tu lado y organiza una huelga.

—¿Una huelga? Ni siquiera me lo había planteado… Pero tendríamos que asegurarnos de que hubiera otros de nuestro lado antes de empezar. Si no, solo estaríamos marcándonos un farol. —A Tara le temblaba un poco la voz, y Gabby notaba que estaba algo nerviosa por ello.

—Claro, ve por ahí preguntándole a la gente si estaría dispuesta a llevar esto hasta el final, y luego les das sin más. Ve a por la yugular.

—¿Crees que funcionará?

—¿Crees que tienes otra opción? —replicó Gabby al llegar a las escaleras que subían a su apartamento.

—No creo que la tenga —admitió Tara—. O al menos, si la tengo, no se me ocurre.

En lugar de entrar en su apartamento, Gabby encendió otro cigarro y se dejó caer a sentarse en las escaleras. El frío le caló a través de los vaqueros casi al instante, pero lo ignoró, estirando las largas piernas ante sí. Alzó la vista hacia el cielo nocturno, casi todo cubierto por la siempre presente neblina de contaminación lumínica que hacía brillar la ciudad, pero había un puñado de estrellas titilando a lo lejos, además de la luna.

—Ha salido la luna.

—¿Ah, sí? —dijo Tara.

Gabby oyó a la mujer reprimir un bostezo.

—¿No la ves?

—Desde mi despacho no veo el cielo. La ventana es demasiado pequeña.

—¿Todavía estás en tu despacho? —Las cejas de Gabby se dispararon hacia arriba—. ¿No has entrado esta mañana?

—Sí. —Otro bostezo—. No pasa nada, mañana libro.

Cayeron en un silencio agradable unos momentos, alimentado al menos en parte por el hecho de que Tara estaba demasiado cansada como para molestarse en colgar el teléfono. Fue Gabby quien rompió el silencio.

—¿Sabes una cosa, Tara?

—¿Mmm? ¿Qué?

—Admiro mucho cómo te has plantado ante Bob hoy. Cuando te conocí, pensé… —Gabby hizo una pausa, preocupada un momento por lo mucho que estaba a punto de ofender a su jefa—. Pensé que eras un poco como él.

Tara soltó una carcajada seca y sin gracia, y Gabby casi podía verla negar con la cabeza.

—¿Todavía lo piensas?

—No —admitió Gabby, soltando una nube de humo gris pálido hacia el cielo nocturno—. En el St. Jude's, el jefe de servicio era como Bob. Le importaba más negociar su sueldo a final de año que los pacientes, y tenía la cabeza tan metida en el culo… Supongo que di por hecho que serías así. Ya no lo siento así.

—¿No?

—De verdad que no —dijo Gabby con sinceridad—. No voy a decir que ahora te entienda, pero… creo que te entiendo un poquito más que antes. Creo que tú y yo enfocamos esto desde el mismo sitio. Es lo que quería decirte antes.

Tara se quedó callada unos momentos, y el silencio se alargó tanto que Gabby temió que su jefa se hubiera dormido al teléfono. Cuando habló, tenía la voz un poco amortiguada.

—Gracias, Gabby. Significa mucho.

—De nada, jefa. Pero deberías dormir un poco, suenas cansada.

—Creo que es muy buena idea. Buenas noches, Gabby.

Colgaron, y Gabby dejó caer el móvil en las escaleras, a su lado, sonriendo para sí mientras alzaba la vista hacia el cielo nocturno, hacia la luna que sabía que Tara vería cuando saliera del hospital para irse a casa.

Terminó el cigarro y lo tiró y, mientras subía a su apartamento, se detuvo un momento para guardar los datos de contacto de Tara bajo «Dra. Hunter».

—Buenas noches, jefa —murmuró, antes de entrar.

CAPÍTULO QUINCE

Mientras Gabby se deslizaba bajo las frescas sábanas de algodón, dejó que la cabeza se le hundiera en la almohada. Reflexionó sobre cómo había ido su noche. Todas sus amigas esperarían que estuviera desnuda y en plena faena con la mujer del bar. Había estado buenísima y, cualquier otra noche, Gabby no se lo habría pensado dos veces antes de irse a casa con ella.

Rara vez llevaba a nadie a su casa. Cuando eran de las que se quedaban remoloneando, era demasiado difícil deshacerse de ellas. Prácticamente tenía que empujarlas hacia la puerta, alegando que tenía que estar en algún sitio solo para conseguir que se fueran. En más de una ocasión, incluso había tenido que coger la chaqueta y el bolso y salir con ellas para lograr sacarlas por la puerta. Fueran en la dirección que fueran, ella se iba en la contraria, para luego dar la vuelta a la manzana y volver a entrar.

Una vez, había caminado demasiado deprisa, y la chica que acababa de echar seguía de pie en la acera, delante de su puerta, cuando volvió. Aquello había requerido pensar y hablar rápido para explicar su repentino regreso. Así que ahora siempre iba al apartamento de ellas, lo que significaba que podía marcharse cuando quisiera, sin preguntas.

Gabby dejó que sus pensamientos derivaran hacia lo que podría haber estado haciendo si Tara no la hubiera llamado justo en aquel momento crítico. Mientras la mente le vagaba, también lo hizo la

mano, en movimientos largos y lentos que le acariciaban la planicie del vientre. Intentó imaginarse a Allie de nuevo, imaginando cómo habría ido la noche, las dos quitándose la ropa, desesperadas por ponerse las manos encima. Su mano se deslizó más abajo, rozando el pequeño triángulo de vello recortado con esmero. ¿Estaría la lengua de Allie provocándola justo ahora?

Mientras los dedos se le deslizaban con suavidad hacia abajo, el clítoris empezó a responder al tacto y su imaginación se volvió más vívida. Se imaginó la coronilla de Allie entre sus piernas, sintió su lengua provocando y trazando círculos alrededor del clítoris y, con cada movimiento, se excitaba más. Deslizándose más abajo, hundió dos dedos dentro e imaginó aquellos ojos oscuros mirándola desde abajo. Pero los ojos que veía no eran los de Allie. Eran los de Tara.

La conmoción de ver la cara de su jefa no ralentizó sus actos; en lugar de eso, intensificó el asunto. Gabby se notó soltar un gemido involuntario. Sus dedos cambiaron de ritmo. Movimientos lentos mientras hundía los dedos bien adentro de sus cálidos pliegues fueron seguidos de un frotamiento brusco y fuerte sobre la dureza del clítoris. En cuestión de minutos notó crecer el orgasmo, y luchó consigo misma, queriendo prolongar el placer y, al mismo tiempo, queriendo verse arrollada por el placer del orgasmo. La necesidad de liberación ganó, y Gabby se entregó con la imagen de Tara todavía en la mente.

Las siguientes dos semanas consiguieron transcurrir relativamente sin incidentes. Bob y Melanie seguían respirándole en la nuca a Tara con lo de las finanzas del hospital, y la carpeta de cartón llena de estadísticas y cifras seguía enterrada en el fondo de su escritorio. La actitud de Gabby incluso había mejorado un poco, por alguna razón. Tara no tenía ni idea de por qué, pero no iba a cuestionarlo y arriesgarse a agriar el ambiente. Todo el mundo seguía estresado y, de vez en cuando, la gente se soltaba exabruptos al pasar, pero no hubo más peleas gordas. En general, las cosas parecían ir bien.

Sin embargo, no iba a durar, porque en realidad no podía. Nada bueno duraba nunca, y siempre tenía que haber algo. Las cosas iban demasiado bien y, con la perspectiva del tiempo, Tara debería haber intuido que, tarde o temprano, algo tenía que salir mal. Iba a haber algo a la vuelta de la esquina para fastidiarlo todo.

Casi al final del turno de día llegó el caso. Dos pacientes entraron por las puertas dobles, uno tras otro. Los dos eran adolescentes, ni siquiera veinte años, y habían tenido un accidente de coche tras patinar sobre unas placas de hielo no muy lejos del hospital.

Los dos estaban gravemente heridos pero, cuando Tara se acercó, se dio cuenta de que uno estaba mucho peor que el otro. No conocía los detalles del accidente pero, mientras se ponía unos guantes y le comprobaba las constantes al chico, uno de los sanitarios le informó de que sospechaban una hemorragia interna.

Tenían razón. La tensión se le desplomó, las constantes se le descontrolaron y luego, apenas unos minutos después de entrar por las puertas en la camilla, se fue. Visto en retrospectiva, había llegado muerto; nunca habían tenido ninguna posibilidad real de salvarlo.

Fue Tara quien declaró la hora de la muerte: las 16:16. Le pidió a una de las enfermeras que informara a los padres del chaval, y alguien le pasó una sábana por encima de la cabeza para darle un poco de dignidad. Y entonces se acabó.

El otro chaval —el conductor del coche, se enteraron más tarde— no estaba tan mal. Tenía algunos daños en una pierna que habría que reparar en cirugía, y unas cuantas costillas rotas pero, aparte de eso, había salido en un estado físico sorprendentemente bueno.

Por supuesto, no podía decirse lo mismo de su estado mental.

Era tan joven que hacía que Phelps pareciera de mediana edad, y Tara sintió una punzada de compasión por el chico cuando le prestó atención. Cuando habían metido a los chicos, sus camillas estaban una al lado de la otra, y el conductor lo vio todo. Vio a los médicos correteando alrededor de su amigo, vio las expresiones de sus caras. Vio las constantes del monitor caer a cero, y luego observó cómo Tara declaraba la hora de la muerte.

Todavía tenía la cabeza girada hacia un lado cuando Tara le prestó atención. Seguía mirando fijamente el punto donde había estado la camilla de su amigo, aunque los médicos ya lo llevaban al depósito. Tenía la misma mirada perdida en el vacío que Tara había visto tantísimas veces ya, en las caras de tantísimos familiares. Aquel chaval, que apenas parecía haber salido del instituto, acababa de ver morir a su amigo delante de él.

Estaba completamente ausente cuando intentaron sacarle información. Por más que le suplicaran con suavidad, no lograban arrancarle ningún dato sobre el accidente, y ni siquiera conseguían sonsacarle el menor indicio de su historial médico. El chaval tenía que ir a cirugía para arreglarle la pierna rota, pero ni siquiera podían empezar a prepararlo sin saber su nombre y averiguar sus antecedentes médicos.

Se aseguraron de que estuviera estable y le sacaron sangre, para al menos saber qué tipo darle durante la cirugía pero, aparte de eso, no había nada que pudieran hacer para sacarle más información. Era como si una parte de él hubiera muerto cuando su amigo se había ido, y ya nada más, ni siquiera sus propias heridas, importara. Durante todo el tiempo que le curaron la herida de la pierna y lo llenaron de morfina para el dolor, no se movió. Se limitó a mirar sin ver a lo lejos, con la cabeza todavía torcida hacia el espacio vacío donde había estado su amigo.

Tara intentó negociar con él, aunque lidiar con adolescentes poco cooperativos no era precisamente su fuerte. Se agachó junto a su cama, con la tablilla en la mano, y puso su mejor cara de madre preocupada.

—No tienes que contarme mucho. Solo necesito tu nombre.

No hubo nada. Ninguna respuesta. Ni siquiera parpadeó, solo siguió mirando fijamente. Tara suspiró, echando un vistazo por encima del hombro a los otros médicos que habían intentado hablar con él, todo en vano. Ni siquiera su carta ganadora, Phelps, había conseguido sacarle nada, y normalmente lo difícil era que los pacientes dejaran de hablar con él.

—Necesito avisar a tus padres de que estás aquí —suplicó Tara—. ¿No crees que están preocupados por ti? ¿No crees que quieren

saber dónde estás?

No hubo indicio alguno de que el chico siquiera la hubiera oído y, con un suspiro pesado, Tara se enderezó. Estaba a punto de rendirse cuando oyó la voz de Gabby detrás de ella.

—¿Cómo se llamaba tu amigo?

Por primera vez desde que su amigo había hecho la línea plana, el joven conductor se movió. Abrió la boca, apenas un poco, y parpadeó unas cuantas veces como si intentara contener las lágrimas. Tara miró mientras Gabby se unía a ella junto a la cama, observando cómo se sentaba en el borde de la cama, a los pies del chico.

—Tenemos que avisar a sus padres, ¿no crees? Tienen derecho a saberlo.

Las lágrimas se le acumularon al joven en los ojos sin que pudiera parpadearlas, y empezaron a encharcarse en el pliegue donde el rabillo del ojo se encontraba con el puente de la nariz, pero no hizo ademán de secárselas. Al ver esto, Gabby sacó un pañuelo del bolsillo, se inclinó cerca de él y se las enjugó antes de ponérselo en una de las manos.

—Por favor, dinos cómo se llama —dijo en voz baja, agachándose en el suelo delante de él para quedar en su línea de visión. Poco a poco, la mirada del chico se enfocó en ella, y sus ojos se alzaron para encontrarse con los de ella.

—Jamal —susurró finalmente—. Se llama Jamal Robinson.

—Jamal Robinson —repitió Gabby, lo bastante alto como para que una de las enfermeras lo oyera y lo buscara en la base de datos del hospital—. Gracias.

Tara observó cómo la joven médica alargaba la mano y le apretaba la del chico con suavidad, una muestra silenciosa de solidaridad. Un «lo siento» no verbal. Se enderezó y se giró para marcharse pero, al hacerlo, el adolescente le agarró la manga de la bata, deteniéndola.

—Trevor —dijo con voz ronca—. Trevor Williams.

Tara los miró en silencio, conmocionada, observando cómo Gabby se agachaba de nuevo delante de él y le cogía la mano, dándole otro apretón. Daba la impresión de que media plantilla del

servicio había intentado llegar a aquel chaval, en vano, pero ella lo había logrado en solo dos frases.

—Vale, Trevor —dijo Gabby con una pequeña sonrisa—. Lo has hecho muy bien hasta ahora, sé que todo esto es mucho que asimilar. ¿Alguien te ha explicado lo que va a pasar ahora?

Trevor negó despacio con la cabeza y, mientras Gabby le explicaba que estaba a punto de entrar en cirugía para repararle el daño de la pierna, Tara les indicó a las enfermeras, moviendo los labios, que buscaran su historial médico e intentaran contactar con sus padres. La pequeña multitud que se había formado empezó a dispersarse, y Tara decidió darle a Gabby algo de espacio con el joven paciente, para que siguiera hablando con él y, con suerte, lo mantuviera tranquilo antes de entrar en quirófano.

Gabby no se separó de Trevor hasta que se lo llevaron a preoperatorio. Se agachó junto a su cama, hablándole en aquel mismo tono suave y tranquilizador. Estaba claro que el chaval seguía pasándolo mal pero, cuando Tara pasó junto a la cama, lo oyó explicando en voz baja lo que recordaba del accidente. Resultaba sorprendente ver a Gabby así; desde que Tara la conocía, era seguramente la primera vez que la veía de verdad callada.

Supuso que la joven médica seguramente tenía la situación bien controlada, así que se escabulló del servicio para tomarse un respiro en su despacho. Había un joven residente hecho un ovillo en su sofá, echándose una siesta bajo la manta y, aunque abrió un ojo apenas una rendija cuando Tara entró, no hizo ningún esfuerzo por marcharse, y ella no le dijo que se levantara.

—¿Turno duro? —preguntó, sentándose tras su escritorio. La figura bajo la manta gruñó en respuesta, pero no dio ninguna otra señal de estar siquiera despierto de verdad. Con una pequeña sonrisa, Tara se puso a repasar algunos de los expedientes de pacientes que necesitaba mirar. Estaba de lo más contenta de compartir el despacho de momento, y al residente no parecía apetecerle mucho la charla trivial, lo cual a ella le venía de perlas.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Tara no estaba segura de cuánto tiempo llevaba en su despacho repasando papeles; el tiempo sencillamente parecía pasar de otra manera cuando estaba encerrada a solas trabajando, y no era raro que se perdiera ahí dentro durante horas sin darse cuenta. Sin embargo, debía de llevar un rato en su escritorio, porque cuando Phelps irrumpió por la puerta, el residente que había estado dormido ya había vuelto al trabajo.

Entró sin llamar, con una expresión inusualmente alterada, y Tara reparó en que llevaba una bata blanca en la mano. No era la suya, porque ya llevaba una puesta.

—¿Es un regalo para mí? —preguntó, dejando el expediente del paciente que había estado leyendo.

—¿Has visto a Ellis? —preguntó, mirando alrededor del diminuto despacho, como si de algún modo Gabby hubiera conseguido embutirse bajo el escritorio de Tara, o dentro de la taquilla de la pared del fondo.

—La última vez que la vi estaba atendiendo al chaval del accidente de coche, pero no ha estado aquí. ¿Por qué, qué pasa?

Phelps tragó saliva con nerviosismo, echando un vistazo de nuevo al pasillo un momento antes de entrar del todo en el despacho de Tara.

—El chaval ha muerto.

—¿El chaval qué?

—Ha muerto en quirófano hace como media hora. Yo estaba en la sala de médicos hablando con Martínez. Ya sabes, el tío de cirugía con el que juego al baloncesto. Bueno, pues me estaba contando que se les acababa de morir un chaval en la mesa, y creo que Gabby lo oyó… —Dejó la frase en el aire, mirando la bata—. Se levantó sin más y salió del despacho, y se dejó esto.

Tara lo miró conmocionada unos momentos, intentando procesar todo lo que acababa de contarle. ¿Cómo era posible que un chaval de diecinueve años, joven y bastante sano, muriera en la mesa de operaciones por algo tan simple como una pierna rota?

—¿Cómo ha muerto? —preguntó en voz baja.

—No están seguros. Martínez ha dicho que pensaban que era una reacción a la anestesia, porque fue antes de que hubieran empezado siquiera con la cirugía, pero no sabe mucho del tema. Lo único que sabe es que pilló a todos los médicos por sorpresa. Y ahora no encuentro a Gabby por ninguna parte, y nadie la ha visto.

—Mierda —siseó Tara. Trevor no era ni mucho menos el primer paciente que Gabby había perdido desde que empezó a trabajar en el City General, pero sabía por experiencia propia que siempre era más difícil sobrellevar la muerte de un paciente si habías pasado aunque fuera un poco de tiempo llegando a conocerlo. Y siempre era peor cuando eran jóvenes.

—He mirado por todas partes y no la encuentro. Hasta he entrado en el baño de mujeres y me ha gritado una de las limpiadoras, pero es como si se hubiera esfumado del hospital.

—¿Has entrado en el baño de mujeres antes de venir a mirar en mi despacho? —preguntó Tara, antes de darse cuenta de que se estaba centrando en el asunto completamente equivocado—. Da igual, no contestes. Vuelve a urgencias sin más.

—¿Y tú? —preguntó, siguiendo a Tara fuera del despacho.

Ella se giró a mirarlo, pensando en adónde iría ella para un derrumbe en privado si no tuviera el lujo de su despacho. Se le ocurría un sitio que Gabby quizá conociera.

—¿Las enfermeras siguen dejando calzada la puerta de emergencia de la azotea?

La azotea era un buen sitio para escapar. Gabby había descubierto en su primera semana que era adonde iban muchas de las enfermeras a echarse un cigarro a escondidas sin tener que salir del recinto del hospital, pero ella nunca la había usado. Lo único que sabía era que había tranquilidad, y que podía estar sola.

El corazón todavía le latía con fuerza mientras se desplomaba de espaldas contra la pared exterior de la escalera y, mientras se deslizaba hasta sentarse en el suelo, lo único que pudo hacer fue sostenerse la cabeza entre las manos, intentando obligar a su respiración a volver a la normalidad.

Gabby ya había lidiado antes con la muerte de pacientes. Trabajando en urgencias, era un hecho sabido que cierto porcentaje de la gente que entraba por las puertas iba a salir con una sábana sobre la cabeza. Joder, incluso había visto morir a gente fuera del hospital, como cuando se había parado en la cuneta a ofrecer asistencia médica a víctimas de un accidente al borde de la carretera unos meses antes. La gente nacía, la gente vivía, y la gente moría. Esas eran simplemente las etapas de la vida y, como médica, sabía que estaría presente en todas esas etapas distintas para las distintas personas con las que se cruzara.

No era porque estuviera muerto. Bueno, no era solo porque estuviera muerto. Era la injusticia de todo ello lo que le hacía un nudo en el estómago. Era lo injusto de que un chaval de diecinueve años —un niño— hubiera muerto en la mesa de operaciones por algo que nadie podía controlar.

Lo había hecho todo bien. Llevaban puesto el cinturón. No iban a exceso de velocidad. Acababa de ponerle al coche neumáticos de invierno nuevos para la temporada que venía. Era solo un chaval y, por culpa de un accidente absurdo, estaba muerto.

Gabby se miró las manos sin palabras, observando cómo le temblaban los dedos. Hacía apenas unas horas, aquellas manos habían ayudado a salvarle la vida, pero ahora eso daba igual. Casi en cuanto lo había entregado, esperando que estuviera a salvo,

había muerto. Era como si cada decisión que había tomado antes de eso, cada esfuerzo que había invertido, fuera completamente inútil.

Apenas registró el chirrido de las oxidadas bisagras metálicas protestando cuando se abrió la puerta de la azotea, y el sonido de unos pasos acercándose apenas consiguió atravesar la niebla de su cerebro. No fue hasta que Tara se detuvo justo delante de ella cuando de verdad se dio cuenta de que ya no estaba sola.

—¿Qué haces aquí? —Gabby oyó preguntar a una voz que sonaba como la suya. Una línea apareció entre las cejas de Tara mientras se agachaba delante de Gabby y, durante unos momentos, no pudo decir nada. No había nada que pudiera decirse.

—Te has ido sin esto. —Tara alzó la bata de Gabby con una mano, la desdobló y se la echó por los hombros a la joven médica—. Lo cual ha sido una tontería. Hace frío aquí fuera.

—Estoy bien.

—Estás tiritando —señaló Tara, apoyándose de nuevo contra la pared, a su lado. No le habría sorprendido que Gabby ni siquiera se hubiera dado cuenta del frío que tenía; parecía tan ida que seguramente podría haberse quedado ahí fuera toda la noche.

—Gracias —dijo Gabby finalmente, con la voz apenas por encima de un susurro ronco.

Tara observó cómo la joven iba a hablar, pero no le salían las palabras; era evidente que le costaba.

—No pasa nada, no tienes que hablar. Podemos quedarnos aquí sentadas un rato.

Trabajar de médica —trabajar en la medicina, en realidad— significaba que tenías que aprender a compartimentar deprisa. La muerte, por la propia naturaleza del trabajo, dejaba de ser un concepto abstracto para convertirse en una realidad diaria, y necesitabas encontrar una forma de sobrellevar eso rápido, o te quemarías y te derrumbarías. Tara había visto a tantísimos médicos jóvenes y novatos, todavía verdes y demasiado dependientes de sus

libros de texto, dejarlo y buscar un campo nuevo en el que trabajar tras su paso por urgencias. Los que no tenían esa capacidad de sobrellevarlo sencillamente no podían sobrevivir.

Cuando Tara le explicaba eso a algunos de sus amigos que no eran médicos, por alguna razón parecían dar por hecho que significaba que no le importaba ningún paciente que quedara a su cuidado. Suponían que sería capaz de ver a cualquier cantidad de pacientes entrar por sus urgencias y salir en una bolsa para cadáveres sin pestañear, pero no era verdad. Incluso con todos sus años de experiencia (y de terapia) a la espalda, todavía había algún caso de vez en cuando que la afectaba. Todavía estaban los casos por los que lloraba de madrugada cuando estaba sola, sollozando en silencio sobre una almohada en lugar de dormir sobre ella. Estaban aquellos pacientes cuyas caras nunca podría olvidar, los que llevaba grabados a fondo en la memoria.

—Puede ser difícil predecir cuál te va a afectar. —Se acomodó de nuevo contra los ladrillos. Hacía un frío helador, que le atravesaba la ropa y le atacaba la piel como si no llevara nada puesto, pero Tara hizo todo lo posible por ignorarlo.

Gabby no dijo nada en respuesta, pero Tara continuó de todos modos.

—A veces son aquellos por los que ojalá hubieras podido hacer más. A veces son aquellos por los que sabes que nunca hubo nada que pudieras hacer.

La joven médica se estremeció un poco ante aquello, y Tara supo que había tocado una fibra sensible. Así que esa era la raíz de todo esto. Tenía sentido; sus heridas no habían sido mortales y, como adolescente joven y sano, los riesgos de complicaciones en cirugía eran tan bajos que todo el mundo había dado por hecho que se pondría bien.

Aunque rara vez subía aquí, a Tara siempre le encantaban las vistas de la ciudad desde la azotea, sobre todo a esta hora, cerca del anochecer, cuando el cielo era un lienzo moteado de naranjas, rosas y morados.

—Sé cuáles son los peores para mí —continuó, con la mirada perdida a lo lejos—. Son aquellos en los que puedo ver en ellos un

trocito de la gente que quiero. Si puedo ver en un paciente algo que me recuerde a alguien que me importa, o que me recuerde un poco a mí misma… Duele más.

Gabby asintió despacio, el primer indicio de que siquiera estaba metida de verdad en la conversación.

—Sí. Eso lo entiendo.

—Se hace un poco más fácil, pero nunca deja de doler del todo —dijo Tara en voz baja—. No voy a mentirte y decirte que sí.

—Lo sé —susurró Gabby, con la voz quebrándose un poco—. Sé que no.

Hubo otro silencio que pendió entre las dos, en el que ninguna sabía muy bien qué más podía decir. Finalmente, Gabby sacó el paquete de tabaco del bolsillo, lo abrió y le ofreció el primer cigarro a Tara.

Ella negó con la cabeza.

—No, gracias. Si te soy sincera, no me gustan nada.

Gabby hizo una pausa, bajando la vista hacia el paquete de tabaco. Era evidente que sopesaba si quería encenderse uno para sí misma, pero al final decidió que no. El paquete volvió al bolsillo, intacto, y se dejó caer de nuevo contra la pared, con la mirada perdida a lo lejos.

Tara hizo una pausa, sintiéndose culpable. Se había quedado sin tópicos que ofrecerle a la joven médica. No le quedaban más palabras de sabiduría. Solo quedaba una carta por jugar: un recurso afectuoso comprobado y de eficacia probada de Tara Hunter.

—¿Quieres un abrazo?

Al principio, Tara pensó que Gabby rechazaría el ofrecimiento en una especie de intento desesperado por conservar algo de orgullo delante de su jefa. En lugar de eso, para su sorpresa, la joven rubia asintió y se acercó arrastrándose, acurrucándose contra Tara.

—Gracias —susurró contra el pecho de Tara, prácticamente enterrando la cara en la tela del jersey. Resultaba extraño, este cambio absoluto de la joven. Cuando se habían conocido, había entrado montada a urgencias, una médica completamente tranquila y serena, lista para cualquier cosa. En las últimas semanas viéndola trabajar, Tara la había visto lidiar con cosas que le revolverían el

estómago a cualquier persona normal, pero se lo había tomado todo con calma. Ahora, sin embargo, parecía tan pequeñita entre los brazos de Tara, acurrucada contra ella con desesperación como si necesitara un escudo contra el resto del mundo exterior.

Una de las manos de Tara se posó con suavidad en la nuca de Gabby, y las yemas de los dedos se le anidaron en el pelo rubio. Para un pelo que siempre parecía permanentemente alborotado y enredado, era sorprendentemente suave, y Tara se descubrió trazándole pequeños círculos reconfortantes en el cuero cabelludo.

Tara no estaba segura de cuánto tiempo se quedaron ahí sentadas en la azotea. Hacía un frío helador allí arriba, pero ninguna de las dos parecía notarlo y, por alguna razón, aunque su turno había terminado horas antes, Tara no lograba animarse a levantarse y marcharse.

Fue Gabby quien se apartó, aunque no se alejó mucho. El brazo de Tara seguía alrededor de sus hombros mientras se enderezaba, mirando a la otra mujer a los ojos.

La joven tenía los ojos apenas un poco rosados de llorar, y las mejillas manchadas por las lágrimas, pero Tara no pudo evitar quedar impactada por lo hermosa que estaba en aquel momento. Quizá fueran los rayos dorados de la luz del sol que se apagaba, o quizá fuera otra cosa, pero el pensamiento le apareció de repente en la cabeza como si se hubiera encendido un interruptor.

Estaban a solo unos centímetros la una de la otra, tan cerca que las puntas de las narices casi se rozaban al moverse. El impulso repentino de cerrar la poca distancia que había entre ellas era casi arrollador. Tara se notó inclinarse hacia delante y, al hacerlo, vio los ojos de Gabby cerrarse aleteando, como si supiera lo que venía.

¿Qué venía?

Tara se contuvo, apartándose tan deprisa que las sobresaltó a las dos. Se echó atrás alejándose de Gabby como si la joven estuviera ardiendo y, durante unos momentos, ninguna habló. Tara oía la sangre latirle en los oídos, prácticamente ensordeciéndola hasta ser lo único que oía.

—Debería irme —dijo tras un largo silencio, consiguiendo por fin arriesgarse a mirar a Gabby. La joven miraba a lo lejos, por encima

de los tejados de la ciudad, como si intentara evitar su mirada pero, cuando Tara se levantó, la miró solo un momento.

—Gracias por traerme la bata —dijo en voz baja.

Tara quería decir «de nada» o algo similar que cualquier otra persona normal habría dicho en esa situación, pero las palabras se le murieron en la garganta. En lugar de eso, consiguió un pequeño asentimiento y retrocedió a trompicones, dirigiéndose hacia la puerta.

Bajó las escaleras desde la azotea hasta el coche en el aparcamiento del sótano, usando el tiempo para intentar calmarse, para intentar poner en orden sus pensamientos acelerados y su corazón desbocado.

Por suerte, no había nadie más en la escalera con quien cruzarse, y no vio a nadie que reconociera en el aparcamiento, así que consiguió llegar hasta el coche sin tener que hablar. Cuando estuvo a salvo en el coche, soltó el aliento que ni siquiera sabía que estaba conteniendo, exhalando en un jadeo tembloroso.

¿Qué demonios ha sido eso?

Era una pregunta que decidió que podría responder cuando llegara a casa, decidió Tara mientras se pasaba el cinturón por el pecho con manos temblorosas. En ese momento, solo tenía que centrarse en conducir el coche y salir del aparcamiento del hospital.

CAPÍTULO DIECISIETE

Cuando Tara entró en el camino de su casa, no lograba del todo animarse a salir del coche y entrar. El corazón todavía le latía con fuerza hasta el punto de sentirse mareada, y parecía que su mente conseguía de algún modo acelerarse a una velocidad incontrolable pero, a la vez, fijarse en un solo tema.

Gabby.

Besar a Gabby.

A sus cuarenta y seis años, Tara ni siquiera se había imaginado nunca estar con otra mujer. Había habido unos cuantos —bueno, quizá más que unos cuantos— besos de borrachera durante la universidad con su compañera de piso Claire, y algún que otro manoseo que al principio la había hecho cuestionarse cosas, pero esa era la extensión de cualquier experimentación. No había tenido precisamente mucho tiempo después de la universidad para siquiera explorarlo como posibilidad; para entonces ya había conocido a Bob, y pronto se casaron. Había hecho exactamente lo que todo el mundo esperaba de ella, y cualquier otro pensamiento que pudiera haber tenido se apartó a un lado, como buena parte de sí misma.

Entonces, ¿por qué le había resultado tan natural cuando se había inclinado para besarla? ¿Por qué se había inclinado hacia el beso, para empezar?

Era lo único que tenía en la cabeza cuando por fin se arrastró fuera del coche y entró en su casa vacía. Era en lo único en lo que

podía pensar mientras yacía despierta esa noche, mirando el techo. Y cuando llegó al trabajo a la mañana siguiente, era en lo único en lo que podía concentrarse.

La propia Gabby no parecía demasiado afectada por todo lo que había pasado o, si lo estaba, hacía un trabajo muy bueno ocultándolo. Cuando Tara entró en urgencias, Gabby le dedicó una sonrisa, le hizo un pequeño gesto con la mano, y no hubo indicio alguno de que hubiera pasado nada entre las dos.

Tara no pudo evitar preguntarse cómo demonios estaba tan tranquila. Sentía el corazón en la garganta cada vez que se acercaba demasiado a Gabby, y la idea de siquiera intentar hablar con ella le cerraba la garganta. Por suerte, Tara estaba en el turno de día mientras que Gabby había estado en el de noche, así que no tuvo que intentar evitar a su joven médica demasiado rato.

El resto de la semana no fue tan fácil. Tara no sabía qué le había pasado pero, cada vez que hablaba ahora con Gabby, su voz era mucho más fría, mucho más distante. Se fijaba en cada pequeño detalle que pudiera reprocharle, casi como si estuviera al acecho de errores sin siquiera darse cuenta. Era como si intentara apartar a la joven de sí solo con la voz y, por muy culpable que se sintiera, sencillamente no parecía capaz de evitarlo.

Al principio, los demás del servicio lo habían achacado a la habitual manía de Tara de buscarle tres pies al gato pero, a medida que avanzaba la semana y sus críticas, cada vez más injustas, empeoraban, podía ver a los demás lanzándose miradas por el rabillo del ojo. Empezaban a percatarse de lo fría que se había vuelto con Gabby, de lo rápido que se había puesto en contra de la joven en tan poco tiempo.

Para el final de la semana, Tara se sentía un despojo agotado. Apenas dormía por las noches, porque las mismas preguntas le rondaban la mente una y otra vez, como un disco rayado. Cuando estaba en el trabajo, intentaba constantemente esquivar a Gabby para evitar soltarle un exabrupto delante del resto del personal. Incluso su despacho, que en su día había sido un santuario de paz, era ahora un vacío silencioso en el que se quedaba sin nada más que sus pensamientos.

Lo peor era que no tenía a nadie con quien hablar de todo lo que estaba pasando. No había nadie en el hospital con quien pudiera hablar de todo ello. No había nadie con quien tuviera la suficiente confianza como para confiarse, y la única persona que ella pensaba que tendría experiencia en examinar de verdad, larga y detenidamente, su propia sexualidad era la única persona del servicio con la que no quería hablar.

Así que Tara llamó a la única persona que sabía que la escucharía para quedar a tomar un café. La única persona que, por mucho tiempo que hubiera pasado desde que hablaron, siempre estaría ahí para escucharla, sobre todo con algo así. Al fin y al cabo, Claire era la única otra lesbiana que conocía, así que sus opciones eran algo limitadas.

Era domingo por la mañana, y había pasado casi una semana desde lo que Tara ahora denominaba en su cabeza como «el incidente de la azotea». Había atravesado una serie de emociones en los últimos días, saltando de la confusión al enfado y a la culpa y vuelta a empezar, una y otra vez.

Por eso estaba sentada en una acogedora cafetería a una manzana de su casa a mediodía del domingo, pinchando su ensalada César sin llegar a llevarse nada a la boca. No lograba comer, por mucha hambre que hubiera tenido antes de llegar.

—Bueno, ¿sobre qué querías mi consejo? —preguntó Claire, sacando a Tara de sus pensamientos. Alzó la vista hacia su vieja amiga, que la observaba con aquella sonrisa familiar y paciente que tan bien conocía. Era la misma sonrisa que había visto cuando le contó la infidelidad de Bob, la misma sonrisa con la que se había despertado durante el divorcio cuando se quedó en el cuarto de invitados de Claire. A pesar de ser casi seis meses más joven que Tara, siempre le daba la sensación de estar abriéndole el corazón a una sabia hermana mayor cuando hablaban.

De repente, la garganta de Tara pareció secársele y, aun cuando abrió la boca para hablar, no le salieron las palabras. Se había planteado esta conversación de cien formas distintas la noche anterior, pensando una y otra vez en cómo sacar lo que quería decir.

Pero ahora, sentada frente a Claire en el momento de la verdad, había olvidado todo lo que quería decir.

—Yo, eh… —Titubeó, volviendo a cerrar la boca. Joder, ¿qué se suponía que debía decir aquí? Para ganar algo de tiempo, cogió una de las mimosas que habían pedido, bebiéndola despacio y mirando alrededor de la cafetería. Quizá, si tardaba lo suficiente, Claire cambiara de tema sin más.

Sin embargo, era una vana esperanza. Claire no era de las que llenan un silencio incómodo con cháchara sin sentido, y menos cuando había algo que averiguar. En lugar de eso, esperó en silencio, observando a Tara hasta que ya no fue posible posponerlo más.

—¿Y bien? —insistió cuando Tara dejó su copa, ahora casi vacía —. ¿De qué querías hablar?

Tara exhaló de forma temblorosa. Era el momento de la verdad.

—¿Cuándo… te diste cuenta de que…? —Dejó la frase en el aire sin convicción, haciendo un gesto entre las dos—. ¿Ya sabes?

Sin embargo, veía la confusión en la cara de su amiga, y empezó a gesticular con un poco más de fuerza, intentando transmitir su idea sin llegar a decir las palabras. Al final, cuando estuvo claro que no iba a funcionar, cedió y terminó la frase.

—¿Eras… gay?

Estaba claro que la pregunta había pillado a Claire por sorpresa.

—Nunca me habías preguntado eso.

Tara se encogió de hombros, intentando parecer despreocupada aunque notaba que las manos le empezaban a sudar contra los cubiertos.

—Es solo algo que me he estado preguntando.

—¿Después de casi treinta años?

—No tienes por qué decírmelo —soltó Tara, extrañamente a la defensiva, y observó cómo su amiga arqueaba una ceja—. Perdona. Es que estoy… descolocada.

—Tenía unos dieciséis años —dijo Claire, recostándose en la silla —. Había una chica en mi clase de tutoría. ¿Por qué?

—Solo por curiosidad —dijo Tara rápidamente. Demasiado rápido para ser verdad. Un largo silencio pendió entre las dos, en el que

Claire se limitó a mirar a Tara, y Tara evitó su mirada. Sin embargo, no podía mantenerlo eternamente y, finalmente, admitió la verdadera razón de su curiosidad—. ¿Has conocido alguna vez a alguien que se diera cuenta un poco… tarde en la vida?

La comisura de la boca de Claire se curvó en una sonrisa casi imperceptible, pero Tara estaba tan nerviosa que no la captó.

—Claro. No hay límite de edad para darse cuenta de tu sexualidad. No es que le pongas un tope al cumplir los dieciocho y, a partir de ahí, quedes condenada a ser hetero para siempre.

Tara soltó una risa queda ante aquello, asintiendo.

—Ya, lo sé. Pero… o sea, ¿cuánto se tarda en darse cuenta? No puedes llegar a casi los cincuenta y de repente darte cuenta de que a lo mejor eres…

Se detuvo de golpe, dándose cuenta de que había renunciado por completo a cualquier posibilidad de que no estuviera hablando de sí misma. Claire se limitó a sonreír con amabilidad, mirando cómo se removía incómoda en el asiento, cómo se retorcía la servilleta entre las manos.

—Puede ser complicado, darse cuenta. Sé que algunas personas nunca llegan al fondo del asunto; a veces simplemente entierran esos sentimientos bien hondo y los niegan durante años y años. Pero eso no significa que desaparezcan. A veces, puedes pensar que eres hetero, quizá incluso llevas décadas casada… y luego aparece alguien y eso cambia. —Terminó la frase con una mirada elocuente a Tara, que por fin le sostuvo la mirada.

—Pero ¿cómo sé que de verdad soy… ya sabes…? —Tara dejó la frase en el aire, con la voz cada vez más baja, como si temiera que decir las palabras en voz alta fuera a hacerlas realidad—. Gay.

—¿Cómo es? —preguntó Claire—. La persona que ha provocado todo esto.

Tara se notó sonreír un poco ante la idea de intentar resumir a Gabby en unas pocas frases. ¿Cómo se suponía que iba a meter aquella personalidad enorme en unos pocos detalles? ¿Había forma de hablar de todas sus contradicciones? De cómo era tan escandalosa y luminosa que ocupaba todo el espacio de una sala pero, al minuto siguiente, era tan sensible y considerada.

—Es como… —Tara hizo una pausa, pensando en la primera vez que había conocido a Gabby—. Un huracán. Apareció de la nada, y dejó tras de sí este reguero de caos, pero… de algún modo no me importa.

—¿Un huracán? —repitió Claire con una pequeña sonrisa—. Yo habría dicho que eso es más o menos lo más alejado de tu tipo que existe.

Era verdad. Bob había sido una elección decididamente segura como marido, y esa era seguramente una de las cosas que convencieron a Tara para casarse con él en primer lugar. Tenía un trabajo estable, era de buena familia, y había sido bastante majo. No había sido precisamente un romance arrollador para ninguno de los dos pero, en su momento, Tara simplemente había dado por hecho que esa clase de relación era un mito inventado para las películas. Nunca había sentido que se estuviera perdiendo nada.

Gabby era todo lo que Bob no era. Era impulsiva, era emocional. Se lanzaba de cabeza con una pasión que era tan admirable y emocionante como ingenua y temeraria.

—Ya, supongo —dijo Tara en voz baja.

—¿Quieres hablar de lo que ha provocado todo esto con tu única amiga lesbiana? —la picó Claire—. Tengo algo de experiencia en este terreno.

—Nos besamos —soltó Tara de golpe, como si llevara días intentando desesperadamente contenerse de decirlo. En cierto modo, así había sido—. En la azotea del hospital.

—¿Os besasteis?

—Bueno, no —admitió Tara—. Más o menos… casi nos besamos. No sé cómo pasó. Estábamos en la azotea hablando, y luego la abracé, y luego supongo que las dos nos… inclinamos hacia ello.

—¿Cómo ha sido la cosa desde entonces? —preguntó Claire. Tara frunció el ceño, removiéndose incómoda en el asiento mientras bajaba la vista hacia la servilleta que tenía en el regazo. Había sido decididamente mala desde entonces. Tara notaba que Gabby quería hablar de lo que había pasado en la azotea pero, cada vez que lo pensaba, un terror abrumador le atenazaba a Tara algo en el pecho que no lograba explicar del todo.

Se había pasado la mayor parte de la última semana esquivando a Gabby, con la esperanza de que la joven médica la dejara en paz sin más y se olvidara de todo lo que había pasado. No es que Tara pudiera olvidarlo. No dejaba de darle vueltas, una y otra vez, hasta bien entrada la noche. Sencillamente no lograba entender lo que le estaba pasando. No lograba entender de dónde había salido este sentimiento; había recorrido casi cincuenta años de su vida sin sentir jamás nada parecido hacia otra mujer. Entonces, ¿qué tenía Gabby de diferente?

—Incómodo —admitió Tara finalmente—. Muy, muy incómodo. Es que no sé qué decirle, no sé qué decir. Y luego, cada vez que abro la boca, siempre me pongo a…

—¿Arremeter? —completó Claire por ella, asintiendo. Tara dejó la frase en el aire, lanzándole a su amiga una mirada de reproche, pero ella se limitó a reír—. ¡No pongas esa cara! Somos amigas desde hace tiempo suficiente, Tara. Sé cómo reaccionas ante situaciones que requieren un poco de matiz emocional.

Tara se dejó caer contra el respaldo con un resoplido, cruzándose de brazos en señal de derrota.

—Bueno, ¿y entonces qué se supone que tengo que hacer?

—Odio ser la portadora de malas noticias, pero creo que en realidad vas a tener que hablar con esta mujer de cómo te sientes. Ya sabes, ¿como hacen los adultos?

—¿Y si no sé cómo me siento?

—¡Pues díselo! —Claire se rio—. Es un ser humano. Seguro que entiende que ahora mismo estás un poco hecha un lío.

—¿Y si no lo entiende? ¿Y si se lo digo y acaba enfadándose conmigo? —Tara era consciente de que, con cada segundo que pasaba, sonaba cada vez más como una adolescente quejica que como una médica distinguida, pero no podía evitarlo.

—¿Crees que soltarle un exabrupto cada vez que la ves es mejor opción? —preguntó Claire—. Porque, si es así, entonces adelante, sigue usando tu método de comunicación. Solo digo que creo que le vendría bien un poco de perfeccionamiento.

Tara no tuvo respuesta para eso. Quería poner los ojos en blanco y desestimar el consejo de Claire (a pesar de haberla invitado al

brunch con la única intención de que la aconsejara), pero no podía. No podía ignorarlo sin más, porque sabía que, si no hacía nada, las cosas acabarían en desastre.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Así que, cuando entró en el hospital el lunes por la mañana, tenía toda la intención de apartar a Gabby a un lado y hablar con ella. Se había trazado un plan de acción en la cabeza sobre cómo iba a ir la conversación: iba a estar tranquila, sensata y racional. Iba a explicarle a Gabby que nunca antes le había pasado nada parecido. Estaba confundida, atravesaba un montón de emociones distintas que no lograba controlar del todo.

Por supuesto, cuando cruzó las puertas dobles y entró en urgencias y la vio, toda aquella planificación y aquel razonamiento se fueron por la ventana. Cualquier tipo de compostura que hubiera tenido se esfumó, y volvió directamente a hacer exactamente lo que había estado haciendo toda la semana.

Tara ni siquiera estaba segura de qué le criticó aquel día. Más tarde, por mucho que lo intentó, no consiguió recordar qué fue lo que la impulsó a soltarle un exabrupto a Gabby. Qué detalle concreto le había provocado la ira. Lo único que recordaba era estar echándole una bronca a Gabby por algo, llamándola impulsiva e irresponsable delante de todo el servicio.

No era la primera vez esa semana que Tara se pasaba de la raya con Gabby pero, por alguna razón, esta vez sí que parecía haber captado la atención de todos. Normalmente, cuando Tara le soltaba un exabrupto a un médico por algo, todos lo registraban, pero luego en general seguían con su trabajo sin más.

Sin embargo, hoy hubo un silencio incómodo después de que Tara pusiera fin a su bronca sobre lo que fuera que se le hubiera ocurrido criticar esta vez. Pendió en el aire circundante y, cuando Tara miró alrededor, se dio cuenta de que medio servicio había estado mirando y escuchando.

Fue entonces cuando la culpa la inundó y supo que no tenía ningún motivo para criticarle a Gabby cada pequeña cosa. Sabía perfectamente que aquella era solo su lamentable forma de intentar sobrecompensar el lío y la confusión que tenía en la cabeza y, aunque quería disculparse y justificar su comportamiento, las palabras sencillamente no salían.

En lugar de eso, se limitó a girar sobre sus talones y dirigirse, como hacía siempre que necesitaba escapar, a su despacho.

Por suerte, no había ningún residente agotado echándose una siesta en el sofá cuando entró, cerrando la puerta de un portazo tras de sí. Eso significaba que podía sencillamente desplomarse sobre los cojines llenos de bultos con la cabeza entre las manos, maldiciéndose a sí misma.

¿Qué le pasaba?

Sin embargo, no tuvo mucho tiempo para intentar responder a esa pregunta, porque la puerta de su despacho se abrió de nuevo. La cabeza de Tara se alzó de golpe al oír el sonido del picaporte girando, y medio deseó que fuera Gabby. Al menos si era ella, podría disculparse, quizá incluso explicarse.

No era Gabby. En lugar de eso, sus invitados eran dos personas a las que estaba decididamente menos contenta de ver. Bob y Melanie entraron en su despacho sin llamar, colándose como la tormenta sucia que sigue a un huracán, listos para arrasar lo que queda antes de seguir su camino.

—Tara. —Melanie tomó la iniciativa, cruzando el despacho hasta llegar al escritorio de Tara, contra el que se apoyó—. Creo que deberíamos hablar, ¿no crees?

Tara miró a su jefa con el ceño fruncido desde su sitio en el sofá, observando cómo la administradora del hospital echaba un vistazo somero a su despacho.

—No me puedo creer que, después de todos estos años, sigas aquí abajo, ¿sabes? —comentó con desenfado, examinándose las uñas de manicura perfecta como si el mero hecho de estar en la sala las estuviera degradando de algún modo—. Sí que te ofrecimos un sitio mucho más bonito.

—Soy consciente —dijo Tara sin rodeos. Resultaba chocante mirar a Melanie y su impecable traje de chaqueta rosa palo hecho a medida y sus tacones de aguja mientras holgazaneaba por el estrecho y caótico despacho. De algún modo, su mera presencia conseguía que la sala pareciera aún más oscura y patética.

—Bueno, Tara, Bob y yo tenemos una cosa que creo que de verdad necesitamos hablar contigo, si no estás demasiado ocupada.

Dios, cómo odiaba esa voz. Ese estúpido tono meloso que Melanie ponía cuando intentaba parecer amable y comprensiva, pero que en realidad solo la hacía parecer fría y condescendiente.

—Claro —soltó con esfuerzo—. ¿De qué queréis hablar?

—De la médica nueva de tu servicio —dijo Bob desde la puerta. La había cerrado tras de sí al entrar, y estaba apoyado contra ella con los brazos cruzados sobre el pecho. El mensaje que intentaba transmitir era evidente: no había forma de que Tara pudiera salir, aunque quisiera.

—Gabriella Ellis, la médica que contratamos —le recordó Melanie a Tara, como si pudiera haber olvidado su nombre.

—¿Qué pasa con ella? —preguntó Tara en voz baja, aunque ya sabía la respuesta. No había forma de que esto no fuera por lo que acababa de pasar allá en urgencias. Las noticias corrían rápido en el hospital, y no era inconcebible pensar que alguien de urgencias hubiera hecho una discreta llamada al despacho de Bob y Melanie después de que ella saliera.

—Todavía no os lleváis bien las dos, según he oído. —Melanie negó despacio con la cabeza, como si estuviera regañando a una niña e intentando transmitir el mensaje de que no estaba enfadada, solo decepcionada.

—Bueno, Tara. —Bob cruzó el despacho para ponerse al lado de Melanie, como si fueran una fuerza unida contra Tara—. Entiendo que te molestara que te colocáramos a una médica nueva sin

consultártelo antes. Entiendo que eres perfeccionista, y que te gusta tener las cosas a tu manera. Entiendo que sintieras que te estábamos quitando una especie de poder al contratar a Ellis sin decírtelo primero.

—Gracias por ser tan comprensivo —masculló Tara entre dientes. Los miró a los dos, ambos apoyados en su escritorio. Esto empezaba a parecer dos padres regañando a su adolescente rebelde por quedarse fuera hasta pasada la hora, más que tres profesionales tratando un asunto de recursos humanos.

Bob o no oyó el sarcasmo en su voz o decidió ignorarlo por completo, porque continuó como si ella no hubiera dicho una palabra.

—¿Es esta tu forma de buscar atención?

—¿Perdona? —Tara lo miró conmocionada, desconcertada por la acusación. Una cosa era hablarle con condescendencia como si fuera una niña, pero tratarla activamente como tal era caer aún más bajo.

—No sería la primera vez —señaló Bob—. ¿Es esta tu forma de intentar llamar mi atención? ¿Hacerle la vida imposible a tu nueva interina? ¿Hacerla pedazos delante del resto de su servicio? ¿Hacerla sentir como una mierda delante de sus propios pacientes? ¿Es todo esto tu forma de llamar mi atención?

Se apartó del escritorio, dando unos cuantos pasos lentos y deliberados hacia Tara, que no se había movido de su sitio en el sofá.

—Porque, si lo es, entonces enhorabuena, Tara. Tienes mi atención.

¿Eso era lo que él creía que era todo esto? ¿Bob había conseguido de algún modo convertir esto en una especie de lucha de poder enfermiza y retorcida entre los dos?

—¿Crees que hago esto para vengarme de ti?

—¿No es eso lo que haces? —preguntó, pareciendo genuinamente sorprendido—. Odiaste a Ellis desde el principio, antes siquiera de conocerla. No la odiaste porque fuera mala médica. La odiaste porque fui yo quien la contrató. Me atreví a pasar por encima de ti y contratarla. Estuviste en su contra desde el principio,

y ahora intentas hacerle la vida miserable a esa pobre chica, ¿verdad?

Tara se rio sin ganas, negando con la cabeza con incredulidad. Cómo no, así era como Bob lo veía todo. No debería haberle sorprendido que hubiera conseguido retorcer todo el asunto para que fuera sobre él cuando, en realidad, la verdad era cualquier cosa menos eso. Con toda la comprensión con la que había entrado, desde luego Bob no entendía ni una puta cosa.

—¿Te estás riendo? —soltó Bob—. ¿Te estás riendo, joder, Tara?

—Solo me parece gracioso que creas que esto tiene algo que ver contigo.

—Pero ya has hecho esto antes, ¿verdad? —intervino Melanie desde detrás de él. Imitó los movimientos de Bob, deteniéndose a un par de metros delante de Tara—. Cuando Bob pidió el divorcio.

Tara notó cómo la sonrisa se le borraba directamente de la cara, y una punzada aguda y familiar la golpeó en algún punto de las tripas, como si alguien le estuviera clavando y retorciendo un cuchillo en el bajo vientre. La puta de Melanie. Siempre sabía exactamente dónde estaban los nervios más expuestos de Tara.

Los dos funcionaban bien como equipo, se dio cuenta Tara mientras estaba sentada frente a ellos. Bob podía limitarse a lanzarle insultos y desgastarla, pero luego Melanie podía colarse y rematar la faena con una sola frase.

—No saques eso —susurró Tara—. Ni se te ocurra ir por ahí.

—¿No recuerdas cómo estabas durante el divorcio? —preguntó Melanie, casi como si Tara no hubiera hablado—. ¿No recuerdas lo cruel y fría que eras con tus médicos, Tara? Creo que te ganaste bastante fama por aquel entonces, ¿verdad?

—Cállate, Melanie.

—Cuidado con esa actitud —escupió Bob—. ¿Necesitas que te recuerde cómo funcionan las cosas por aquí ahora, Tara? Recuerdas que ya no estás casada con la administración, ¿no? Así que, si quieres empezar a acosar a tus médicos residentes…

—No estoy acosando… —protestó Tara sin fuerza, pero la cortaron antes de que pudiera terminar.

—Si quieres empezar a acosar a tus médicos, no te cubriré las espaldas. Y bien, ¿recuerdas todo eso, o tengo que dejar mi postura un poco más clara? ¿Quizá ver si Ellis quiere presentar una queja personal contra ti que podamos meter en tu expediente?

Tara clavó la mirada en el suelo, en un punto especialmente desgastado de la moqueta junto a su pie izquierdo que se había ido gastando a lo largo de años de uso y desgaste. Se centró en aquel punto porque era más fácil que mirarlo a los ojos durante esta conversación. Si lo miraba de verdad, seguramente empezaría a repartir puñetazos.

—No.

—¿Cómo dices?

—He dicho que no —repitió Tara—. Lo entiendo.

—Ponte las pilas, Tara —soltó Bob, dirigiéndose a la puerta con Melanie. Fue todo lo que le dejó antes de marcharse, dejando un reguero de destrucción y caos y desdicha a su paso, tal como ella había esperado.

CAPÍTULO DIECINUEVE

En algún momento después de la diatriba de Tara sobre sus dotes para tomar notas delante de urgencias, Gabby había decidido que era hora de hablar de lo que había pasado en la azotea. Las cosas habían ido mejorando entre las dos, y lo único que había pasado que pudiera haber llevado a este cambio en la actitud de Tara era aquel momento en la azotea.

Gabby había lidiado con su buena ración de mujeres que en algún momento u otro habían creído ser heteras. Tara no era la primera hetero que se inclinaba para besarla, y con toda probabilidad no sería la última.

Sin embargo, era la primera que se había asustado tan fuerte como para decidir emprender un bombardeo implacable de insultos solo porque estaba confundida. Al principio, Gabby lo había achacado a que no sabía cómo reaccionar tras haber estado a punto de besar a una compañera de trabajo. Supuso que, fueran cuales fueran las contorsiones mentales que Tara estuviera haciendo para lidiar con lo que había pasado, volvería a la normalidad en unos días.

Sin embargo, las cosas no habían vuelto a la normalidad. De hecho, habían ido empeorando progresivamente con el tiempo, y hoy había sido la gota que colmó el vaso. Gabby decidió que ya se había cansado de esperar a que Tara entrara en razón, y que era hora de sentarla y preguntarle educadamente qué coño estaba pasando.

Bajó al despacho de Tara y estaba a punto de llamar a la puerta cuando oyó voces dentro. Ya estaba hablando con alguien y, por lo que parecía, no iba bien.

—Pero ya has hecho esto antes, ¿verdad? —Aquella era la voz de la administradora del hospital. Tenía que serlo. Nadie más que hubiera conocido en el hospital hasta el momento conseguía tener aquella mezcla nauseabunda de voz dulce y palabras tan deliberadamente condescendientes—. Cuando Bob pidió el divorcio.

—No saques eso. —Aquella era Tara. Sonaba agotada, abatida, como si no quisiera otra cosa que acurrucarse bajo el escritorio y esconderse.

Gabby se sintió mal por escuchar a escondidas, sobre todo una conversación que sonaba tan profundamente personal. Sabía que estaba mal, y sabía que debería haberse dado la vuelta y haberlos dejado a lo suyo, pero sencillamente no lograba animarse a apartarse de la puerta. Así que, en lugar de eso, se quedó de pie y escuchó el resto de la conversación.

—Ponte las pilas, Tara. —Cuando Bob habló esta vez, su voz sonó más cerca, como si se acercara a la puerta. Al percibir que la conversación del otro lado estaba llegando a su fin, Gabby se dio cuenta de que necesitaba un sitio donde esconderse.

Menos mal que el despacho de Tara estaba abajo, junto a urgencias, porque significaba que estaba en el mismo pasillo en el que había uno de los cuartos de la limpieza. Se coló en el cuarto sin cerrar para evitar que la vieran. Gabby esperó mientras oía dos pares de pasos salir del despacho de Tara y alejarse por el pasillo. Cuando se apagaron fuera del alcance del oído y el terreno pareció despejado, salió del cuarto y volvió hacia el despacho de Tara.

Allí dentro había silencio y, por un momento, Gabby pensó que quizá su jefa hubiera decidido marcharse y ella simplemente hubiera pasado por alto los pasos, pero entonces oyó un inconfundible sorbido de nariz. Tara seguía ahí dentro y, por lo que parecía, estaba llorando.

Por un momento, Gabby se planteó marcharse y dejarla que se recompusiera. Pero luego recordó cómo Tara había ido a buscarla a la azotea después de enterarse de la muerte de Trevor, cómo se

había sentado a su lado y le había hablado con aquella voz suave y reconfortante. Lo menos que podía hacer era devolverle el favor.

Gabby llamó una vez antes de entrar, abriendo la puerta justo a tiempo de ver a Tara intentando enjugarse las lágrimas sueltas de las mejillas.

—Hola —dijo en voz baja. Tara alzó la vista hacia ella, parpadeando entre lágrimas. Pareció costarle un momento darse cuenta de a quién estaba mirando y, cuando Gabby quedó enfocada, Tara no pareció precisamente contenta de verla.

—Ah —fue lo único que dijo.

Gabby cerró la puerta tras de sí al entrar en el despacho, echando un vistazo rápido al desorden antes de posarse en el brazo del sofá. Durante unos momentos, ninguna de las dos habló. Tara intentaba tener un aspecto un poco más presentable, y Gabby no estaba muy segura de qué palabras de consuelo sacar para la situación.

—Bueno, pues Melanie es una bruja —acabó decidiéndose. Tara hizo un sonido estrangulado que seguramente estaba a medio camino entre un sollozo y una risa, pero fue lo bastante parecido como para que Gabby sintiera que podía dejarse caer sobre los cojines del sofá para sentarse al lado de su jefa.

—Lo es —coincidió Tara, consiguiendo una débil sonrisa.

Gabby había entrado en el despacho aún medio esperando poder hablar de todo lo que había pasado la última semana, pero ver a Tara así hizo que cualquier idea de eso se fuera por la ventana. No necesitaba más disgustos, ahora no.

—¿Cuánto has oído? —preguntó Tara en voz baja, incapaz de sostenerle la mirada a Gabby como es debido.

—Lo suficiente —dijo Gabby de forma críptica.

—¿Lo suficiente?

—Lo suficiente para saber que… tiendes a pagarlo con otras personas cuando las cosas no salen según lo previsto —desarrolló, escogiendo las palabras con cuidado—. Lo suficiente para saber que la razón por la que te comportas así es por lo de la azotea. Lo suficiente para saber que seguramente no quieras hablar de lo que pasó en la azotea. He oído… lo suficiente.

Tara alzó la vista despacio, sosteniéndole la mirada como es debido. Por primera vez desde que estuvieron en la azotea, Tara miraba a Gabby de verdad. Sin embargo, no había fastidio ni frustración en sus ojos, no como lo que había visto durante la semana. En lugar de eso, había una expresión de determinación que Gabby no había visto antes.

Lo siguiente que hizo Tara las sorprendió a las dos. Se inclinó sin vacilar y besó a Gabby.

A esta le costó un momento reaccionar al beso, sobre todo porque la había pillado con la guardia baja. Una pelea era lo que había esperado en un principio y luego, tras escuchar a escondidas la conversación anterior, había pensado que quizá acabaría siendo un hombro sobre el que llorar. Pero esto… no lo había visto venir.

Tara se apartó, poniendo fin al beso casi tan deprisa como lo había empezado.

—Lo siento.

—Normalmente no me piden perdón después de besarme —admitió Gabby.

—Quería besarte en la azotea —explicó con cierta torpeza.

—Más o menos me lo imaginé.

—Pero nunca he… No soy… Nunca me han gustado las mujeres.

Gabby se encogió de hombros.

—A mí tampoco, hasta que me gustaron.

—Ah, ya. Supongo que tiene sentido. —Tara hizo una pausa como asimilando la lógica de lo que Gabby había dicho—. Siento haberte tratado como una imbécil.

—¿Solo esta semana, o es una disculpa por todo el tiempo que llevo trabajando aquí? —preguntó Gabby con una sonrisa burlona—. Es que necesito saberlo. No sé cuánto tiempo llevas queriendo besarme.

—Habla en serio.

—Estoy hablando en serio. No tengo ni idea de mis verdaderos poderes sobre otras mujeres, así que de verdad necesito que me ayudes a averiguar lo irresistibles que son mis encantos.

Tara le dio un cachete suave en el brazo, pero Gabby pudo ver el fantasma de una sonrisa en sus labios. Desde luego era una mejora

respecto al llanto, y era sin duda mejor que verla con el ceño fruncido toda la semana.

—¿Soy la primera mujer a la que has besado? —preguntó Gabby.

—A unas cuantas en la universidad cuando estaba borracha. Mi compañera de piso. Pero… aparte de eso, sí.

—Ah, bueno, pues entonces ese ha sido un primer beso de pena. —Gabby se acercó un poco más por el sofá, de modo que su muslo tocaba el de Tara—. Tienes que dejar que repita eso. Lo habría hecho mejor de haberlo sabido.

—¿Es que no puedes tomarte nada en serio? —preguntó Tara, girándose para mirarla. Gabby sonrió de oreja a oreja, inclinándose aún más cerca. Durante unos segundos, lo único que ninguna de las dos podía oír era el sonido de su propia respiración, y luego Gabby cerró la distancia, besando a Tara como es debido.

Tara se derritió en el beso, como si fuera algo que siempre hubiera debido hacer. Una de sus manos encontró la de Gabby, con los dedos enredándose como si se anclaran la una a la otra. La otra mano se alzó para ahuecarse contra la mejilla de Gabby, con las yemas de los dedos rozándole el pelo de la sien.

Hacía tantísimo que a Tara no la besaban así, con sinceridad y con pasión, y como si fuera la única persona del mundo que importara. Hacía tantísimo que nunca se había imaginado que fuera a volver a pasar y, cuando por fin se separaron, estaba sin aliento.

—¿Ha sido mejor? —preguntó Gabby con suavidad, acariciándole con el pulgar el pómulo a Tara. Lo único que Tara pudo hacer fue asentir en silencio, con una sonrisa asomándole a los labios que reflejaba la que veía en Gabby.

—Ha estado bien. Ha estado muy bien —dijo finalmente, sonando como una adolescente que acabara de escabullirse detrás del cobertizo de las bicis para enrollarse.

Gabby se rio.

—Gracias. ¿Eso va en mi evaluación de desempeño del periodo de prueba?

Tara le dio un empujoncito en el hombro.

—Ni lo sueñes.

Compartieron una risa queda y luego se quedaron calladas unos momentos. Fue Gabby la primera en hablar.

—¿Quieres largarte de aquí? Ya has terminado por hoy, ¿no?

—¿Qué hora es? —preguntó Tara, estirando el cuello para atisbar por la diminuta ventana en un intento de calcular la hora.

—Son más de las seis, así que creo que es socialmente aceptable ir a un bar a beber. —Gabby sonrió, ofreciéndole la mano al levantarse. Tara la cogió con cautela, poniéndose de pie también—. ¿Hay algún sitio al que sueles ir?

—Yo, eh… —Tara hizo una pausa, un poco avergonzada. Hacía tiempo que no salía a un bar de verdad; lo más cerca que había estado últimamente era una coctelería que costaba una pequeña fortuna por copa. Antes de eso, había sido el bar del club de campo, usando la membresía de Bob—. No, la verdad es que no. Podemos ir a donde tú vayas normalmente.

—¿En serio? No sé si es muy tu ambiente…

—¿En serio? ¿Por qué?

—Bueno, es un bar de ambiente… —dijo Gabby despacio—. En el centro. Seguramente sea un poco más de barrio que los sitios a los que estás acostumbrada.

—Quiero ir —dijo Tara de inmediato, como si Gabby ni siquiera hubiera hablado. Nunca había estado en un bar de ambiente, y la idea de ir a uno y verse rodeada de todo un mundo nuevo de gente era emocionante—. ¿Podemos ir? ¿Ahora?

CAPÍTULO VEINTE

Mientras iban sentadas en el asiento trasero del Uber de camino al bar, Tara era consciente de que Gabby la miraba de reojo, como si intentara valorar si esto era buena idea, pero Tara sabía que no debía preocuparse.

El interior era pequeño, un poco oscuro, pero deslizó la mano en la de Gabby y dejó que la joven le abriera camino. Les costó un rato encontrar una mesa, porque cada cinco segundos parecían toparse con alguien que conocía a Gabby, y los arrastraban al mismo fragmento de charla trivial una y otra vez. Al final, sin embargo, consiguieron encontrar una mesa apartada, de modo que nadie las molestara.

—Aquí eres popular —observó Tara, dando un sorbo a su copa. Gabby sonrió con suavidad y se quitó la chaqueta, dejándola caer detrás de ella contra el respaldo de la silla.

—Vengo mucho por aquí, así que la gente me conoce de vista.

Tara asintió despacio antes de admitir que nunca había estado en un bar de ambiente. Nunca había sido algo que hubiera experimentado en la universidad ni en la facultad de medicina. Luego, después de conocer a Bob, la idea de ir a un sitio así estaba tan lejos de su radar social que ni siquiera se lo había planteado nunca.

—Ya, bueno. —Gabby se aclaró la garganta antes de dar un sorbo a la cerveza—. Bob suena a idiota.

Tara sonrió con tristeza, limpiando un poco de la condensación del costado de la copa.

—No siempre fue así.

—¿No?

Tara negó despacio con la cabeza, frunciendo el ceño hacia la copa en lugar de alzar la vista hacia Gabby.

—No. Cuando nos conocimos, era buen tío. O sea, siempre fue un poco estirado, supongo. Pero era buen tío y un gran médico.

Gabby resopló ante aquello.

—Eso no lo dirías al verlo ahora.

Tara alzó la vista, y compartieron una sonrisa. Sabía que las dos estaban pensando en lo ridículamente fuera de lugar que había parecido Bob cuando había irrumpido antes en urgencias. Tenía razón; de no ser por su pasado, Tara tampoco sabría decir que era médico.

—Antes era como tú —admitió tras pensárselo un momento.

—¿Tu marido era antes lesbiana?

—No tienes gracia, ¿sabes?

Gabby dio un sorbo a la cerveza para disimular la sonrisa.

—Sigue bebiendo, que me pondré más graciosa.

Tara hizo lo que le dijeron, dando un trago a su gin-tonic antes de continuar.

—Antes le importaba la gente. Lo vi hacer turnos dobles para cogerles la mano a pacientes moribundos que no tenían familia. Lo vi hacer voluntariado en clínicas gratuitas durante la temporada de gripe. Antes le importaba la medicina, y ayudar a la gente.

Ya no había rastro de sonrisa en la cara de Gabby. Se inclinó hacia delante sobre los codos, ladeando la cabeza.

—¿Qué cambió?

—Le dieron el ascenso. Poco a poco, empezó a… —Dejó la frase en el aire, suspirando con fuerza—. Ni siquiera sé cómo describirlo. Pero una noche, estábamos sentados el uno frente al otro a la mesa, y me di cuenta de que estaba cenando con un desconocido.

—Debió de ser duro —dijo Gabby en voz baja.

—Lo fue. Y luego todo lo demás empezó a desmoronarse, de golpe. Dejamos de ser marido y mujer, salvo cuando necesitábamos

guardar las apariencias en público. Y luego, al final, dejamos de molestarnos siquiera en fingir.

Tara no necesitaba terminar la historia; sabía que su relación había sido el plato fuerte de los cotilleos del hospital, la aventura con Melanie, el feo divorcio, y a Gabby seguro que se lo habían contado.

—Creo que nuestro matrimonio se había acabado hacía mucho tiempo —admitió Tara finalmente—. Los dos éramos demasiado testarudos como para arrancar la tirita.

—Bueno, por si te hace sentir mejor… —Gabby sonrió con suavidad—. Su nueva novia es una bruja.

Las dos se rieron ante aquello y, aunque Tara no estaba segura de si era el chiste, el alcohol, o el hecho de que por fin había hablado con alguien que no fuera Claire sobre el divorcio, se sintió un poco mejor. Hasta había dejado de pensar en la pelea de vuelta en el despacho, en su mayor parte.

—Aunque algo bueno salió de todo ello —dijo, apurando lo que quedaba de su copa.

—¿Ah, sí?

—Sí. Me di cuenta de que hice la elección correcta al no aceptar aquel ascenso cuando me lo ofrecieron.

—¿A ti te ofrecieron primero el puesto de Bob? —Gabby arqueó una ceja—. Eso no lo sabía.

Tara asintió, suspirando.

—Fue hace tiempo, pero me lo ofrecieron a mí primero. Sin embargo, lo rechacé, y se lo ofrecieron a él en mi lugar. Y, en cierto modo, me alegro.

—¿Por qué?

Tara le dedicó a Gabby una sonrisa amarga.

—Porque significó que no acabé como él. A mí todavía me importa la gente. Todavía me importa la medicina. Mi trabajo no va solo de datos y cifras fríos como el suyo. Y de eso me alegro. No creo que pudiera vivir conmigo misma si acabara como han acabado Bob y Melanie.

Gabby sonrió con calidez. A diferencia de las sonrisas chulescas que normalmente seguían a uno de sus chistes, esta era una sonrisa

auténticamente amable con la que pocas personas parecían tener el privilegio de ser agraciadas.

—Nunca te he contado por qué entré en el City General, ¿verdad?

—He oído que fue porque te peleaste con tu jefe de servicio.

—Bueno, en parte fue eso —admitió—. Pero ¿sabes por qué elegí venir a tu servicio?

Tara negó con la cabeza.

—No. ¿Por qué?

—Tu programa comunitario.

Tara la miró unos momentos, parpadeando de sorpresa.

—¿En serio?

—Sip. —Marcó la «p», dando un trago a la cerveza—. Pensé que cualquier hospital con un programa así tenía que merecer mi tiempo. Y sabía que cualquier médica que creara un programa así era la hostia de buena en su trabajo.

Tara no supo cómo responder a aquel cumplido, así que, en lugar de eso, agachó la cabeza con timidez y masculló algo que sonó a «gracias».

—Me alegro de que no aceptaras el ascenso, Tara —le dijo Gabby, alargando la mano por encima de la mesa para darle un rápido apretón a la suya—. Y me alegro de haber ido al City General.

—Yo también. —Tara le devolvió el apretón, sin querer del todo soltarla. Durante unos momentos, se limitaron a quedarse ahí sentadas juntas en silencio, con pequeñas sonrisas cómplices.

Gabby fue la primera en hablar, al reparar en que la copa de Tara estaba vacía.

—Necesitas una copa. ¿Otra ginebra?

Estaba de pie antes de que Tara pudiera siquiera responder, abriéndose paso entre las multitudes de gente para llegar a la barra. Tara sonrió con suavidad mientras observaba a la joven chocando los hombros sin más con otros clientes y bromeando con el personal de la barra.

Se preguntó con qué frecuencia venía Gabby aquí a desahogarse tras un turno largo, quizá lanzando dardos a la diana especialmente machacada del rincón, o inclinándose sobre la mesa de billar con

unos amigos. Era una bonita ventana a su vida personal, un pequeño atisbo de la persona que era en realidad fuera del trabajo.

Las copas siguieron llegando después de aquello, una tras otra, hasta que Tara pudo sentir aquel cálido y reconfortante puntillo en la cabeza. No tardó mucho la conversación en volverse más insinuante y, entonces, Gabby se deslizó en el asiento a su lado. Se inclinó bien cerca para que se la oyera con claridad por encima de la música que retumbaba a su alrededor.

—¿Quieres largarte de aquí conmigo? —preguntó, con los labios rozándole el borde de la oreja a Tara. Tara solo pudo asentir sin palabras ante la propuesta. No se fiaba de sí misma para decir nada, temiendo que cualquier cosa que dijera arruinara el momento.

Gabby se puso de pie primero, ofreciéndole una mano a Tara con un guiño antes de guiarla fuera del bar. Tara solo pudo seguirla al aire frío de la noche, yendo tras ella con una sonrisa en la cara.

Tara se sentía nerviosa y emocionada a la vez. Al cerrar tras ellas la pesada puerta de su casa, aspiró hondo antes de girarse para mirar a Gabby de frente. Al mirar aquellos penetrantes ojos azules de Gabby, quedó hipnotizada, incapaz de moverse. Tara sintió la suavidad de los labios de Gabby contra los suyos y notó el peso del cuerpo de la joven empujarla contra la cara posterior de la gran puerta de madera.

Cerrando los ojos, se dejó arrastrar a lo hondo del beso. La suavidad, la ternura del momento, combinadas con el calor de su propio deseo naciéndole por dentro, resultaban embriagadoras. No recordaba la última vez que se había sentido así. No recordaba haberse sentido nunca así con Bob. Ni siquiera los momentos robados con Claire en la universidad, aun habiendo sido estimulantes, habían resultado nunca tan intensos ni tan urgentes como el puro nivel de deseo que le consumía el cuerpo en ese momento.

Mientras las manos de Gabby se le deslizaban bajo la camisa, moviéndose contra su espalda, sus costados, su vientre, el deseo de Tara alcanzó nuevas cotas. Estaba desesperada por quitarse la ropa. Quería las manos de Gabby por todo el cuerpo, y sentir el cuerpo de Gabby contra el suyo.

Rompiendo el beso, Gabby le dedicó una sonrisa perversa y empezó a desabrocharle los botones de la camisa. A Tara se le entrecortó la respiración mientras observaba a Gabby dejar al descubierto con destreza su sujetador y la piel desnuda de su clavícula. Pequeños besos aterrizaron en su piel desnuda e, incapaz de contenerse, se llevó las manos a la espalda y se desabrochó el sujetador. Con un encogimiento de hombros, dejó que le cayera de los hombros, revelando unos pechos llenos y redondos y unos pezones visiblemente duros.

Tara tenía la cabeza echada hacia atrás mientras notaba que Gabby le succionaba con suavidad el pezón derecho dentro de la boca, mientras dos dedos trazaban círculos y pellizcaban el otro. Un jadeo de placer estalló al notar los dientes y la lengua de Gabby provocándola.

—Ah, esto te gusta, ¿eh? —preguntó Gabby con una sonrisa pícara.

Tara gimió cuando Gabby cambió su atención al pezón izquierdo. Notó las manos de la joven bajarle a la cintura y, en cuestión de segundos, le empujaban los vaqueros y la ropa interior por el trasero y los muslos. No quería que Gabby se separara de su pezón pero, a la vez, estaba desesperada por librarse de las ataduras de la ropa. Alzó las piernas en un intento de quitárselos de una patada mientras atraía la boca de Gabby más cerca, agarrándole puñados de pelo.

Por fin, libre de toda la ropa, sintió cada roce, cada caricia de Gabby contra su piel. Gabby le posó las manos en la base de la espalda, guiándola lejos de la puerta hacia el centro del amplio recibidor. Sin mediar palabra, se hundieron en el grueso pelo de la moqueta gris oscuro. Tara notó las manos de Gabby sosteniéndola mientras se tumbaba con suavidad de espaldas. Arrodillada entre las piernas de Tara, Gabby estaba magnífica, y ella abrió un poco más las piernas, queriendo que se acercara. Observó con atención cómo

Gabby se quitaba la parte de arriba y el sujetador antes de dedicar su atención a sus propios vaqueros y ropa interior, deshaciéndose de todo con absoluto abandono.

A medida que cada parte del cuerpo de Gabby quedaba al descubierto, Tara notaba acelerársele el pulso. Quería sentirla entre las piernas, el peso de su cuerpo, el calor, el olor y, como si percibiera exactamente lo que le pasaba a Tara por la cabeza, Gabby se inclinó hacia delante, bajando su peso sobre el cuerpo de Tara. El olor a jazmín y naranja del pelo de Gabby, al caerle alrededor de la cara, era precioso, y las caderas de Tara se alzaron instintivamente a su encuentro.

—Vaya, alguien está emocionada —exclamó Gabby al notar el centro de Tara frotarse contra ella.

Tara se mordió el labio inferior. El latido de su corazón le llenaba los oídos y, mientras los dedos de Gabby se le deslizaban por los pliegues de su húmeda necesidad, sentía como si estuviera a punto de estallarle del pecho. Empujando contra el cuerpo de Gabby, notó los dedos que había estado buscando deslizarse bien adentro de su cuerpo y, de forma instintiva, se movió contra su mano. Su excitación creció al notar el pulgar de Gabby rozarle la punta del clítoris. Hacía tantísimo que no tenía un orgasmo, pero nada había sido como esto. La necesidad de su cuerpo se había apoderado de ella, vaciándole la mente, permitiéndole perderse en el momento.

—Creo que deberíamos frenarte un poquito. —La voz de Gabby era tan provocadora como dulce y, cuando Tara alzó la vista, no pudo evitar reflejar la sonrisa que veía en aquellos ojos azules—. ¿Por qué no cambiamos de posición? ¿Qué te parece ponerte encima?

Gabby retiró los dedos y volvió a sentarse sobre los talones antes de tenderle la mano. Al agarrar la mano de la joven, Tara pudo sentir su propia humedad. Un rubor repentino le subió por el cuello, haciéndola sonreír con timidez mientras la ponían en posición sentada.

—Quiero que te pongas a horcajadas sobre mí. —Las palabras de Gabby fueron simples, y Tara observó cómo Gabby se tumbaba de espaldas—. Siéntate aquí. —Sus palabras fueron dichas con ternura,

y se dio unas palmaditas en la parte baja del vientre. Tara clavó los ojos en los de Gabby y se movió hacia delante, alzando la pierna para ponerse a horcajadas sobre el regazo de la joven, apoyando el trasero contra sus muslos suaves.

Tara no había apreciado hasta qué punto se había excitado, y estaba resbaladiza contra Gabby. El vello púbico recortado de la rubia volvió a estimularla.

—¿Te arrodillas un poco más arriba? —La sonrisa de Gabby era plena y suave.

Tara era mayor, y su superiora, pero seguir las instrucciones de Gabby resultaba natural. Arrodillada sobre ella, observó cómo Gabby bajaba la mano. Notó los dedos de la joven buscarle el clítoris hinchado, provocando y frotando con suavidad. Rompió el contacto visual cuando un hormigueo de euforia se le extendió por el cuerpo, haciéndola echar la cabeza atrás, jadeando.

—Bájate sobre mí, ¿por favor? —Las palabras de Gabby se alzaron al final. Una pregunta, no una orden.

Mientras Tara se bajaba, notó los dedos de Gabby hundírsele bien adentro, llenándola. No tenía ni idea de cuántos dedos se deslizaron dentro, pero con cada subida y bajada de la pelvis, la sentía llegar más hondo. Los jadeos se habían convertido en gemidos a medida que aumentaba el ritmo de sus movimientos. El pulgar de Gabby empezó a jugar con su clítoris, y el aire entre ellas se llenó de gemidos.

Su respiración era corta y áspera, y su cuerpo se había apoderado de ella, empujándola a mayores cotas de placer. Una ligereza la llenó hasta que se descubrió estampándose sobre la mano de Gabby. Gritó suavemente su nombre una y otra vez hasta que, en un glorioso instante, una sensación de euforia absoluta le hizo tensarse, y descargar, y palpitar, y latir, y estremecerse, y temblar, todo a la vez.

En una serie de pequeños estremecimientos, notó el cuerpo quedársele flácido, y se permitió caer hacia delante, apoyando una mano a cada lado de la cabeza de Gabby. Sus cuerpos estaban calientes. Gotas de sudor les corrían por el cuerpo, mezclándose donde su piel se tocaba.

Gabby se incorporó, robándole un pequeño beso de los labios a Tara.

—Vaya, eso ha sido sexy de ver.

Tara soltó una risa, y se dejó caer hacia un lado.

—Bueno, ¿ha estado bien para ti? —Gabby rodó de lado para mirarla.

Los dedos de Tara le acariciaron el brazo a Gabby, pensativa un momento.

—Nunca había sentido nada parecido. —Apartó la mirada. De no haber tenido ya la cara tan encendida, estaba segura de que su vergüenza se le habría notado.

Alzándose sobre el codo, era consciente de que Gabby le estudiaba la cara.

—¿En serio? ¿Nunca? ¿Nunca antes habías tenido un orgasmo?

Tara se puso la mano sobre los ojos; no podía mirar a Gabby.

—Bueno, supongo que me emocioné un poco. Nuestra vida sexual nunca fue muy intensa. Los dos hacíamos turnos largos y, bueno, Bob era mucho más rápido que yo, así que nada duraba demasiado. —Deslizó la mano lejos de los ojos, atreviéndose a echar un vistazo a la cara de Gabby—. No echas de menos lo que no has tenido. —Intentó quitarse de encima con un encogimiento de hombros cualquier incomodidad.

—Bueno, pues hay todo un mundo nuevo esperando a ser explorado. —Gabby le apartó a Tara un mechón de pelo oscuro de la cara, deslizándoselo detrás de la oreja antes de besarla de lleno en los labios—. Nos lo vamos a pasar genial.

Tara acurrucó su cuerpo más cerca del de Gabby, de modo que no quedara ni un pelo de espacio entre las dos y luego, en un movimiento rápido, la empujó de espaldas, deslizando una de las piernas entre los muslos de la joven.

—¡A lo mejor he desatado a un monstruo! —bromeó Gabby, y Tara se preguntó si tendría razón. Los besos que depositaba en el cuerpo de su amante provocaban gemidos de placer, animándola mientras se abría camino hacia abajo por su torso. Deslizándose entre las piernas de Gabby, con la cara justo sobre su centro, vaciló un momento, respirando hondo.

—No tienes por qué hacer esto. —Gabby le tendió la mano, pasándole los dedos por el pelo a Tara—. No hay prisa. Podemos hacer esto a tu ritmo.

—Me estoy tomando mi tiempo. —Tara aspiró hondo de nuevo—. Quiero saborear este momento. Quiero olerte, saborearte. —Cuando su cálido aliento le alcanzó el clítoris a Gabby, la oyó soltar una respiración pequeña y superficial. Tara sabía que quizá estaba haciéndose la tranquila, pero su cuerpo estaba traicionando la necesidad que tenía. Sonriendo para sí, dejó que la lengua se le hundiera en la humedad que tenía delante.

Saboreando a Gabby por completo, Tara la oyó gemir mientras se retorcía contra su boca. No pudo evitar sonreír. Poder darle placer así a alguien a quien quieres era eufórico, y no se detuvo.

Tara no perdió tiempo en aprender qué hacía feliz a Gabby. Aunque aquello era territorio nuevo, aprendió rápido, dejando que la lengua provocara y azotara a Gabby hasta convertirla en un caos ardiente de desesperación y necesidad. Al percibir que necesitaba más, Tara hundió la lengua bien adentro. Se maravilló ante la sensación de sumergir la cara bien adentro del centro de Gabby hasta apenas poder respirar. En lo que pareció un instante, el cuerpo de Gabby se sacudió, antes de tensarse y, en una embestida final contra su cara, gritó:

—¡Ay, joder, Tara!

Tara se pasó el antebrazo por la cara antes de trepar por el cuerpo de Gabby para abrazarla fuerte. Observó cómo los estremecimientos le recorrían el cuerpo a Gabby. La joven tenía los ojos cerrados, y se mordía el labio inferior.

—¿Estás bien? —La voz de Tara era queda, suave, mientras se inclinaba hacia delante y le besaba la frente a la joven.

—¿Que si estoy bien? —Gabby rodó de lado para mirar a Tara—. ¿Dónde coño has aprendido a hacer eso si nunca has estado con una mujer? —Negando con la cabeza, sonrió y le pasó un dedo por el borde de la cara a Tara—. No me quejo. Puedes hacer eso cuando quieras.

—Bueno, la próxima vez que entres en mi despacho, nunca se sabe lo que podría llegar a hacer…

—Bueno, ese es el mejor incentivo que me han dado nunca para llegar puntual al trabajo. —Los ojos de Gabby vagaron por la cara de Tara, bebiéndosela—. Siempre he tenido esta cosa con los escritorios…

CAPÍTULO VEINTIUNO

Cuando Gabby se despertó a la mañana siguiente, fue en una cama desconocida. No le era ajena esa sensación un poco inquietante que sobrevenía en los primeros segundos al abrir los ojos. Era la punzada de desorientación, en la que sencillamente no estaba muy segura de dónde estaba, solo de que no estaba en su apartamento.

Abriendo los ojos apenas una rendija, vio una gran ventana. La luz del sol entraba a raudales en la habitación. Las sábanas se sentían suaves contra su piel y, cuando aspiró hondo, olió algo ligero y floral, y de algún modo muy familiar.

Rodó de espaldas para mirar el techo blanco de arriba unos momentos, antes de girar la cabeza hacia un lado para ver a Tara, ya despierta y mirándola. Estaba acurrucada bajo las mantas al lado de Gabby, con la cara parcialmente oculta por las almohadas, pero no tanto como para que no se le viera la sonrisa.

—Buenos días —dijo Gabby con una sonrisa de oreja a oreja. Tara alzó un poco la cabeza.

—Buenos días.

—Bueno, lo de anoche fue…

—Bien —terminó Tara su frase—. Muy bien.

Una de las manos de Gabby derivó hacia el hueco del cuello de Tara, donde había florecido un pequeño moratón. Le acercó dos dedos con suavidad, sonriendo de nuevo de oreja a oreja. No estaba muy segura de cuándo se lo había dejado en la piel a Tara; quizá

había sido fuera del bar, cuando la tenía apretada contra los ladrillos. O quizá fue cuando entraron dando tumbos en casa de Tara al salir del taxi, tan enredadas en los brazos de la otra que apenas sabían por dónde iban.

—Fue muy bien —coincidió, riéndose con suavidad.

—Gracias por lo de anoche —dijo Tara en voz baja, con la expresión volviéndosele seria un momento—. Era la primera vez en mucho tiempo que sentía… algo así.

Los dedos que trazaban el moratón del cuello de Tara se deslizaron hacia su larga melena oscura mientras Gabby se acercaba para besarle lo alto de la cabeza. No necesitaba decir nada más; Gabby ya sabía a qué se refería. Había algo tan dolorosamente humano en permitirte ser tan vulnerable y abierta con otra persona, y Gabby era muy consciente de cuánto tiempo llevaba Tara sin estar en esa posición.

—No hace falta que me des las gracias —susurró.

Durante unos momentos, se limitaron a yacer juntas, envueltas en los brazos de la otra como si no hubiera nada más en el mundo que importara, porque durante aquellos minutos robados de silencio, nada más importaba.

—Necesito ducharme —dijo Tara, apartándose con una sonrisa de disculpa—. Si quieres un café, la cocina es toda tuya.

Gabby la observó marcharse con una sonrisa antes de decidir que un café era la mejor opción. Salió de la cama a gatas y se puso una camiseta antes de dirigirse al pasillo. Decidió tomarse el tiempo de echar un vistazo a la casa de Tara, algo que había estado demasiado ocupada como para hacer la noche anterior, cuando habían entrado dando tumbos antes de hacer el amor sobre la moqueta del recibidor. Deambuló por la casa sin rumbo, mirando alrededor y asomando la cabeza a cada habitación.

La casa era absolutamente preciosa, no había forma de negarlo. Cada habitación estaba decorada con maestría, y el jardín trasero tenía un césped perfectamente cuidado y un floreciente arriate de rosas al fondo. Sin embargo, mientras Gabby vagaba por la casa, se dio cuenta de que algo parecía un poco… raro en ella.

Estaba demasiado ordenada, cayó en la cuenta al entrar en la cocina en busca de un café. Curiosamente, encajaba a la perfección con su percepción original de Tara: la mujer que necesitaba que todo tuviera el aspecto justo, aunque eso no fuera necesariamente lo mejor. Todo en aquella casa tenía un sitio y un hogar, desde el especiero hasta los elegantes cajones ocultos que se abrían con un simple toque. Hasta el salpicadero de la cocina —de un color turquesa claro— hacía juego con la vajilla.

Le costó un rato darse cuenta de qué era exactamente lo tan raro de la casa. Por fin, mientras miraba alrededor de la cocina y esperaba a que se hiciera el café, Gabby lo entendió. Parecía una casa piloto. Era preciosa, perfectamente cuidada, pero en realidad no parecía que viviera nadie ahí. No había platos apilados en el escurridor, ni correo sin abrir en la encimera. Ni siquiera había fotografías en las paredes.

Eso no significaba necesariamente que no fuera bonita, solo que parecía como carente de personalidad. Estaba a un mundo de distancia del despacho que había visto la noche anterior, que estaba abarrotado de libros y revistas y expedientes. Vale, aquel despacho era un desorden caótico, pero a Gabby eso le gustaba de alguna manera. ¿Pero esta casa? Esta casa parecía pertenecer a una persona distinta.

Con un café en la mano, lo primero que se le ocurrió a Gabby fue echar mano de un cigarro, pero se detuvo antes de poder ir a buscar su chaqueta. El recuerdo de la voz de Tara cuando le había ofrecido un cigarro en la azotea del hospital le resonó en la cabeza.

«No, gracias. Si te soy sincera, no me gustan nada.»

Gabby se lo pensó un par de segundos antes de decidir que no, nada de cigarro. Sonriendo, decidió que podía vivir sin él.

El sonido de Tara bajando las escaleras le llamó la atención, y Gabby se giró para verla entrar en la cocina, secándose el pelo con una toalla.

—Buenos días.

—Buenos días. —Tara le dedicó una sonrisa tímida de camino a la cafetera, entreteniéndose en prepararse una taza para no tener que hacer contacto visual. Era bastante mono, en realidad, cuando

Gabby lo pensaba. Esta jefa dura de pelar que ella siempre había estado tan convencida de que estaba hecha de acero prácticamente se sonrojaba delante de ella.

Agachó la cabeza para plantarle un beso rápido en la mejilla a Tara, sorprendiéndola.

—¿Y eso a qué ha venido?

Gabby se encogió de hombros, apoyándose de nuevo contra la encimera.

—Tienes buen aspecto.

A Tara se le abrió la boca un momento mientras se esforzaba por dar con una respuesta, antes de volverse de nuevo hacia la cafetera. Masculló algo que sonó vagamente a «gracias», pero no dijo nada más.

—Tienes una casa preciosa. —Gabby decidió cambiar de tema. Tara la miró de reojo, siguiendo su mirada y recorriendo la cocina despacio con la vista. Lo único que pudo ofrecer fue un murmullo de asentimiento sin entusiasmo—. ¿No te gusta?

Tara sopló sobre su café, usándolo para calentarse las manos mientras se apoyaba en la encimera justo al lado de Gabby.

—Ni siquiera la decoré yo —admitió Tara con una sonrisa tímida. Estaba a punto de revelar algo que nunca antes le había contado a nadie, ni siquiera a Claire—. Bob y yo vivíamos aquí juntos —dijo en voz baja—. Y, después de que empezara el divorcio, no pude dormir aquí durante semanas. Apenas podía siquiera venir a por ropa. Todo este sitio parecía una gran farsa. Parecía una broma, andar por aquí y ver todas las fotografías de los dos, todas las joyas que él había comprado, la ropa que yo había llevado en los aniversarios… la cama en la que habíamos dormido.

Solo los recuerdos de andar por la casa en aquella época eran dolorosos, aun después de tanto tiempo. Tara aspiró de forma temblorosa antes de continuar.

—Al final, decidí que no quería tener ningún recuerdo de él, así que empecé de cero. Me deshice de todos los muebles, hice repintar las paredes, hasta arranqué su huerto de la parte de atrás del jardín.

—¿No habría sido más fácil mudarse? —la picó Gabby con suavidad. Tara le dedicó una sonrisa de oreja a oreja.

—Puede. Pero fui yo la que eligió esta casa. Peleé por ella en el divorcio, y quería quedármela. Así que la purgué y empecé de cero, pero supongo que, después de todo, sencillamente no tenía ganas de volver a decorarla y pasarme el tiempo diseñándola. Así que, en lugar de eso, le di el dinero a una interiorista y dejé que hiciera lo que quisiera. Ni siquiera elegí la cama en la que dormimos.

—Le hace falta más desorden —concluyó finalmente, dándole un empujoncito en el hombro a Tara—. Nada más.

Tara se rio.

—Antes había desorden, fotos y… —Se encogió de hombros. Gabby tenía razón. Todas las cosas habían sido suyas, de ella y de Bob, no de ella sola, así que se había borrado todo de un plumazo. Simplemente no había encontrado el momento de reemplazarlas por las suyas.

Tara sonrió, observando cómo Gabby se llevaba el café consigo en otra vuelta por la casa, investigando un poco más. Cuando la pilló mirándola, Gabby le sacó la lengua en broma, sonriendo de oreja a oreja.

—Venga, acosadora. Es hora de que me hagas una visita guiada, no te quedes ahí plantada sin más.

Gabby le tendió la mano, expectante y, con una risa, Tara se acercó a cogerla. Resultaba un poco ridículo, presentar su casa como si estuviera dando una visita por el Louvre, pero sí que daba gusto andar por la casa de la mano de Gabby.

La joven se detuvo junto a los ventanales de suelo a techo, mirando hacia la larga galería acristalada de la parte de atrás de la casa, y Tara aprovechó la ocasión para ponerse detrás de ella y rodearle la cintura con los brazos. Olía tan bien. Para deleite de Tara, Gabby le guio las manos hacia abajo, por encima de la camiseta, hasta el borde de la ropa interior.

—Quiero que notes cuánto te deseo.

Tara dejó que Gabby le guiara las manos por sus esbeltas caderas y luego un poco más allá, dejando que las yemas de los dedos se le deslizaran del todo por debajo del encaje, y se colaran entre sus labios. Sentir la humedad que le cubría las mismas puntas de los dedos le mandó un estremecimiento recorriéndole el cuerpo. Los dedos de Gabby empujaron sobre los suyos, frotándolos sobre la punta del clítoris, más fuerte con cada caricia. Tara nunca se había sentido más viva ni más exaltada. Las dos se movían en un ritmo silencioso, con los dedos trabajando juntos, con brusquedad, sobre el clítoris cada vez más hinchado de Gabby.

—No pares. —Las palabras de Gabby fueron apresuradas, atropelladas. Tara dejó caer la otra mano hacia delante, apartando los labios de Gabby. Tenía el clítoris tan duro, tan lleno y, juntas, sus dedos rasguearon con brusquedad hasta que Gabby no pudo más y se corrió en los brazos de Tara. En aquel momento, no habría cambiado nada.

Hubo una sensación de pérdida cuando Gabby se apartó, seguida de confusión mientras retiraba la alzapaño de las pesadas cortinas que se sujetaban a un lado de la ventana.

—Ya es un poco tarde para preocuparse por el pudor. —dijo Tara, sonriendo, pero algo le decía que esto no era del todo lo que parecía.

—Ah, esto no tiene nada que ver con el pudor. ¿Qué te parece que te aten? —La sonrisa perversa que le dedicó hizo que a Tara se le abrieran mucho los ojos. Desde luego había todo un mundo nuevo ahí fuera por explorar.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

En las semanas siguientes, se fueron acercando más. Las dos se veían los días que ambas libraban y, cuando podía trastear un poco con el cuadrante, Tara acercaba sus turnos para poder ver a Gabby un poco más a menudo.

Casi había olvidado lo que se sentía al disfrutar sin más del tiempo con otra persona. Si alguien se lo hubiera preguntado, Tara no estaba segura de siquiera saber decir la última vez que se había sentido tan despreocupada y feliz. Desde luego las cosas no habían sido así cuando estaba con Bob; él no era precisamente del tipo que te agarra de la mano y te arrastra a una escapada para explorar el centro de Boston por capricho. Nunca había sido emocionante, ni apasionado, ni había hecho que Tara se sintiera tan viva. Ni siquiera en los buenos tiempos.

Gabby también estaba disfrutando de su relación. Tara era distinta de la mayoría de la gente con la que había salido antes. Era más madura, y tenía un enfoque y una perspectiva algo distintos ante las cosas porque tenía esa experiencia añadida a la espalda, pero no era solo eso. Había una faceta suya que sorprendía a Gabby, una faceta dulce que nunca se había imaginado que llegaría a ver cuando se conocieron.

Sus amigas sospechaban un poco que algo pasaba con ella, pero ninguna se atrevía a preguntar. Para alguien tan abierta y afable,

Gabby era reservada en lo tocante a su vida amorosa, y todas sabían que era mejor esperar a que lo contara cuando a ella le pareciera.

Amber fue la primera en notar que algo pasaba. Gabby llevaba viéndose con Tara en secreto casi un mes pero, esa noche, salía al bar con el grupo habitual de colegas de copas. Como siempre, Amber y Gabby iban andando juntas, siguiendo su ruta de costumbre.

Parecía que Gabby tenía algo en la cabeza, pero Amber no estaba segura de si debía insistir en el tema. Siempre era difícil, con Gabby, averiguar si quería hablar de lo que le rondaba la mente. A veces se moría de ganas de quitarse de encima lo que fuera. A veces le soltaba un exabrupto a cualquiera que osara preguntarle si estaba bien.

—¿No te vas a fumar un cigarro?

La pregunta detuvo a Gabby en seco.

—¿Un cigarro? —repitió—. ¿Por qué?

—Porque siempre te fumas al menos un par antes de reunirnos con todo el mundo. —Amber la miró con curiosidad.

—Estoy intentando dejarlo.

—¿En serio? ¿Por qué? O sea, me parece estupendo, pero ¿a qué viene el cambio repentino de opinión?

Gabby sonrió para sí. Había una razón y, para ella, era importante, pero de momento no quería compartirla.

—Llevas años dándome la lata para que lo deje y ¿ahora que lo hago, me haces preguntas? ¿Por qué no puede ser sin más por mi salud?

Amber entornó un poco los ojos.

—Pareces estresada. —Hubo una larga pausa mientras observaba a Gabby con atención—. ¿Qué tal el trabajo?

—Ha ido bien. ¿Y a ti?

Era una de las ventajas de tener amigas que eran médicas; todas cargaban con el mismo dolor y el mismo pesar. Todas conocían las mismas dificultades cuando se trataba de pacientes que morían, así que había una especie de camaradería tácita cuando las cosas se ponían demasiado duras.

—Duro —dijo Amber en voz baja, metiéndose las manos en los bolsillos de los vaqueros—. Más duro de lo normal.

—Podemos hablarlo si quieres. —sugirió Gabby. Amber se lo pensó un momento antes de negar con la cabeza. Su amiga no se quejaba, no se había fumado un cigarro, ¿y el trabajo había ido bien? Desde luego algo raro pasaba.

—En otro momento. Esta noche vamos a emborracharnos y a jugar al billar sin más. —Amber lo dejó estar. Sabía que Gabby hablaría de su buen humor cuando estuviera bien lista.

Gabby le echó un brazo por encima del hombro a su amiga, atrayéndola para un abrazo de medio lado mientras echaban a andar juntas calle abajo.

—Billar y cerveza me parece bien.

Después de todo lo que Tara había pasado tras el divorcio, recelaba de que nadie supiera demasiado sobre ella. Había algo profundamente aterrador en ser el centro de atención y en que los cotilleos de la oficina giraran en torno a ella. Le preocupaba que aquello volviera a pasar, y esa era una de las razones por las que estaba más que dispuesta a mantener en secreto su relación con Gabby.

Pensaba que estaban siendo discretas. Pensaba que no había forma posible de que nadie hubiera podido averiguar lo que estaba pasando entre ellas, hasta que oyó por casualidad una conversación en la sala de descanso.

Su turno había terminado, y estaba recogiendo lo último de sus cosas antes de irse a pasar la noche al apartamento de Gabby. Habían hecho planes discretamente un rato antes en su despacho: iban a pedir comida a domicilio, poner una película malísima y disfrutar de una botella de vino. Era relajante, era tranquilo y, tras una semana ajetreada en el trabajo, era lo que las dos necesitaban.

Pasaba junto a la sala de descanso cuando le pareció oír su nombre por una rendija de la puerta y, como es natural, no pudo

evitar detenerse a escuchar.

Dos enfermeras del servicio charlaban en voz baja, riéndose entre ellas.

—Yo solo me alegro de que ya no se peleen —dijo la primera.

—Pero es raro, ¿no? No dejaban de soltarse exabruptos por la menor tontería, y ahora no hay nada. Ni peleas, ni comentarios sarcásticos. Nada.

—Oye, a lo mejor se están acostando —bromeó la primera voz. Tara oyó unas risas contenidas, algo que sonó a una broma sobre que Gabby «la había convertido» y, entonces, decidió apartarse deprisa.

Era una broma, se dijo con firmeza. Nada más. La gente decía tonterías cuando estaba de cachondeo, y no había forma de que hubieran averiguado de verdad lo que pasaba. Seguro que no había forma.

Se lo siguió repitiendo mientras conducía hacia casa de Gabby, una y otra vez. Habían tenido tanto cuidado que no había forma de que nadie pudiera saberlo, a menos que alguien la hubiera visto llegar al apartamento de Gabby por casualidad. Era solo una broma, nada más.

Eso no acalló la vocecita insistente del fondo de su cabeza. No acalló la angustia de que la historia se estuviera repitiendo, y de que una vez más su vida personal estuviera a punto de convertirse en la comidilla del hospital.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Para cuando Tara llegó al apartamento de Gabby, aquella vocecita insistente de preocupación seguía ahí, y debió de notársele en la cara. Casi en cuanto cruzó la puerta, Gabby ya le estaba preguntando si todo iba bien.

Gabby cogió el vino mientras Tara se desplomaba en el sofá con un suspiro, repasando todo lo que habían hecho aquel día. Intentaba pensar si podría haber habido algo, lo que fuera, que hubiera delatado lo que pasaba entre ellas.

Cuando Gabby volvió con el vino, se unió a Tara en el sofá, acurrucándose contra su costado.

—¿Qué pasa? Pareces estresada.

—Creo que tenemos que tener más cuidado —dijo Tara en voz baja, bajando la vista hacia sus manos—. La gente del trabajo empieza a notar que hay algo distinto entre nosotras.

—Es que hay algo distinto. —señaló Gabby, dándole un empujoncito en el hombro con una sonrisa. No arrancó nada ni remotamente parecido a una sonrisa—. ¿Qué pasa?

—La gente está cotilleando sobre nosotras —recalcó Tara, removiéndose incómoda en los cojines del sofá—. Las he oído en la sala de descanso.

—La gente cotilleará sobre cualquier cosa si le das tiempo libre suficiente. —Gabby lo quitó importancia como si no fuera nada pero,

cuando Tara no pareció tranquilizarse, frunció el ceño—. Pero no te gusta, ¿verdad?

Tara no dijo nada, pero la incomodidad en su cara era evidente.

—¿Por qué? —preguntó Gabby tras un silencio incómodamente largo.

Tara luchó por encontrar las palabras y se descubrió removiéndose incómoda.

—No me gusta que la gente cotillee sobre mí —explicó—. Tuve de eso para toda una vida cuando pasé por el divorcio.

—¿Y entonces por qué no se lo decimos sin más?

—¿Decírselo? —repitió Tara.

Gabby se encogió de hombros como si no fuera nada.

—Sí, claro. ¿Por qué no? O sea, cortará los rumores, como poco.

—No podemos… decírselo sin más.

Hubo un instante de silencio que pareció alargarse una eternidad mientras Gabby la miraba, intentando averiguar qué pasaba exactamente.

—¿Por qué no?

—Gabby, no lo entiendes —dijo Tara despacio, negando con la cabeza—. Para mí no es tan fácil.

—¿Por qué? —exigió—. ¿Por qué no puede saber la gente lo nuestro?

—Sabes cómo queda. ¡Tengo una reputación que mantener en el hospital!

Durante unos momentos, Gabby se quedó callada, mirando a Tara con una expresión a medio camino entre el horror y la traición.

—Así que de eso va esto.

Tara intentó rectificar deprisa.

—Ha sonado mal, Gabby…

—Tu reputación está en juego —dijo Gabby despacio, como si acabara de resolver la respuesta a un enigma que había estado repasando una y otra vez en la cabeza—. Así que no quieres que la gente lo sepa.

—Soy tu jefa, Gabby —recalcó Tara, intentando alcanzarle la mano con desesperación. Gabby la apartó de golpe como si se hubiera escaldado, y la mano de Tara cayó sobre los cojines del sofá

—. Por favor, solo escúchame. Si la gente se entera de que estoy saliendo con una médica residente de mi servicio, entonces…

—Entonces ¿qué? —Gabby se puso de pie, cogiendo sus copas de vino y llevándolas al fregadero, donde las vació por el desagüe sin ceremonias—. No va contra la normativa. Ya lo comprobé. Lo único que tenemos que hacer es rellenar un formulario en recursos humanos y seguir un par de reglas estúpidas, y ya está. Podemos decírselo a los demás, lo que pasa es que tú no quieres.

—Gabby, por favor —suplicó Tara, poniéndose de pie deprisa y cruzando hacia la cocina. Gabby seguía de cara al fregadero, de espaldas a Tara, pero esta podía verle la expresión en el reflejo de la ventana. No sabía decir si la joven parecía más dolida o más enfadada, pero era una de las dos.

—¿Cómo es que Bob y Melanie pueden hacer alarde de su relación? —dijo Gabby—. ¿Cómo es que ellos pueden ir de cara y nosotras no?

—Es distinto, y lo sabes —dijo Tara con suavidad—. Por favor, no me hagas…

—¿No te haga qué? —Gabby se giró en el sitio tan deprisa que hizo que Tara diera un paso atrás, sorprendida. Ardientes lágrimas de rabia le quemaban en los ojos mientras miraba a Tara con desafío, como retándola a poner otra excusa—. ¿Que no te haga arruinar tu reputación contándole a la gente lo nuestro? ¿Cuánto tiempo pensabas tenerme como un secretito sucio, eh?

Tara quería explicar cómo se sentía. Quería explicar que tenía miedo; tenía miedo de salir del armario, de revelar que estaba saliendo con un miembro de su propio equipo. Tenía miedo de tantas cosas, pero eso no significaba que Gabby no le importara.

Quería decir todo eso pero, de algún modo, las palabras se le murieron en la lengua, y no salió nada. En lugar de eso, se limitó a mirar a la joven con desesperanza, sin ofrecer nada en respuesta.

—Nunca antes había tenido que esconder quién soy —dijo Gabby en voz baja, con la voz temblándole un poco al hablar—. Nunca. Ni siquiera cuando era adolescente. Nadie me hizo sentir tampoco que debiera esconderme. Hasta ahora.

—No es eso lo que intento hacer —consiguió susurrar Tara, encontrando por fin la voz—. Te lo prometo, no me avergüenzo de nada.

Dio un pequeño paso hacia Gabby, tendiéndole las manos para alcanzarla pero, antes de poder llegar, la cortaron.

—No —dijo Gabby con voz ronca, negando con la cabeza con sequedad—. Vete sin más. Por favor.

El pánico atravesó a Tara ante la idea de salir del apartamento así. No quería irse sin explicarse; no quería que Gabby estuviera enfadada con ella. Ojalá no hubiera abierto siquiera la boca para sacar lo de los rumores, pero ahora sabía que no había forma de deshacer el daño que ya había causado.

—¿No podemos hablarlo? —suplicó.

Ignorándola, Gabby la rodeó y se dirigió a la puerta, abriéndola y apartándose. Era una invitación silenciosa; no, una orden silenciosa, a marcharse.

—Deberías tener cuidado —dijo con frialdad, apartando la mirada, como evitando deliberadamente la de Tara—. No querrás que nadie te vea salir, podrían hablar.

Y con eso, Tara supo que lo había arruinado todo. Sabía que no había forma de volver atrás y actuar como si no hubiera pasado nada, así que, en lugar de pelear, sencillamente se rindió.

—Lo siento —fue todo lo que consiguió decir al pasar junto a Gabby de camino a la salida del apartamento. No fue del todo sorprendente que la puerta se cerrara tras ella sin ningún tipo de respuesta, pero aun así le dolió cuando oyó el clic del cerrojo a su espalda.

En cuestión de minutos, todo había desaparecido.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Las siguientes semanas fueron más horribles de lo que Tara podría haber imaginado. Sabía, al salir del apartamento de Gabby, que las cosas iban a ir mal, y pensaba que había conseguido prepararse para ello. Pero no había nada que hubiera podido hacer para prepararse para lo doloroso que sería la primera vez que Gabby pasó por su lado sin siquiera mirar en su dirección.

El primer día que trabajaron juntas tras la pelea fue, con mucho, el más difícil. Habían pasado tres días desde que Tara había salido del apartamento de Gabby, y había supuesto que, con ese tiempo, las cosas se habrían calmado lo suficiente como para que las dos hablaran. Cuando había ido en coche al trabajo aquel día, Tara había llegado con un plan en mente.

Había estado lista para explicarse ante Gabby. Había estado lista para suplicar una segunda oportunidad, para pedir solo un poco más de tiempo antes de hacerlo público. Había ensayado un discurso una y otra vez ante el espejo del baño antes del turno, dándose ánimos.

Nunca tuvo ocasión de usarlo.

Aquel primer turno que trabajaron juntas, Gabby pasó junto a Tara por los pasillos del hospital como si fueran completas desconocidas, moviéndose tan deprisa que Tara ni siquiera tuvo ocasión de apartarla a un lado y pedirle una conversación en privado. Cuando trabajaban juntas en el servicio, en general estaba demasiado ocupada como para captar la atención de Gabby pero,

incluso cuando podía, no servía de nada. Si la conversación no era sobre el trabajo, Gabby simplemente se marchaba.

Sabía que los demás médicos del servicio también lo estaban notando. Cuando Gabby había llegado al hospital, su relación había sido un poco accidentada pero, dado que las cosas entre ellas habían mejorado tantísimo, el cambio repentino resultaba chocante. Gabby rara vez era fría con nadie, ni siquiera con el médico machista de radiología que había admitido abiertamente detestar. En general, conseguía llevarse bastante bien con todo el mundo.

Pero, de repente, eso parecía haber cambiado en lo tocante a Tara. Nadie sabía la razón, pero todos habían visto el cambio en su relación. Incluso cuando Gabby acababa de empezar en el hospital, ninguna de las dos se había evitado activamente, pero ahora parecía que intentaban deliberadamente no cruzarse. Cada interacción que tenían estaba plagada de una incomodidad que hacía que todos a su alrededor se sintieran incómodos y, lo que lo empeoraba, era que ninguna de las dos estaba dispuesta a admitir que estuviera pasando.

Tara sabía que Gabby acudiría a sus amigas en busca de apoyo, convocándolas en su sitio de siempre del bar para tomar algo. Quizá les contara lo que había pasado, quizá no, pero podía perderse unas horas, bebiendo, bailando y jugando al billar.

Tara no tenía esa opción. No tenía el lujo de distraerse con otros, y el sonido de la televisión de su cuarto solo podía bloquear una cantidad limitada de sus pensamientos.

Al menos en el trabajo estaba demasiado ocupada como para pensar en lo que había pasado. El ritmo del trabajo le mantenía la mente ocupada, y solo sentía la dolorosa punzada del recordatorio cuando las dos se cruzaban por casualidad. Por lo demás, estar en el trabajo era más fácil en muchos sentidos que estar en casa.

La casa estaba demasiado vacía, y silenciosa de un modo que no había notado antes. No había nada que ahogara sus pensamientos, nada que le impidiera repetir la discusión una y otra vez en la cabeza hasta que se sentía mal.

Lo único que quería hacer era volver a aquella noche e impedirse siquiera mencionar los cotilleos. Quería ver a Gabby servirles vino,

poner una película mala y luego simplemente acurrucarse contra su costado hasta que las dos se durmieran. Eso era lo que debería haber hecho.

No tenía nada más con lo que llenar el tiempo, así que Tara empezó a hacer turnos extra en el hospital. Empezó a echar una mano como voluntaria en otros servicios, ofreciéndose donde hiciera falta y, con tanta falta de personal que tenían todos, nadie se lo cuestionó. Agradecían la ayuda, y ella agradecía la distracción.

Resultó ser lo mejor para ella. Mientras trabajaba, estaba demasiado enfrascada en la tarea que tenía entre manos como para siquiera pensar en Gabby, en la discusión, o en lo culpable que se sentía. Cuando terminaba, normalmente no tenía ganas de volver a aquella casa grande y vacía, así que simplemente se acurrucaba en su despacho y, la mayoría de los días, estaba demasiado cansada del trabajo como para quedarse despierta preocupándose, así que caía redonda plácidamente.

Fue durante uno de aquellos turnos extra cuando conoció a Thomas. Pese a tener solo unos cincuenta y pocos años, era un paciente que había pasado más tiempo dentro del hospital que fuera en los últimos meses. Estaba en las últimas fases del sida, y todos sabían que lo máximo que podían hacer por él era procurar que estuviera cómodo.

Tara no solía llegar a conocer muy bien a los pacientes. Uno de los inconvenientes de trabajar en urgencias era que los pacientes entraban y salían en un flujo constante, y sus nombres y sus caras acababan difuminándose los unos con los otros. No tenía sentido establecer ninguna relación seria con ninguno de ellos, porque lo más probable era que no volvieran a verse.

Sin embargo, en aquellos turnos extra, Tara se descubría haciendo la ronda y encontrándose con los mismos pacientes una y otra vez. Aprendía nombres y caras, oía pequeños fragmentos de historias mientras tomaba la tensión y comprobaba los niveles de medicación. Por supuesto, los pacientes de cuidados intensivos no eran grandes conversadores pero, por lo demás, la mayoría de ellos la recordaban.

Resultaba un cambio agradable, ver a los pacientes más de una vez. Había algo reconfortante en entrar en una habitación y que la recibiera una cara amable, aunque supiera que cualquier relación que estableciera era completamente temporal. Los pacientes o mejoraban y les daban el alta, o empeoraban y morían.

Thomas entraba en la segunda categoría. Cuando Tara lo conoció, solo le quedaban unas semanas de vida y, a pesar de que entablar cualquier tipo de amistad con él era inútil, Tara no pudo evitar encariñarse con él.

Había algo en él que todos adoraban. Aunque se iba debilitando con cada día que pasaba en el hospital, todavía quedaba un destello del hombre que había sido. A través del dolor, la medicación y la enfermedad, aún conservaba algo de aquel humor mordaz y seco que al parecer venía de años viviendo en Nueva York.

Se suponía que no debían tener pacientes favoritos, ni siquiera en privado. Había muchas razones éticas para ello, pero la regla tácita era que siempre resultaba más difícil sobrellevar la muerte de un paciente terminal si te acercabas demasiado a él en sus últimas semanas.

Tara lo sabía. Sin embargo, le daba igual. Sus visitas a Thomas eran una parte sorprendentemente luminosa de un día por lo demás vacío. Aunque se hacía difícil verlo a medida que se debilitaba, Tara disfrutaba de sentarse con él y hablar al final de un turno. Era agradable tener algo de compañía que no fuera otro médico de su servicio.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Era un jueves por la tarde, cerca del final del turno extra que estaba haciendo en la planta, cuando Tara entró en la habitación de Thomas. Lo había estado evitando todo el día porque sabía que no le quedaba mucho. La enfermera de guardia había dicho que no creían que pasara de esa noche.

Aparte del propio Thomas, la habitación estaba vacía, igual que siempre. En las últimas semanas, Tara no había visto entrar en su habitación ni una sola visita, y parecía que las únicas personas que le hablaban eran el personal médico.

Al oír abrirse la puerta, la frágil figura de la cama se movió, girándose para mirarla. Cerró la puerta tras de sí en silencio y se acercó a la cama con una pequeña sonrisa.

—Buenas tardes, Thomas.

—Buenas tardes, doctora. —Consiguió esbozarle una débil sonrisa—. Las enfermeras me han dicho que me estoy muriendo.

—Les pagan un extra por decirte eso —bromeó, echando un vistazo a la habitación. Aparte del montón de libros de la mesilla, no había pertenencias que hubiera traído consigo. De algún modo, eso conseguía que la habitación pareciera aún más fría y clínica de lo normal.

—Ah, eso lo explica. —Thomas soltó una risita—. Bueno, si quieres confesar un asesinato, hoy es el día para hacerlo.

—Sabes que no puedo hacer eso —dijo Tara, acercándose a comprobar los niveles de morfina de su gotero—. ¿Y si no te mueres y luego vas y se lo cuentas a la poli?

—O podría llevar un micro encima —coincidió con un solemne asentimiento—. Más seguro no confesar.

—Ojalá fueras cura. —Tara se acercó a los pies de la cama a comprobar su hoja de medicación. Era más por costumbre que otra cosa, y era una buena forma de mantenerse ocupada—. Entonces podría contártelo todo, y sabría que no podrías decírselo a nadie.

—No sé yo si la Iglesia católica me contrataría. —Thomas tosió, antes de indicarle que se acercara con una mano temblorosa—. Deja ya de trastear con eso, ¿quieres?

—Sabes que tengo que comprobar tu medicación.

—¿O qué? ¿Me voy a morir?

Antes de que Tara pudiera responderle, un golpe en la puerta interrumpió su conversación. Cuando Tara se giró, se sorprendió de ver a Gabby al otro lado del cristal. Era la primera vez que Gabby la buscaba desde la pelea, y verla de pie al otro lado del cristal le aceleró el pulso a Tara.

Gabby abrió la puerta de un empujón, agitando una carpeta de cartón en el aire.

—Tengo algo para ti.

La frialdad de su voz casi hizo que Tara retrocediera. Era tan impropio de Gabby que resultaba chocante de oír pero, aun así, Tara se puso de pie. Se disculpó y se reunió con la joven médica en el umbral.

—Hola.

Gabby le plantó la carpeta de cartón en las manos a Tara sin siquiera un hola. Igual que la noche de la discusión, cuando había clavado la mirada en algún punto a lo lejos en lugar de mirar a Tara, hoy miraba fijamente la carpeta. Tara la abrió para ver qué llevaba dentro y vio una larga lista de nombres y firmas de médicos, todos de distintos servicios del hospital.

—¿Qué es esto? —preguntó, confundida.

—Todos los médicos que se oponen a los recortes de presupuesto del programa comunitario. Algunos de esa lista no podrán ir a la

huelga si se llega a eso, pero hay suficientes en la lista como para causarle problemas a la administración.

Con todo lo que había pasado en las últimas semanas, Tara casi se había olvidado del asunto de resolver el presupuesto del programa comunitario. Era algo que había apartado al fondo de su mente y, por suerte, nadie le había preguntado por ello.

Tara pasó las páginas de la lista con silencioso asombro, impactada por lo que Gabby había conseguido lograr. ¿Había recorrido cada servicio a la caza de aquellas firmas? Si había defendido su causa así, ¿significaba eso que había algo aquí que salvar? ¿Significaba eso que quedaba alguna parte de su relación?

—Gracias, Gabby —dijo en voz baja—. Muchísimas gracias, ni me imagino el trabajo que ha sido esto.

Mientras hablaba, alargó la mano para tocarle el hombro a Gabby, pero la joven la apartó de golpe, como si temiera quemarse si dejaba que Tara se acercara demasiado. Por fin, le sostuvo la mirada a la mujer.

Era como si estuviera mirando a una desconocida.

No había nada de aquella calidez ni de aquella compasión que Tara había visto en sus ojos, la que la había hecho sentir tan segura y querida. Ni siquiera había nada de la rabia o la frustración que había vislumbrado en las últimas semanas. Solo había… nada.

De algún modo, aquello era más doloroso que tener a Gabby odiándola. Casi habría preferido la rabia, porque al menos así sabría que a Gabby le importaba lo suficiente como para estar enfadada. Ahora solo había este vacío en blanco donde habían estado cualesquiera otras emociones, y eso era mucho peor.

—No lo hice por ti —dijo finalmente. A Tara la desconcertó su tono; sonaba como si estuviera leyendo las constantes de un paciente para el historial, más que diciendo algo que sentaba como un cuchillo en las tripas.

Con eso, giró sobre sus talones y se alejó por el pasillo, dejando a Tara aferrada con fuerza a la carpeta. Durante unos momentos, se olvidó por completo de Thomas en la habitación, que esperaba a que volviera. Fue su débil tos lo que la devolvió a la realidad, y retomó de golpe su trabajo.

—Es guapa —comentó Thomas mientras Tara cerraba la puerta y volvía junto a su cama. Tara le dedicó una sonrisa de labios apretados, pero no dijo nada mientras dejaba la carpeta y, cuando se giró de nuevo, vio una mirada cómplice en sus ojos.

—Es muy guapa —repitió—. Y está muy enfadada contigo.

Tara sintió el mordisco de la humillación recorrerle el cuerpo ante sus palabras. Estupendo, el odio de Gabby hacia ella ahora era tan palpable que hasta el moribundo lo notaba desde el otro lado de la habitación. Aun así, no le respondió.

—Voy a subirte la morfina, Thomas.

—¿Para hacerme callar? —bromeó débilmente.

—Para hacer que las próximas horas sean un poco más llevaderas —lo corrigió Tara con una sonrisa suave. Thomas se recostó de nuevo contra la cama con un suspiro grave mientras ella ajustaba la medicación de morfina a la dosis máxima.

—He visto antes esa mirada. La que te ha lanzado —dijo Thomas en voz baja, con los ojos clavados en el techo—. Sé lo que significa.

—Es que está estresada. Ha sido una semana larga —mintió Tara, garabateando la dosis ajustada en su hoja para evitar mirarlo. La mentira era una que ahora le salía por instinto. La había dicho tantas veces a los demás médicos del servicio que casi sonaba a verdad, incluso para ella. Pero estaba claro que Thomas era un poco más perspicaz que los demás.

—¿Por eso se esfuerza tanto en parecer que no está enfadada contigo? —preguntó. Desde donde estaba, a los pies de la cama, Tara alzó la vista hacia él, solo para encontrárselo ya mirándola.

—He visto antes esa mirada —repitió, con voz suave—. Sé lo que significa.

A Tara le temblaron un poco las manos mientras volvía a colgar su hoja a los pies de la cama. Se había esforzado tantísimo en las últimas semanas por actuar como si no pasara nada y, en su mayor parte, sentía que lo había conseguido. Pero, por alguna razón, con Thomas ni siquiera parecía tener sentido fingir.

—¿Puedo contártelo? —preguntó él. Tara no tenía adónde ir, así que asintió y acercó la silla que había junto a su cama.

Thomas se aclaró la garganta, deteniéndose un momento a estabilizar la respiración antes de continuar.

—Tenía diecinueve años cuando conocí al primer hombre del que me enamoré, un poco después de mudarme a Nueva York. Se llamaba Jack, y era… perfecto. Yo era este chaval tímido de Misisipi, y él era este punk lenguaraz con chaqueta de cuero.

Hubo una pausa en la historia mientras Thomas tosía, luchando por respirar. Mientras le servía un vaso de agua y lo ayudaba a bebérselo, Tara se preguntó si su lecho de muerte era de verdad el momento para que se pusiera a contar historias. Terminó el vaso y se aclaró la garganta para continuar, así que supuso que no tendría sentido intentar detenerlo.

—Lo quería, y sabía que él también me quería —continuó Thomas con un suspiro pesado—. Pero por aquel entonces yo era un desastre aterrorizado. Era joven, y me había criado en el sur profundo, donde oías esas historias de terror de hombres gais a los que apalizaban en la calle cuando los pillaban… No sé, supongo que quizá todavía cargaba con eso cuando lo conocí. Aunque lo quería, sencillamente no podía… hacerlo. No lograba armarme de valor para dar ese paso con él y, al final, lo aparté de mí. —Thomas sonrió con tristeza, sosteniéndole la mirada a Tara—. Tiene gracia. No había pensado en él en años, hasta que enfermé, y ahora no dejo de repetirlo una y otra vez en la cabeza. Es mi único gran arrepentimiento, haberlo apartado así. Solo porque tenía miedo.

Un silencio muy elocuente pendió en el aire entre ellos unos momentos antes de que volviera a hablar.

—La vida es corta. Ahora lo sé. Supongo que una parte de mí siempre pensó que habría tiempo para arreglar mis errores con gente como Jack. Resulta que me equivocaba.

—¿Todavía te arrepientes de eso, incluso ahora? —preguntó Tara.

Thomas asintió despacio.

—¿Puedo darte un consejo gratis, doctora?

—Por supuesto.

—No sé qué pasa entre tú y esa médica guapa. Pero sí sé que sigo arrepintiéndome de haber dejado marchar a Jack treinta años

después, y eso no es algo que le desearía a nadie. Si hay algo en esta vida que quieres, deberías ir a por ello mientras puedas.

Tara sentía la sangre agolpársele en los oídos ante sus palabras. La miraba como si lo supiera todo, solo de haber visto una conversación de dos minutos. La miraba como si de verdad lo entendiera.

—Gracias. —Consiguió esbozarle una sonrisa temblorosa—. Gracias, Thomas.

—No me des las gracias. —Intentó reírse, pero le salió más bien un resuello—. Solo ve y hazlo. Ve a hablar con ella.

Por mucho que quisiera salir corriendo de aquella habitación, Tara negó con la cabeza. En lugar de levantarse y seguir a Gabby de vuelta a urgencias, alargó la mano y cogió la de Thomas, dándole un apretón.

—Luego —dijo—. No deberías estar solo esta noche.

—¿Prefieres quedarte aquí con un moribundo antes que hablar con ella? —Soltó otra media risa—. Cobarde.

—Insúltame todo lo que quieras, que me quedo igual.

Compartieron una sonrisa y, tras un momento de reflexión, Tara habló.

—¿Puedo contarte lo de Gabby?

—Ah, ¿la médica guapa tiene nombre? —Thomas asintió—. Venga, cuenta.

Tara le pagó su historia contándole todo. Empezó justo por el principio, contándole todos los detalles crudos y espantosos de la aventura y el divorcio. Le habló de la primera vez que había conocido a Gabby, de cómo al principio había pensado que la joven médica era una especie de rebelde temeraria.

Se lo contó todo, y él escuchó con atención, interviniendo de vez en cuando con una observación o una palabra de sabiduría para ella. Al final, cuando terminó la historia y ninguno de los dos tenía nada más que decir, cayeron los dos en un silencio agradable. Bastaba con quedarse ahí sentada, agarrada a su mano.

Thomas falleció de madrugada.

Era triste ver morir a un hombre que había llegado tan lejos en su vida sin nadie más que una casi desconocida como consuelo. Sin

embargo, Tara hizo todo lo posible; le subió la morfina para controlar el dolor y le cogió la mano, para que no se sintiera del todo tan solo. Aun así, sabía que no era lo mismo que tener familia o amigos.

O a Jack.

Se preguntó si habría alguna forma de que Jack llegara a enterarse alguna vez de lo que le había pasado a Thomas. Si se enteraba en algún momento, ¿qué pensaría? ¿Lloraría la pérdida de alguien al que una vez amó? ¿Se arrepentiría, aunque fuera un poco, de lo que podría haber pasado entre los dos? ¿O ya habría pasado página del todo? ¿No sería Thomas más que un fantasma en su memoria?

No fue hasta que hubo declarado la hora de la muerte y bajado al coche cuando Tara empezó a pensar de nuevo en sus palabras.

La vida es corta. Ahora lo sé.

Thomas era solo unos años mayor que ella, aunque la enfermedad le hubiera devastado el cuerpo. ¿Terminaría su vida como la de él, llena de arrepentimientos por lo que podría haber sido? ¿Quería estar repitiendo aquella pelea con Gabby una y otra vez en la cabeza en sus últimas horas?

No, decidió. Eso no era algo que quisiera que pasara. No era algo que pudiera permitir que pasara.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Cuando Tara salió del aparcamiento en coche, se detuvo en el cruce mientras esperaba a que el semáforo en rojo se pusiera verde. Aquí era donde normalmente giraba a la izquierda para subir hacia su barrio. Era una ruta que había tomado tantas veces que el movimiento hacia arriba del intermitente era instintivo. Pero, cuando el semáforo se puso verde, no giró a la izquierda. En lugar de bajar el intermitente, lo subió y giró a la derecha, alejándose de su barrio.

Esta no era una ruta que tomara a menudo. De hecho, no había nada para ella en esta dirección, salvo un apartamento. Ni siquiera sabía si Gabby estaría despierta. Era casi la una, así que lo más probable era que ya estuviera profundamente dormida para cuando Tara llegara, si es que siquiera estaba en casa. Aun así, condujo hacia el centro, hacia el barrio de Gabby, sin la menor idea de qué hacer una vez que llegara.

Si las luces estaban apagadas, simplemente daría media vuelta y se iría a casa. Eso era lo que se decía mientras conducía por las calles casi desiertas. Si las luces estaban apagadas, lo tomaría como una señal de que todo esto no era más que una idea estúpida, y se iría a casa.

Sin embargo, las luces no estaban apagadas.

Cuando aparcó delante del apartamento de Gabby y estiró el cuello para mirar hacia arriba, Tara se sorprendió al ver que la luz estaba encendida en el salón de Gabby. A pesar de lo tarde que era,

y de lo temprano que había empezado a trabajar, Gabby seguía despierta. ¿Era esto una señal de que debía subir?

Tara soltó un ruido a medio camino entre una risa y un gruñido. Siempre se había enorgullecido de ser una persona más bien racional hasta ese momento, y nunca se había tragado del todo la idea de que el universo pudiera mandarte señales. No era supersticiosa ni mucho menos, pero intentaba desesperadamente buscar algo, aunque fuera algo completamente ridículo, que validara su esperanza.

Quería subir ahí con tantísimas ganas. Quería ver a Gabby; quería decirle cuánto lamentaba su pelea, cuánto la echaba de menos. Pero, al mismo tiempo, había este nudo de angustia en el pecho que se le apretaba alrededor del corazón cuando pensaba en la frialdad del tono de Gabby antes.

—¿Es esto un error? —susurró Tara para sí, mirando hacia el apartamento como si de algún modo fuera a poder hacerle saber a Gabby por telepatía que estaba ahí y que lo sentía. Al cabo de unos minutos, cuando esa táctica no funcionó, Tara se resignó al hecho de que iba a tener que salir del coche y hablar de verdad.

No tenía ni idea de qué decir si Gabby siquiera le abría la puerta. No tenía ningún plan. Estaba allí sin más por un impulso que en realidad no lograba controlar. Así que, cuando llegó a la puerta principal y llamó, había una pequeña parte de ella que esperaba —solo un poco— que no se abriera. Al menos así no tendría que tragarse el orgullo y admitir que lo sentía.

Gabby estaba despierta. Se acercó a la puerta y la abrió despacio, y ese fue el momento en que Tara se dio cuenta de que de verdad, de verdad, no sabía qué decir. No había ningún gran discurso que hubiera conseguido preparar mientras subía. No había ninguna declaración de amor digna de una superproducción. Así que, en lugar de eso, simplemente se dejó llevar por el instinto.

—Lo siento —soltó de golpe antes de que Gabby siquiera tuviera ocasión de asimilar que estaba en su puerta—. Siento todo.

—Tara… —Gabby la miró con sorpresa, y Tara se dio cuenta de la pinta de loca que seguramente tenía. Había hecho un turno doble y luego se había quedado con Thomas en sus últimas horas. No quería

ni imaginarse el aspecto que tenía en ese momento. Pero eso no era importante. Lo único que importaba era disculparse—. No tengo ningún discurso —admitió—. Solo necesito que sepas cuánto lo siento. Necesito que sepas cuánto me arrepiento de lo que pasó.

Gabby la miró en silencio unos segundos, y Tara temió seriamente que fuera a darle con la puerta en las narices. No lo hizo. En lugar de eso, abrió la puerta un poco más.

—Deberías entrar. Hace frío. —No era exactamente la invitación más entusiasta que Tara había oído nunca, pero era mejor que nada. Se apresuró a entrar antes de que Gabby pudiera cambiar de opinión, intentando ignorar el recuerdo insistente de lo que había pasado la última vez que había estado en el apartamento.

—Venga, adelante —dijo Gabby en voz baja, cerrando la puerta tras Tara—. Di lo que has venido a decir.

Había tantísimo que Tara quería decir que ni siquiera estaba segura de por dónde empezar. No sabía cómo condensar lo horribles que habían sido las últimas semanas en unas pocas frases, así que, en lugar de eso, simplemente se dejó llevar por el instinto.

—Te echo de menos —susurró—. Te echo tantísimo de menos que duele, y daría lo que fuera por volver a aquella noche y hacer que nunca nos peleáramos.

A Gabby le costó unos segundos poner en orden sus pensamientos antes de hablar, escogiendo las palabras con cuidado.

—Me hiciste daño. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé.

—Sé que somos distintas. No soy tonta. Sé que venimos de mundos totalmente distintos, y sé que esto —hizo un gesto abarcando el apartamento— no es gran cosa comparado con lo que tú estás acostumbrada. No sé si era esto lo que te avergonzaba, o que no querías que la gente supiera que estabas saliendo con una mujer, pero, en cualquier caso… me hiciste daño. Me hiciste sentir como si fuera algo de lo que avergonzarse. Como si no fuera lo bastante buena.

Tara agachó la cabeza, soltando un suspiro tembloroso.

—Sé que lo hice, y lo siento muchísimo, muchísimo. No sé cómo puedo compensártelo. Ni siquiera sé si quieres que lo intente. Solo

sé que, si hay aunque sea una posibilidad, aunque sea la más mínima posibilidad de que podamos salvar lo que teníamos, entonces sé que no quiero dejar que se me escape. No quiero estar arrepintiéndome de aquella pelea cuando me esté muriendo. No quiero sentir que había más que podría haber hecho.

Gabby se quedó callada unos momentos tras su confesión y, al principio, Tara pensó que estaba a punto de que la echaran de nuevo. Pero entonces vio la comisura de su boca curvarse, apenas un poco.

—Sin arrepentimientos, ¿eh? —dijo en voz baja.

—Sin arrepentimientos —repitió Tara—. Fue una estupidez por mi parte preocuparme tanto por lo que pensaran los demás. Nunca me… nunca me avergoncé de ti. O sea, ahora mismo vuelvo al hospital y le digo…

—No, ni hablar —dijo Gabby en voz baja, con la sonrisa ensanchándosele un poco mientras negaba con la cabeza—. No tienes que decírselo a nadie.

Gabby sonreía. Esto era buena señal. Era la primera vez en semanas que Tara veía aquella sonrisa, y la había echado tantísimo de menos que le sentó como un cálido abrazo de una vieja amiga. Desde luego era una mejora respecto a las miradas que había visto en las últimas semanas.

—Quiero volver a intentarlo —dijo Tara finalmente, dando un pequeño paso adelante. Cuando Gabby no se apartó de ella, dio otro paso, y luego otro, y luego uno más, hasta que quedaron cara a cara —. Si me dejas.

—¿Y si digo que no después de tu gran discurso dramático? —la picó Gabby, sonriendo ahora abiertamente—. ¿Qué vas a hacer, buscar a otra lesbiana calle abajo a la que confesarte?

—No se me ocurre nadie más que merezca un discurso así. — Tara sonrió, alargando la mano para ahuecarla contra su mejilla—. Ha estado muy bien, para qué nos vamos a engañar.

—En eso creo que tendré que darte la razón. —Gabby se inclinó hacia delante, apretando los labios con suavidad contra los de Tara. Tara se hundió en el beso de inmediato, notándose derretir contra

Gabby como si estuviera hecha para estar ahí con ella y, cuando notó a Gabby sonreír contra sus labios, se apartó un poco.

—Se acabó esconderse.

—No tenemos por qué decírselo a nadie hasta que estés lista —le aseguró Gabby, alzando una mano para deslizarle los dedos por el pelo a Tara—. No pasa nada.

Tara negó con la cabeza, envalentonada por un recién descubierto sentido del valor.

—No. Lo digo en serio. Ya no quiero esconderme. Mañana vamos a recursos humanos y rellenamos uno de esos formularios.

—¿Y luego puedo poner banderas del orgullo por todas las urgencias? —sugirió Gabby con una risa. Tara le rodeó la cintura con los brazos, sonriendo de oreja a oreja mientras se inclinaba hacia su abrazo. Sentaba tan bien poder volver a abrazarla sin más.

—Quizá no. Pero ¿podríamos conseguir una pequeñita para mi escritorio?

—Creo que eso sí puedo apañarlo —le aseguró Gabby, con la voz amortiguada contra el pecho de Tara mientras se agarraban con fuerza la una a la otra.

La idea de contárselo a la gente del servicio todavía aterrorizaba un poco a Tara, pero nunca le negaría a nadie lo que tenían. Nunca negaría lo importante que era Gabby para ella. Mientras entrara ahí agarrada a la mano de Gabby, todo iba a ir bien.

Ahora lo sabía.

EPÍLOGO

—¡Bueno, cuéntame exactamente qué dijo y no te dejes ni un detalle! —Gabby estaba sentada con las piernas dobladas debajo del cuerpo, casi dando botes en el sofá de la emoción, esperando oír lo de la reunión de Tara con Bob.

—Nada. Bueno, durante el primer minuto más o menos, no dijo nada. Se limitó a quedarse ahí sentado y mirarme. —Tara todavía no se creía la reacción de Bob, ni siquiera ahora, habiendo tenido tiempo de asimilarlo todo—. Le expliqué que había registrado todo el papeleo en recursos humanos y que se lo iríamos comunicando a nuestros compañeros en los próximos días, no un anuncio oficial, sino cuando y como lo consideráramos oportuno, y él se quedó completamente pasmado.

En su momento, Tara no había estado segura de si era la idea de ella con una mujer, o con alguien tanto más joven que ella, o el hecho de que alguien pudiera quererla siquiera, lo que más impactó a Bob.

—Entonces Melanie entró en el despacho, más fresca que una lechuga, sin siquiera llamar. —Tara puso los ojos en blanco y negó con la cabeza mientras relataba lo que ahora parecía una especie de obra de teatro elaborada—. Por lo que pude deducir, acababa de recibir una actualización de recursos humanos y la habían puesto al día. Te juro, Gabby, que tenía un brillo de puro deleite en los ojos y no pudo evitar plantarse justo en medio de todo.

—¡Ay, Dios! ¿No me puedo creer que entrara sin más?

—¿A que sí? Pensé que iba a tener que decir algo, porque, se mirara como se mirara, la conversación era estrictamente confidencial y ella no pintaba nada ahí. Pero no tuve que decir ni una palabra. —Tara estaba de pie frente a Gabby, que estaba ahora sentada en el borde del sofá, incapaz de contener sus ganas, desesperada por saber qué venía a continuación. Tara gesticulaba con animación mientras relataba los acontecimientos del día.

—Bob se limitó a decirle que se fuera.

—¡No me digas! —Las palabras de Gabby salieron como un chillido, tal era su euforia.

—Sí. Me pilló por sorpresa, pero tendrías que haber visto la cara que puso. No creo que le haya hablado así antes, y no le hizo ninguna gracia. —Tara tenía los ojos muy abiertos, cogiendo ritmo mientras relataba cada detalle—. Ella intentó protestar, diciendo que a ella también le concernía. Bueno, pues Bob se levantó de la silla, y pensé que iba a echarla del despacho. Yo me limité a quedarme sentada mirando. Era como ser público por una vez, viendo desarrollarse todo el drama, y no sentía que tuviera nada que ver conmigo de verdad. Era como si no pudieran tocarme. —No pudo evitar que la sonrisa se le apoderara de la cara pero, al mirar a Gabby, lo único que vio fue la divertida expectación de la joven.

—¿Y…?

—Y la echó, y yo estoy esperando a que me diga lo tremendamente poco profesional que he sido y que potencialmente estoy dañando la reputación del hospital, y demás, pero no lo hace. Me mira directamente a los ojos y me hace una sola pregunta. —Tara hizo una pausa para dar efecto, intentando no dejar que la risita creciente le estallara del pecho.

—¿Qué? ¿Qué te preguntó? —Una expresión de puro desconcierto le había recorrido la cara a Gabby—. Dímelo.

—Preguntó: «¿Te satisfacía cuando estábamos juntos? Sexualmente, digo». No me lo podía creer. De todas las cosas que podría haber dicho o pensado, lo único que le interesaba era su hombría. —La cara de Tara no podía ocultar su incredulidad ante toda la situación, mientras Gabby se deshacía en carcajadas.

Recomponiéndose, preguntó:

—¿Le respondiste?

—En lugar de responder, desvié la conversación y saqué la carpeta que me habías dado con todas las firmas de todos los que apoyaban el programa comunitario. Le expliqué con calma que, si quería seguir adelante con los recortes, tendría entre manos un bochorno mucho mayor que el de su libido. Se lo dejé bien claro y sin rodeos, tal como lo habíamos hablado, y él se limitó a quedarse ahí sentado con la boca abierta. —Tara se dejó caer al lado de Gabby en el sofá.

—Le dije que tenía cuarenta y ocho horas para considerar nuestra postura y que, si deseaba seguir adelante con los recortes, tendría entre manos una huelga. —Sonrió con suficiencia—. Nunca lo había visto tan perdido. Por un breve instante, hasta sentí pena por él mientras miraba todos los nombres. El hecho de que tuvieras a todos los jefes de servicio en esa lista, Gabby, era exactamente lo que necesitábamos. Se limitó a quedarse ahí sentado negando con la cabeza.

—¿Así que va a retirar los recortes de presupuesto? —Gabby alzó las cejas con esperanza.

—¡Sí! ¿Te lo puedes creer? Estaba segura de que iba a dar más guerra, pero se rindió y accedió. Aunque no es sin condiciones. Quiere montar un pollo enorme de relaciones públicas con el programa y hacer un baile benéfico para ayudar a financiarlo. Todo un programa de cosas. Parece que llevaba un tiempo dándole vueltas, porque yo no había aplicado los recortes.

—Entonces, espera, ¿de qué iba todo esto?

—Ah, él quería los recortes, o al menos Melanie los quería, pero Bob nunca hace nada sin un plan B, y este fue su plan B desde el principio. Lo único con Bob es que nunca comparte su plan B con nadie más, así que Melanie estaba, y probablemente sigue estando, sin enterarse de nada. Es bastante irónico, dado que ella siempre fue el plan B original de Bob en lo que respecta a nuestra relación.

—Dios, ¡ese hombre es idiota! ¿Qué le viste alguna vez? —Gabby alzó los brazos exasperada.

Tara le ahuecó la mejilla a Gabby en la mano, con los ojos muy abiertos de deseo.

—¿Sabes? No tengo ni idea, y ahora parece tan irrelevante. —Su beso fue tan tierno como profundo, y dejaron que su pasión creciera mientras sus manos exploraban el cuerpo de la otra. Tara tenía un puñado del pelo de Gabby mientras la atraía aún más cerca, dejando que su lengua explorara la calidez de su boca—. Quiero llevarte a la cama. —Su respiración era superficial, pero cargada de necesidad.

—No me vas a llevar a ninguna parte. —Gabby se apartó, soltando una risita al parecer registrar el pánico en la cara de Tara—. Porque te voy a tomar aquí mismo. —Tara se notó empujada de espaldas sobre el sofá mientras Gabby se colocaba con suavidad entre sus piernas, subiéndole el ligero algodón del vestido de verano alrededor de la cintura.

Gabby rompió el beso solo un momento y miró a Tara a lo hondo de los ojos.

—Estoy increíblemente orgullosa de ti. Lo sabes, ¿verdad? —Tenía la cara seria.

—Bueno, ¿y por qué no me demuestras lo orgullosa que estás de mí, entonces? —La risita de Tara delataba su edad pero, con Gabby, siempre se sentía más joven, más vibrante y llena de vida. Cuando notó los pulgares de Gabby engancharse en el elástico de su ropa interior de encaje blanco, deslizándola con tal facilidad, sintió una descarga de excitación recorrerle el cuerpo.

Cuando la lengua de Gabby le separó los labios, alzó las caderas, abriendo más las piernas, suplicándole en silencio que fuera más hondo. Al notar la lengua de Gabby deslizarse bien adentro, soltó un gemido involuntario. Los dedos reemplazaron a la lengua mientras la cálida boca de Gabby le succionaba con suavidad el clítoris. La provocación de su lengua y el suave movimiento de vaivén de sus dedos contra el punto G de Tara hicieron que abandonara cualquier semblanza de control que le quedara. Quería que Gabby la tomara, toda ella, y lo hizo. Mientras su orgasmo crecía hasta un crescendo, sus gritos de placer llenaron el aire y se aferró con fuerza a Gabby, sin soltarla nunca. No se le ocurría una forma más perfecta de terminar el día.

Bob se mantuvo fiel a su palabra y retiró los recortes de presupuesto, centrándose en cambio en recaudar dinero en lugar de recortar fondos. El precio de esto, para Tara y muchos de sus compañeros, fue su asistencia obligatoria a cenas benéficas, además de algunas sesiones de fotos. No era donde Tara se sentía más cómoda, pero trazó la línea cuando Bob intentó organizar una oportunidad de sesión de fotos en plan documental en directo cada vez que se atendía a una persona sin hogar en urgencias.

Si el precio de mantener la dignidad y la salud de sus pacientes era asistir a alguna que otra gala para hablar de la importancia de su trabajo o posar para alguna foto ocasional con su equipo, a Tara le parecía bien. Era un pequeño precio a pagar en el gran esquema de las cosas, y ella sabía mejor que la mayoría que nada viene gratis; todo tiene un precio. Solo cuando eres lo bastante valiente como para defender lo que es justo, ese precio parece más pequeño.

POR FAVOR, DÉJAME UNA RESEÑA.

Las autoras independientes como yo vivimos de vuestras reseñas. Así de simple: buenas valoraciones = Amazon/Apple recomienda mi libro = puedo seguir escribiendo.Ni siquiera necesitas escribir texto: ¡una rápida valoración de ★★★★★ ya ayuda muchísimo!

Deja una reseña en Amazon
Deja una reseña en Goodreads
Deja una reseña en rubyscott.shop

OTRAS OBRAS DE RUBY SCOTT

El Despertar del Deseo

¿Puedo Llamarte Ama?

La Oscuridad del Deseo

Ama del Deseo

Compromiso con el Deseo

La Verdad del Deseo

Rendirse al Deseo

La Serie O

O: Volumen Uno

O: Volumen Dos

City General: Medic 1 Series

Respuesta Urgente

Corazón Abierto

Trauma de Amor

Diagnóstico de Amor

Senderos del Corazón

Sanar el Corazón

Disponible en inglés

The Art of Deception Series

The Turning

The Reckoning

The Healing Heart Series

Rescuing Hearts

Curious Hearts

Wild Hearts

Exposed Hearts

The Velvet Storm Series

The Stranger Within Me

Strangely Familiar

The Stronger You Series

Inside Fighter

Seconds Out

On The Ropes

Standalones

Blood Marks

Evergreen

No Way Out

Reel vs Real

Also me, in disguise: Frankie Duncan

First Comes Love

Love in Action

Her Christmas Escape

And writing crime as Susie Fleming

Blood Ties

Blood Oath

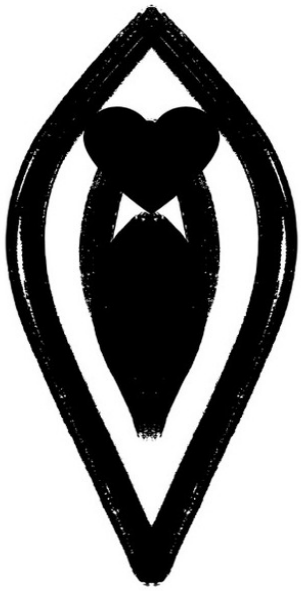
ACERCA DEL AUTOR

Ruby Scott vive con su esposa Angie en un pequeño pueblo a los pies de las colinas Ochil, en Escocia. Sus personajes no tienen el menor respeto por sus horas de sueño y suelen despertarla a las tres de la madrugada para contarle sus últimos problemas. Es descarado, sí, pero Ruby aun así los escucha con paciencia.

Si durante el día empieza a enviar fragmentos de diálogos por SMS, a veces los mensajes terminan accidentalmente en el teléfono de Angie, que cada vez se pregunta si su mujer ha perdido la cabeza.

Cuando Ruby no está ejerciendo como "terapeuta nocturna", busca inspiración en largos paseos por bosques y praderas o junto al mar. Allí su mente encuentra calma mientras su corazón y su imaginación se llenan de historias sobre mujeres extraordinarias que se enamoran entre sí, siempre entrañables, incluso cuando todo se vuelve deliciosamente caótico.





Ruby Scott

www.rubyscott.com